

EDUCADORAS Y EDUCADORES INOLVIDABLES

Lupita Chaves Salas

*Universidad de Costa Rica
Instituto de Investigación en Educación*

CONSEJO EDITORIAL

Dra. Marielos Murillo Rojas. Educación Preescolar y Lingüista. Profesora de la Escuela de Formación Docente e investigadora del Instituto de Investigaciones Lingüísticas y del Instituto de Investigación en Educación de la Universidad de Costa Rica.

M.Sc. Julieta Castro Bonilla. Enseñanza de las Artes Plásticas. Directora y profesora del Departamento de Educación Secundaria, Escuela de Formación Docente. Investigadora del Instituto de Investigación en Educación de la Universidad de Costa Rica.

Revisión Filológica

Licda. Liceth Alvarado González.

Licda. Jeannette Araya Mora.

Diagramación y Diseño

Alexandro Sequeira Navarro

370.7 Chaves Salas, Lupita
162i Educadoras y educadores inolvidables / Lupita Chaves Salas.
-- San José, C.R. : INIE, 2008.

136 p. ; il. ; 23 cm. -- (Colección Yigüirro)

ISBN 978-9968-527-03-3

1. EDUCADORES COSTARRICENSES - BIOGRAFÍAS 2. RELATOS PERSONALES 3. CALIDAD DE LA EDUCACIÓN 4. RELACIONES MAESTRO-ESTUDIANTE 5. FORMACIÓN PROFESIONAL DE MAESTROS 6. ACTITUD (PSICOLOGÍA) I. Chaves Salas, Lupita. II. Título. III. Serie.

CONTENIDOS

Prólogo	ix
Capítulo I Sociedad, educación y docentes	1
Introducción	1
Calidad de la educación y docentes destacados	2
Formación docente y desarrollo profesional	5
Aprendizaje y docentes destacados	8
Relaciones interpersonales y docentes destacados	11
Condiciones laborales y reconocimiento social	12
Capítulo II Vivencias gratificantes con docentes	15
Introducción	15
Docentes de educación primaria	17
María Julia Riggioni: maestra para la vida por Jeanina Umaña Aguiar..	19
Don Maurilio Pérez por José María Gutiérrez Gutiérrez	23
La Niña Viria por Álvaro Salas Chaves	27
A Margarita: usted dejó una huella que marcó mi vida y por este motivo le dedico este relato por Ileana María Ruiz Rodríguez	33
Un ejemplo de maestra: la Niña Ángeles por Magda Cecilia Sandí Sandí..	37
La Niña Virginia por Álvaro Salas Chaves	41
Margarita Guzmán, maestra por Mauricio Víquez Lizano	45
La niña Dyalá por Inés Patricia Chaves Salas	49
María Odilia Castro Hidalgo por María Enriqueta Castro Castro	51
La querida niña Martha por Martha Sánchez López	59
Docente de educación secundaria	65
Profesora Thelma Murillo Mondragón: Una educadora ejemplar por Gilberto Alfaro Varela	67
Docentes de educación superior	73
Marielos Salas Chaverri... o pequeño espejo para una mujer grande por Carlos Rubio Torres	75

Inspirar, creer y confiar: tres palabras entrelazadas en el proyecto de vida, según las experiencias educativas personales. A María Cecilia Dobles Yzaguirre, siempre maestra por Jacqueline García Fallas.....	85
Vivienne Rivera de Solís por Marta Eugenia Sánchez González	91
Don Carlos Luis Sáenz Literato y Maestro por Yadira Calvo	99
¿Qué es ser una educadora? La respuesta es sencilla por Hilda María Víquez Mora	103
Carta que el filósofo Albert Camus dirigió a un maestro, tras la entrega del Premio Nobel de Literatura, en noviembre de 1957.....	109
Capítulo III Aprendizajes para ejercer la docencia	111
Características personales.....	111
Formación y desarrollo profesional	112
Relaciones interpersonales.....	113
Práctica pedagógica	113
Bibliografía	115
Autoras y autores de los relatos	119

Todas las personas tenemos en nuestra memoria aquella maestra o aquel maestro que nos guiaron con amor, que nos enseñaron sobre la vida, la historia, las ciencias, las letras y las artes; que nos motivaron a crear, a soñar, a perseverar; que nos ayudaron a descubrir nuestras habilidades y a creer en nuestras capacidades. A esas personas se les dedica esta obra.

PRÓLOGO

Lupita Chaves Salas

Este libro presenta una serie de relatos sobre educadoras y educadores destacados, escritos por estudiantes que los recuerdan con admiración y cariño. El propósito es resaltar la labor realizada por docentes que ejercieron su labor pedagógica con pasión y compromiso. Y es que la profesión docente, por la responsabilidad que conlleva en cuanto a la formación de seres humanos, exige ser ejercida por personas con vocación, conscientes de su papel en la sociedad, con una sólida preparación humanística y académica que les permita impulsar las transformaciones para la construcción de una sociedad democrática, equitativa, solidaria, pacífica y en armonía con la naturaleza.

La obra es producto de un proyecto investigativo inscrito en el Instituto de Investigación en Educación de la Facultad de Educación de la Universidad de Costa Rica, para lo cual se planteó un estudio fenomenológico, dado que se centra en el análisis de los acontecimientos vividos por personas en sus contextos específicos, y se interesa por descubrir la propia visión de la realidad construida y actuada en sus vidas.

La fenomenología se preocupa por la comprensión de los fenómenos sociales mediante la captación y el desciframiento de los significados que las personas les asignan a sus acciones en su propio contexto. Desde el punto de vista teleológico, su finalidad es el estudio de lo que sucede en una situación concreta y singular con el fin de comprender el sentido de esa realidad humana, por lo que su intención no es producir leyes o generalizaciones independientes del contexto.

El interés del estudio es rescatar prácticas pedagógicas, acciones, actitudes, relaciones interpersonales de ese personal docente, con el propósito de darlas a conocer al profesorado en servicio y en formación para que las analicen, y contribuir, de alguna manera, al mejoramiento de la práctica pedagógica, así como ofrecer insumos a las instituciones formadoras de educadoras y educadores.

Lo anterior se obtiene como resultado de la escritura de experiencias positivas en el campo educativo y de relaciones interpersonales que vivieron

algunas personas como estudiantes de docentes que dejaron una huella imborrable en su existencia.

Para la obtención de los relatos fueron contactadas algunas personas con las que se conversó; a otras se les enviaron cartas. Además, se distribuyeron afiches en diferentes sitios, se divulgó la información por Internet y se publicaron dos anuncios en un periódico de circulación nacional donde se invitaba a los lectores a participar con ensayos o relatos sobre maestras y maestros destacados. A las personas que decidieron participar, se les proporcionó una guía para la escritura del documento, en la que se indicaban, de manera general, algunos aspectos a los que se podían referir en relación con el docente seleccionado: formación docente, prácticas pedagógicas, relaciones interpersonales, relación con la familia y la comunidad. Se recibieron un total de veinticinco narraciones y se seleccionaron dieciséis para publicar en este libro. Tres de ellas de estudiantes que a la vez eran familia de las educadoras seleccionadas.

Como producto de una revisión bibliográfica y de las concepciones teóricas de la autora, en el primer capítulo de este texto se presentan aspectos que inciden en el buen desempeño del personal docente: vocación, formación y desarrollo profesional, compromiso social, relaciones sociales afectivas y respetuosas con estudiantes, familias y comunidad, práctica pedagógica participativas, entre otros, así como las condiciones laborales que contribuyen a que educadoras y educadores desarrollen su labor de manera óptima.

En el segundo capítulo se dan a conocer los dieciséis relatos sobre personal docente destacado donde, con emoción, las autoras y los autores presentan sus vivencias gratas, interrelaciones placenteras, aprendizajes inolvidables que marcaron para siempre sus vidas. En ellos se evidencia agradecimiento, admiración y un gran cariño por estas maestras y maestros.

En el último capítulo se consignan algunas enseñanzas que emergen de estas narraciones con el propósito de que sean analizadas y conocidas por docentes en servicio y en formación.

Se invita a las personas que leen este libro a reencontrarse con sus recuerdos de épocas escolares, y a brindar tributo a los educadores y a las educadoras que con sus actitudes y enseñanzas les hicieron sentir seres humanos capaces de lograr sus sueños.

CAPÍTULO I

Sociedad, educación y docentes

Introducción

En la actualidad las transformaciones políticas, económicas, sociales y tecnológicas que experimenta el mundo demandan el análisis de la oferta educativa que se le ofrece a las personas. Numerosas investigaciones confirman el valor que tiene la educación en el mejoramiento de la calidad de vida de los seres humanos y, por ende, de la sociedad. Está demostrado científicamente que mayores niveles educativos en la población traen como consecuencia una mejoría en la salud, salarios más altos, disminución de la criminalidad y de embarazos en adolescentes. Los beneficios derivados de la educación son tanto en términos individuales e inmediatos, como sociales y económicos, a lo largo de toda la vida en cuanto al desarrollo de habilidades para contribuir con la familia, la comunidad y el país (Myers,1995; Rivera, 1998 y Kliksberg, 2007).

La educación debe dirigirse a promover el desarrollo integral de las personas que las lleve a ser solidarias, respetuosas, creativas, amantes de la paz, ciudadanas y ciudadanos activos, comprometidos con el desarrollo humano y sostenible de nuestro mundo, sensibles ante lo bello, con las actitudes, las habilidades y los conocimientos necesarios para incorporarse al mundo del trabajo, recrearse y disfrutar plenamente de la vida.

Se requiere de un Sistema Educativo renovado que ofrezca un servicio de calidad a los diferentes sectores sociales. Por ello es importante analizar las múltiples variables que inciden en el mejoramiento de la calidad de la educación. No obstante, en este capítulo se profundizará únicamente en el papel que desempeñan la educadora y el educador en esta labor.

En los procesos educativos que se desarrollan en los salones de clase, el personal docente cumple una función muy importante, puesto que ejerce el poder, dirige los procesos de enseñanza y aprendizaje, y establece las interacciones sociales con el grupo de estudiantes. Por esta razón es muy importante que cuenten con vocación, una sólida formación docente y sensibilidad para

ejercer la docencia. Definitivamente estos profesionales constituyen uno de los factores más importantes del proceso educativo; su calidad humana y profesional, desempeño laboral, compromiso con los resultados, entre otros aspectos más, son determinantes en la formación de sus estudiantes, pues fácilmente pueden convertirse en personas que incentivan el crecimiento intelectual, espiritual, socioemocional y físico de la población estudiantil o, por lo contrario, en personas que inhiben el desarrollo integral del alumnado.

El personal docente desempeña una gran variedad de funciones: ejerce la docencia como trabajo, como práctica socializadora, como práctica institucional y comunitaria (UNESCO, 2007). Su labor no es sencilla ni fácil, implica una sólida formación profesional y relaciones sociales permanentes: con la población estudiantil, colegas, familias y comunidad. Es fundamental, por lo tanto, indagar sobre las características que muestran los buenos docentes, con el propósito de destacar y divulgar esos conocimientos, habilidades y actitudes, con el fin de contribuir al mejoramiento de la labor pedagógica del personal docente en servicio, así como ofrecer insumos a las instituciones formadoras de educadoras y educadores.

En este capítulo se presenta una revisión bibliográfica sobre aspectos que inciden en el eficiente desempeño del personal docente: vocación, formación y desarrollo profesional, compromiso social, relaciones sociales afectivas y respetuosas con estudiantes, familias y comunidad, práctica pedagógica, entre otros, así como las condiciones sociales, económicas y físicas que contribuyen a que educadoras y educadores desarrollen su labor de manera óptima.

Calidad de la educación y docentes destacados

La educación es una práctica política, social y cultural presente en la vida cotidiana de las personas. Con base en las interrelaciones sociales generadas en el hogar, en los centros laborales, en las instituciones educativas, el ser humano construye conocimientos, desarrolla habilidades, actitudes y valores; de esta manera va formando su identidad individual y social. Descubre cuál es el papel que le corresponde asumir en la sociedad.

Las familias, y sobre todo los progenitores, son determinantes en las conductas y los conocimientos que construyen y asumen las niñas y los niños desde su más tierna infancia. Si bien es cierto que la educación informal es fundamental en la formación de las personas, también los centros educativos poseen una inmensa responsabilidad en esa tarea. Sin embargo, el Sistema Educativo es cuestionado por muchas razones; entre ellas, la falta de pertinencia de los contenidos que ofrece, la metodología que sigue, su papel de reproductor de desigualdades sociales, el bajo rendimiento académico del estudiantado, el escaso compromiso del personal docente,

entre otras razones. Pero a la vez, no se evidencia una gran presión social ni voluntad política de los Estados por una reforma integral al Sistema Educativo que contribuya al desarrollo individual y social de nuestros pueblos.

La calidad de la educación formal está determinada por una gran cantidad de variables, como son: definición de políticas educativas, infraestructura adecuada, material didáctico en buenas condiciones, personal docente profesional y con vocación, planificación del proceso educativo a partir de las realidades de la población estudiantil, currículos activos, pertinentes y acordes con las demandas de la sociedad en cuanto a contribuir con la formación de personas solidarias, críticas, honestas, responsables y comprometidas con la construcción de sociedades democráticas y justas en armonía con la naturaleza; así como con los conocimientos, actitudes y habilidades para que se inserten con éxito en el mercado laboral.

La literatura (Murillo, 2006, Day, 2006) indica que uno de los elementos esenciales en el mejoramiento de la calidad de la educación es el recurso humano, es decir, el personal docente que guía, orienta, facilita los procesos pedagógicos que se desarrollan en las aulas y en los centros educativos.

Al respecto UNESCO menciona:

“Hay evidencias que muestran que, excluyendo las variables extraescolares como el origen socioeconómico de los alumnos, la calidad de los profesores y el ambiente que logran éstos generar en la sala de clase son los factores más importantes que explican los resultados de aprendizaje de los alumnos. Es más, la posibilidad de transformar las políticas educativas y las grandes reformas en cambios reales en las escuelas y en las prácticas pedagógicas de los profesores tienen relación directa con su compromiso y corresponsabilidad” (2007:6).

Las educadoras y los educadores deben ser profesionales conscientes de su responsabilidad social, del porqué y el para qué de su práctica pedagógica, del tipo de ser humano y sociedad que desean ayudar a construir. Para ello es fundamental reflexionar acerca de los procesos educativos que desarrollan en el salón de clase, a favor de quién y en contra de quién trabajan. Es necesario que cuestionen constantemente la teoría que asumen y su congruencia con la práctica que llevan a cabo. Deben conocer y analizar los contextos culturales, sociales y económicos de sus estudiantes y sus familias, promover el diálogo y la pregunta que permita profundizar en lo que piensan, viven, sienten y conocen sus alumnas y alumnos. En la construcción del conocimiento es fundamental partir de lo conocido para aprehender lo desconocido e incorporarlo. El personal docente debe asumir el papel de facilitador de aprendizajes, establecer relaciones horizontales, respetuosas, afectivas y transmitir pasión y gusto por el aprendizaje. El papel de la educadora y el educador en la formación de la manera de ser y de pensar de las personas es decisivo. Al respecto Gutiérrez indica:

(...) en la conformación de la concepción del mundo del alumno, ocupa un lugar fundamental el docente, quien en función de su posición ideológica, puede promover o no, el carácter crítico del alumno y propiciar o no, su autonomía mediante el impulso de los valores, creencias y conocimientos que conforman un pensamiento independiente (Gutiérrez, 1984, citado por Jiménez, Kemly, 1999:17).

Por ello se necesitan educadoras y educadores que asuman el papel de "intelectuales transformativos", como los llama Giroux (1997), lo que implica ejercer activamente la responsabilidad de planear cuestiones serias acerca de lo que enseñan, sobre la forma como deben planificar los procesos de enseñanza y aprendizaje, sobre los objetivos generales que persiguen. Esto significa que el personal docente tiene que desempeñar un papel responsable y protagónico en la configuración de los objetivos y condiciones de la enseñanza escolar y no ser simples reproductores del currículo diseñado por técnicos en otros contextos, los cuales no toman en cuenta que la cultura escolar cotidiana, es una cultura plural, híbrida, producto de la mezcla de muchos elementos heterogéneos, en donde se enlaza lo objetivo y lo subjetivo (García, N. 1995 y Carusso, M. y Dussell, I, 1995). El aspecto anterior sí es conocido por el "intelectual transformativo", lo que le permite plantear y replantear las relaciones sociales que se generan en el salón de clase, el papel del estudiantado, la pertinencia de los contenidos, la organización del ambiente físico, la distribución del tiempo, el aporte de los padres y madres de familia, de otros profesionales y de las instituciones de la comunidad.

El personal docente al que se refiere Giroux (1997) ofrece una educación para el desarrollo de una sociedad libre, pacífica, solidaria y democrática, para lo cual es necesario formar estudiantes creativos, seguros, felices, que expresen sentimientos y afectos, que respeten las diferencias, reconozcan la igualdad en dignidad y en derechos de todas las personas, que se realicen como personas y ciudadanos activos y críticos. Para lograr esta meta se requiere conceder a la población estudiantil protagonismo en los procesos educativos desarrollados en el aula, voz y voto en las decisiones que se toman en el contexto escolar, en cuanto a planificación, ejecución y evaluación, puesto que la educación es un proceso de relación, de comunicación. De ahí la importancia de promover prácticas educativas que propicien relaciones simétricas, solidarias y con autoridad respetuosa, que incentiven el diálogo como el medio más fecundo para educar, pues exige reciprocidad y protagonismo compartido entre las personas participantes; pero un diálogo que incorpore el conflicto o situaciones problematizadoras que lleven a la reflexión crítica de la realidad, un diálogo que ayude a tomar conciencia y a cuestionar el estado de las cosas en busca de los cambios que requiere la sociedad (Friere, 1998).

Para conocer al estudiantado y propiciar el aprendizaje es necesario crear ambientes cálidos y seguros, relaciones afectivas que incentiven la participación democrática, la expresión de pensamientos y sentimientos, donde es válido discrepar, pensar distinto, sin perder legitimidad. Para ello, el personal

docente promueve una educación con enfoque de derechos que incorpora el respeto a la diversidad en todas sus manifestaciones e incentiva la participación. Para Freire el diálogo es la esencia de la educación como práctica de la libertad que permite conocer las percepciones de las personas e indica que "nadie educa a nadie, nos educamos en comunidad". De tal forma, el personal docente y la población estudiantil se convierten en sujetos y no en objetos de la educación, que viven en y con el mundo, que buscan ser más. En este proceso de conocimiento, todas las personas enseñan y aprenden (1998).

Para Freire (1998) el profesional en educación debe conocer la cultura de los educandos, sus creencias, sus sueños y su lenguaje, pues no se puede educar sin conocer la realidad concreta.

A pesar de la importancia que tiene el personal docente en contribuir a mejorar la calidad de la educación, la UNESCO señala que:

"El reconocimiento del papel clave de los docentes, en la calidad de la educación no ha sido debidamente acompañado de políticas y estrategias que aborden el tema con la profundidad y la consistencia necesarias. Las actuales políticas sobre docentes no han sido suficientes para fortalecer su protagonismo en los cambios, ampliar su participación en las decisiones, mejorar su preparación y su compromiso ético y garantizar el aprendizaje de los estudiantes" (2007:6).

Esto es una realidad en muchos de nuestros países en donde se percibe al docente como un técnico que implementa reformas educativas, de las cuales no ha sido partícipe, a pesar de ser uno de los protagonistas más importantes en los procesos educativos formales.

Formación docente y desarrollo profesional

Para ofrecer una educación pertinente y de calidad es fundamental fortalecer la formación docente. Como lo indica Murillo (2006,11)

"El desempeño docente (...) depende de múltiples factores, sin embargo, en la actualidad hay consenso acerca de que la formación inicial y permanente de docentes es un componente de calidad de primer orden del sistema educativo. No es posible hablar de mejora de la educación sin atender el desarrollo profesional de los maestros".

La formación del docente, a diferencia de otras profesiones, se inicia desde una edad temprana. Las personas al participar como estudiantes en el Sistema Educativo aprenden de sus maestras y maestros; van construyendo, en las vivencias cotidianas, una imagen de lo que es ser docente. En este contexto estructurado "por pautas institucionalizadas de comportamiento históricamente creadas y recreadas" (Romero y Gómez, 2007:5) se

van estableciendo creencias, percepciones y formas de mirar el mundo que influirán decididamente en un futuro desempeño profesional. La mayoría de las veces, en la práctica pedagógica, se reproducen inconscientemente esas acciones sin analizar ni cuestionar. Es tarea fundamental en la formación docente contribuir a que los futuros educadores y educadoras tomen conciencia de las consecuencias de su actuar, cuestionen constantemente su labor, analicen las relaciones interpersonales que promueven y la congruencia entre teoría y práctica.

Las instituciones formadoras enfrentan un gran reto, pues es preciso ofrecer planes de estudio flexibles que preparen a sus estudiantes a tener claro el tipo de sociedad y de ser humano que desean formar, el porqué y el para qué de su labor profesional y a analizar las ideas preconcebidas o creencias sobre la profesión docente. Lo anterior implica partir del análisis del contexto sociocultural y económico en el que se encuentran y tener en cuenta las grandes transformaciones que ocurren en todos los campos en una sociedad cada vez más globalizada, intercomunicada y tecnificada.

Es fundamental partir de la premisa de que la labor se dirige a construir una sociedad justa, solidaria, democrática y comprometida con el desarrollo social y sostenible de nuestro mundo. Para ello se debe tomar conciencia de lo que implica ser docente, de la responsabilidad social que se asume al trabajar formando personas: almas, mentes y corazones, teniendo en cuenta la gran diversidad de formas de ser, pensar, sentir y actuar de la población estudiantil. Por lo tanto, es necesario que desde el inicio del proceso de formación, los futuros docentes tengan prácticas en las diferentes realidades educativas que les permita conocer la diversidad humana.

Es imperativo que las instituciones formadoras seleccionen cuidadosamente a las personas que desean seguir la carrera del magisterio, pues se requiere que posean vocación, como lo indica Hanseen:

“En igualdad de condiciones, una persona que tenga vocación desempeña el papel de maestro de forma más plena que un individuo que lo considere solo un trabajo...es más probable que ejerza una influencia intelectual y moral más amplia y dinámica sobre los estudiantes...Como vocación la enseñanza es un servicio público que también conduce a la realización personal de quien presta ese servicio” (1999, 94).

Por tanto, un requisito indispensable para ejercer la docencia, además de la formación y educación continua, es la vocación, que involucra compromiso, gusto y pasión por lo que se hace. La educadora y el educador con vocación transmiten interés, entusiasmo y emoción a sus estudiantes; se preocupan por sus necesidades y sentimientos; conocen sus individualidades, habilidades y limitaciones; procuran mejorar continuamente su práctica profesional para que la población estudiantil aprenda y se desarrolle integralmente. Al respecto Day indica:

(...) los docentes apasionados por la enseñanza se muestran comprometidos, entusiastas e intelectual y emocionalmente enérgicos en su trabajo con los niños, jóvenes y adultos; estos signos manifiestos de la pasión se sustentan sobre unos fines morales claros que van más allá de la implementación eficiente de los currículos establecidos; además son conscientes del desafío de los contextos sociales en los que se enseñan; tienen un sentido claro de identidad y creen que pueden favorecer el aprendizaje y el rendimiento de todos sus alumnos (2006:16).

Tan importante como la selección cuidadosa de las personas que desean estudiar educación es la formación que reciban en las universidades, la cual debe incluir la práctica desde el inicio de la formación y en diferentes contextos, con el fin de que se interrelacione en forma dialéctica con la teoría. Al respecto Murillo indica:

“ya no es la práctica la que se ve supeditada a la teoría, sino que ambas dialogan y se retroalimentan en un ambiente de colaboración mutua. De esta forma, la aplicación de la teoría en la práctica y la teorización de la práctica se convierten en dos elementos indisolubles en la formación docente” (2006:34).

Es esencial incentivar la investigación con el propósito de que la persona que estudia para docente, al convertirse en profesional, la utilice para analizar y mejorar su práctica pedagógica, lo cual constituye una excelente oportunidad para el autodesarrollo profesional, puesto que se estimula la capacidad de reflexionar, deliberar, criticar y tomar decisiones. En este proceso, el personal docente interrelaciona teoría y práctica en busca de alternativas para la solución de los problemas cotidianos que debe enfrentar.

La educadora y el educador son consumidores y generadores de conocimiento, de manera que la investigación de su propia práctica les permite producir teoría y establecer propuestas a partir de sus experiencias, de aciertos y errores, de sus conocimientos previos, del análisis de lo que hacen en el aula; que paulatinamente los convierten en un profesionales más autónomos, creativos y críticos.

La investigación en el aula, asumida responsablemente, es una alternativa que contribuye con el mejoramiento de la calidad de la educación, porque permite a los protagonistas de los procesos educativos estudiar la vida del aula, probar opciones y ofrecer propuestas para enfrentar la diversidad de situaciones surgidas en la práctica pedagógica.

Asimismo, es necesaria una formación docente transdisciplinaria que contribuya a construir una visión holista e integral de diferentes temáticas para su mejor comprensión y aprendizaje, que promueva el trabajo en equipo, la discusión, la valoración del aporte de las diferentes disciplinas en la resolución de problemas y en la comprensión del mundo.

Es indiscutible que una formación docente de calidad ayuda en el desempeño de este profesional; sin embargo, es importante analizar que esta formación inicial constituye únicamente una base para ejercer el puesto y que se requiere de una educación continua a lo largo de la vida para ejercer la docencia de manera responsable. Para ello, las educadoras y los educadores deben mantener vínculos estrechos con las universidades y con otros colegas, intercambiando experiencias y conocimientos continuamente.

Aprendizaje y docentes destacados

El personal docente debe ser especialista en su disciplina y estar consciente del papel que desempeña en la construcción de la sociedad. Es relevante que tenga en cuenta que la educación implica incentivar a la población estudiantil a aprender a aprender, aprender a hacer, aprender a vivir juntos y aprender a ser (Delors, 1998), y que educar es ciencia, arte, praxis, acción-reflexión, concientización y proyecto (Gadotti, 2001).

La docencia es una profesión que se ocupa de estimular el desarrollo humano de los estudiantes con todo lo que esto implica, en cuanto a saberes, habilidades, destrezas, valores, actitudes, con el fin de formar personas para sociedades democráticas. Por ello, la práctica pedagógica implica reflexión, planeamiento, valoración; es una actividad profesional que conlleva un alto grado de responsabilidad puesto que se está formando a seres humanos.

En el aprendizaje de las personas intervienen muchos factores, entre ellos el emocional. Antonio Damasio (1994,2000), "uno de los neurólogos más destacados del mundo, señalaba que la emoción forma parte de la cognición" (Day, 2006:59). De ahí la importancia de que el personal docente sienta pasión por su trabajo y transmita emoción al estudiantado en las actividades cotidianas que desarrolla en el salón de clase, con el fin de promover en ellos la construcción de aprendizajes significativos a partir de sus intereses. Mujica afirma que:

"todos aprendemos mejor lo que nos interesa. Aprendemos mejor cuando realizamos actividades, exploramos, hacemos preguntas, buscamos soluciones, dialogamos, construimos. Aprendemos mejor cuando no tenemos miedo, cuando se nos anima a pensar y a ensayar respuestas dadas por nosotros mismos, cuando se reconoce y valora nuestras propuestas y opiniones" (1999: 7).

La persona profesional en educación es la responsable de diseñar y valorar estrategias que promuevan aprendizaje en sus estudiantes. Para lograrlo, debe tomar en cuenta la cultura, el nivel de desarrollo de ellos, y partir de los significados que poseen en relación con lo que van aprender. El personal docente no parte de abstracciones sino de realidades, por eso escucha y

analiza el lenguaje de la población estudiantil con el propósito de conocer lo que es relevante, pues este refleja la visión de mundo, los conocimientos, costumbres, valores del grupo social al que pertenece. El diálogo y la participación constituyen, de esta manera, estrategias valiosas en todo proceso educativo. Con este conocimiento, la educadora y el educador, junto con sus estudiantes, definen temas por estudiar, analizar y criticar.

De acuerdo con Vygotsky (1978), para planear las estrategias de aprendizaje se requiere tener presente los dos niveles de desarrollo del sujeto: el nivel actual de desarrollo y la zona de desarrollo próximo. Esta última se encuentra en proceso de formación: es el desarrollo potencial al que cada estudiante puede aspirar. Este concepto es básico para los procesos de enseñanza y aprendizaje pues el personal docente debe tomar en cuenta el desarrollo de cada estudiante en sus dos niveles: el real y el potencial para promover niveles de avance y autorregulación mediante actividades de colaboración como lo proponía Vygotsky. Moll (1993:20) menciona tres características para crear zonas de desarrollo próximo:

- Establecer un nivel de dificultad. Este, que se supone es el nivel próximo, debe ser algo desafiante para el estudiante, pero no demasiado difícil.
- Proporcionar desempeño con ayuda. El adulto proporciona práctica guiada a la población estudiantil con un claro sentido del objetivo o resultado del desempeño del niño
- Evaluar el desempeño independiente. El resultado más lógico de una zona de desarrollo próximo es que el estudiantado se desempeñe de manera independiente.

Es tarea del personal docente despertar el interés y la curiosidad del alumnado para que construya nuevos conocimientos; provocarles retos con el fin de que cuestionen esos significados y que, eventualmente, los modifiquen. Debe planear estrategias que impliquen un esfuerzo de comprensión y de actuación por parte de la población estudiantil. Esa exigencia se acompaña de los apoyos y soportes de todo tipo, de los instrumentos, tanto intelectuales como emocionales, que posibiliten a los estudiantes superar esas exigencias, retos y desafíos (Onrubia, Javier, 1998). Para ello es importante diversificar los tipos de actividades, posibilitar al estudiantado la elección de distintas tareas y recurrir a diversos materiales de apoyo.

La creación de zonas de desarrollo próximo se da dentro de un contexto interpersonal docente-estudiante, estudiante-estudiante, siendo el interés del profesional en educación trasladar al estudiante de los niveles inferiores a los superiores de la zona. Lo esencial es dar apoyo estratégico a la población estudiantil para que logren solucionar un problema; este apoyo se puede inducir mediante el planteamiento de preguntas claves o llevando al alumnado al autocuestionamiento. Matos afirma que la participación del personal docente en el proceso:

...para la enseñanza de algún contenido (conocimiento, habilidades, procesos) en un inicio debe ser un poco directivo mediante la creación de un sistema de apoyo que J. Bruner ha denominado "andamiaje" por donde transitan los alumnos y posteriormente con los avances del alumno en la adquisición o interiorización del contenido, se va reduciendo su participación al nivel de simple espectador empático (1996:10).

En este contexto, la enseñanza debe entenderse como una ayuda al proceso de aprendizaje pero solo ayuda, ya que la enseñanza no puede sustituir la actividad mental constructiva del estudiante ni ocupar su lugar (Onrubia, Javier,1998).

El proceso de conocer es colaborativo e involucra transformaciones. Al respecto Godatti (2001:5) indica: "Conocer implica cambio de actitudes, saber pensar y no apenas asimilar contenidos escolares del saber llamado universal. Conocer es establecer relaciones, para Piaget y para Pablo Friere saber es crear vínculos".

Piaget dice que "lo afectivo es motor o freno del desarrollo" y Freire indica que el acto de conocer y pensar está directamente ligado a la relación con las otras personas. Estas afirmaciones ratifican la importancia de que el personal docente establezca relaciones afectivas y de respeto con sus estudiantes, lo que significa percibir la realidad de las otras personas y sentir al máximo lo que sienten. De acuerdo con Day:

La demostración de afecto como elemento de la pasión por la enseñanza está lejos de ser un ideal sentimental. Es esencial y aparece en las descripciones de buenos docentes que hacen alumnos de todas las edades. Son amables, justos, alentadores, se interesan y son entusiastas frente a los docentes que se muestran indiferentes. Por lo tanto las relaciones de afecto entre maestros y alumnos son fundamentales para una enseñanza y un aprendizaje satisfactorios. Son el adhesivo que une a ambos y constituyen la expresión patente del compromiso del docente con el alumno como persona (2006:44).

Una persona profesional en educación crea ambientes motivadores, afectivos, alegres, flexibles, seguros, en donde la población estudiantil sienta confianza de expresar pensamientos, sentimientos y sueños, además de establecer relaciones interpersonales sanas y aprender en comunidad.

En el logro de un buen ambiente de aprendizaje, el personal docente debe ser comprometido, estudioso, responsable, amante de las ciencias y las artes, investigador del contexto socio-histórico y debe reflexionar sobre los procesos de enseñanza y aprendizaje, y a partir de estos análisis crear variadas formas de mediación, estrategias nuevas y avanzadas, con el propósito de provocar aprendizajes significativos en sus alumnas y alumnos, lo que es importante porque la enseñanza no es un proceso de acción y respuesta, sino que es un proceso de apropiación de la realidad sociocultural,

y el aprendizaje es una representación personal de la realidad que implica construir nuevas formas de pensamiento (Onrubia, 1998).

Day (2006:31) menciona un estudio comparativo sobre docentes calificados como excelentes por el alumnado en diferentes países: Nueva Zelanda (Ramsay, 1993), Italia (Macony, 1993), Estados Unidos (White y Roesch, 1993), Suecia (Lander, 1993) y Francia (Alter, 1993). Estos tienen en común que deseaban el éxito de sus estudiantes y lo manifestaban "a través del espíritu de la clase: su sentido del humor, afectivo, interpersonal, paciente, empático y de apoyo a la autoestima de los estudiantes. En su práctica profesional empleaban un alto conjunto de enfoques docentes que promovían un aprendizaje semiautónomo y colaborativo, mediante la cooperación con otros maestros y a través de una capacidad de reflexión continuada de distintos tipos".

Relaciones interpersonales y docentes destacados

En la construcción de conocimientos por parte de la población estudiantil, intervienen una gran cantidad de factores; entre ellos, los ambientes y las relaciones sociales que se establecen entre sus pares y docentes. Es conocido que una relación afectiva, de confianza y tolerancia entre estudiantes y profesorado contribuye al aprendizaje y a la construcción de identidades seguras, pues permite la expresión de pensamientos, sentimientos, y que la persona se sienta respetada y querida. Mujica indica que es necesario desarrollar "el arte de educar y de enseñar con cariño, con sensibilidad, que evita herir, que trata a cada uno como persona, como ser valioso, único, individual, irreplicable" (1999:9).

Las relaciones interpersonales que se promuevan en las aulas son determinantes en la construcción de ambientes de aprendizaje efectivos. El personal docente, al ejercer el poder, es el modelo a seguir, de ahí la importancia de analizar el lenguaje que utiliza, los intercambios sociales que promueve y permite entre el alumnado.

En el contexto escolar se deben propiciar relaciones de empatía, camaradería, compañerismo, colaboración y respeto. Se requiere promover un espacio donde se viva la democracia como estilo de vida y como forma de organización. En la construcción de este ambiente es necesario que intervenga la población estudiantil, así como en el establecimiento de normas y de mecanismos para su cumplimiento, porque en la mediada que intervengan en las decisiones, en esa medida se sentirán responsables de lo que sucede en el aula.

Para mantener una adecuada relación con la población estudiantil y comprender sus conductas, es importante conocer sus gustos, aficiones, temores,

ilusiones, sueños, sus historias de vida, su familia y comunidad, lo que permitirá establecer una comunicación fluida y permanente. Ello conlleva la necesidad de propiciar espacios para el intercambio y el diálogo con el estudiantado y sus familias. Acciones que debe planificar el profesorado como parte de su labor docente para conocer las diversas realidades de donde provienen sus estudiantes, y de esta forma, comprender de una mejor manera sus pensamientos, sentimientos y conductas.

En la construcción de relaciones interpersonales sanas es imprescindible la reflexión constante del personal docente sobre su accionar y sobre los intercambios que promueve en el aula, lo que le permitirá tomar conciencia del tipo de ser humano que está ayudando a formar.

Es importante tener presente que en nuestra sociedad requerimos de "identidades individuales y colectivas sólidas, con clara conciencia de la dignidad personal y de las propias capacidades" (Mujica, 1999:9), ideal por el que debemos trabajar de manera sistemática y consciente.

Condiciones laborales y reconocimiento social

Todos los seres humanos necesitan que les reconozcan las funciones que desempeñan en la sociedad. Sin embargo, en los últimos años, la profesión docente ha sido desvalorizada; la educadora y el educador se han convertido en técnicos que aplican reformas educativas y nuevos programas, que generalmente son definidos por autoridades gubernamentales, sin que medie participación de los educadores o educadoras.

En este contexto, es preciso tomar conciencia del importante papel que desempeñan las personas profesionales de la educación en nuestra sociedad y revalorar su función, puesto que son las encargadas de formar a niñas, niños y adolescentes, lo que es una tarea muy delicada e importante en cualquier sociedad. Al respecto, la PRELAC afirma: "que los docentes son actores fundamentales para asegurar el derecho a toda la población a la educación y sostienen la necesidad de avanzar hacia el fortalecimiento de su protagonismo en el cambio educativo para que respondan a las necesidades de aprendizaje de los alumnos" (UNESCO, 2002:5). Asimismo, es importante tener presente que el compromiso del docente « está íntimamente relacionado con la satisfacción en el trabajo, la moral, la motivación y la identidad y sirve para predecir el rendimiento del trabajo » (Day, 2006: 77)

Se requiere, por lo tanto, incentivar a estos profesionales y mejorar sus condiciones laborales, a saber: horarios de trabajo que les permitan contar con el tiempo suficiente para su educación continua y la preparación de sus clases, reducir el número de estudiantes a su cargo con el objetivo de que ofrezcan una educación personalizada, contar con infraestructura adecuada,

material didáctico y tecnológico en buenas condiciones, mejorar salarios, promover su participación en la definición y ejecución de las políticas educativas, condición indispensable para lograr cambios, entre otros aspectos.

Es indispensable que nuestras sociedades revaloricen a las personas profesionales en educación mediante acciones y políticas que reconozcan la importante función que desempeñan, fortalezcan su protagonismo y valoren su aporte en las transformaciones que la educación requiere para la construcción de sociedades democráticas, con el fin último de promover el desarrollo humano y la equidad social.

CAPÍTULO II

Vivencias gratificantes con docentes

Introducción

Es justo reconocer el trabajo comprometido que realizan gran cantidad de profesionales en educación, en diversos contextos, con un sinnúmero de dificultades, con humanismo y gran sentido de responsabilidad.

Históricamente es conocida la influencia que ejerce el personal docente sobre el estudiantado. En las interacciones cotidianas que se desarrollan en los salones de clase van marcando tendencias o gusto por una o varias áreas del conocimiento, promueven ciertas destrezas y habilidades, y de acuerdo con las relaciones interpersonales que establecen, inciden en la formación de la personalidad de sus estudiantes. Algunos ejemplos de la influencia que tienen educadoras y educadores en el alumnado se presentan en el libro *Historia de la Ciencia* (1976)¹, en el cual se narra que Nicolás Copérnico, célebre matemático, era muy introvertido y temía al ridículo, pero tuvo como profesor al luterano Georg Joachim Rheticus, quien con su estímulo logró que Copérnico expusiera sus ideas públicamente. John Kepler abandonó sus aficiones teológicas después de escuchar las lecciones del matemático Moestlin. Newton se entregó con ardor a las matemáticas bajo la dirección de su maestro el doctor Barrow, quien reconoció la grandeza de su discípulo.

Con el fin de destacar la labor de muchas maestras y maestros costarricenses que han contribuido, de manera significativa, en la formación de sus estudiantes, en este capítulo se presentan dieciséis relatos sobre docentes que marcaron, de manera positiva, la vida de varias personas. Son precisamente ellas las que dan a conocer las experiencias gratificantes que vivieron con este personal docente en los diferentes niveles del sistema educativo. Se incluye, además, la carta que el premio Nobel de Literatura, Albert Camus, le escribe a su maestro.

En las narraciones se evidencian rasgos de la sólida formación que recibieron estos docentes en ciencias, artes, letras y pedagogía en las diferentes

1 *Historia de la Ciencia*, Ediciones Danae, S.A., Muntaner, 81 Barcelona-11, Séptima edición, 1976. Juan García Font. (página 318)

instituciones de educación superior. Muestran que tenían clara su misión como formadores de ciudadanas y ciudadanos amantes de su patria y comprometidos con la construcción de una sociedad justa, solidaria y democrática.

Se resaltan las buenas relaciones interpersonales que establecían con el estudiantado, las familias y la comunidad, y la forma cómo incentivaban el diálogo y la participación en los procesos educativos.

Sobresale el deseo de este profesorado porque sus estudiantes estudiaran, aprendieran y se cultivaran como seres humanos integrales. Su trato amable y cariñoso les permitía sentirse seguros y externar pensamientos, sentimientos y sueños.

Se invita al lector a sumergirse en las narraciones que muestran la sabiduría y grandeza de estas educadoras y educadores seleccionados por sus estudiantes que los recuerdan con agradecimiento y cariño.

DOCENTES DE EDUCACIÓN PRIMARIA

MARÍA JULIA RIGGIONI: MAESTRA PARA LA VIDA

Jeanina Umaña Aguiar

Corría el año 1953 cuando ingresé al primer grado de primaria. No había asistido al kinder, como entonces llamábamos al nivel de preescolar, porque en Grecia no había. La escuela Eulogia Ruiz era entonces una escuela pública solo para niñas, uniformadas como en la actualidad, pero con la gran diferencia de que había muchas que iban a la escuela descalzas, ya que todavía no se sentía plenamente el impacto de los cambios suscitados por los eventos del 48. Tuve la fortuna de ir a la escuela en una época en que los informes de notas trimestrales incluían información sobre el número de visitas de los padres a la escuela –para enterarse del progreso y de la conducta de sus hijos, por supuesto, no para quejarse– así como el número de visitas del maestro al hogar! Es decir, había un acuerdo tácito entre padres y maestros de que la labor educativa era en realidad una tarea conjunta, y se daba cuenta estadística para que así fuera.

La vida me premió al tener como mi primera maestra a la profesora María Julia Riggioni Maroto, “la niña Maru”, como hasta ahora la llamamos sus exalumnas. En una escuela lejos de la capital, era un privilegio tener una maestra realmente educada, recién graduada de la Universidad de Costa Rica, como lo indicaba el anillo que con orgullo usaba. Muchos años después comprendí que la formación universitaria adquirida por la niña María Julia nos había garantizado que los contenidos a los que nos expuso fueran en ese momento los más actualizados, hecho nada despreciable dada la importancia de la actitud hacia el conocimiento que deben tener quienes guían a niños y niñas en el mundo escolar.

Un segundo rasgo que recuerdo de mi maestra era la plena conciencia de su papel en el aula y de la necesidad de poner límites a las alumnas. La frescura de su expresión, su juvenil belleza, el porte elegante y el vestir práctico y siempre impecable de la niña María Julia no hacían sino reforzar su innegable presencia en el aula. Había en torno a ella la seguridad de que el aula era un ambiente limpio, agradable y de respeto, donde siempre se aprendía algo interesante, a pesar de que la infraestructura no era idónea, según los parámetros actuales. Las aulas eran viejas y de madera, los pupitres no eran

ergonómicos ni mucho menos, la decoración consistía de carteles alusivos a los contenidos del curso escolar y las plantas y flores que aportaban las estudiantes. En cuanto a la biblioteca escolar, estaba constituida por unos cuantos mapas con los que lográbamos viajar en forma imaginaria. Pero la maestra nunca nos hizo pensar que eso fuera obstáculo para aprender; no entiendo cómo pudo aportar siempre todos los materiales que necesitábamos.

Sus alumnas éramos niñas sin el exceso de estimulación que aqueja a la población escolar actual, que controlábamos la hiperactividad – que ni siquiera tenía nombre– jugando intensa y creativamente en el patio de la escuela. Además, teníamos padres y madres que nos ponían límites en la casa y nos inculcaban un enorme respeto, no solo hacia los maestros, sino hacia todo lo relativo a la institución escolar. Quizás por eso, la niña Maru era sin duda una figura de autoridad, que para nuestro bien irradiaba a la vez firmeza, una enorme dulzura y un verdadero afecto hacia sus alumnas. Muchas veces oí a mi abuela materna, que también había sido maestra, mencionar la antigua filosofía de que “la letra con sangre entra”, pero para mí eso era difícil de entender, ya que no podía imaginar que hubiera algo doloroso en el proceso de aprendizaje. Y a la niña Maru le debo el haber disfrutado todo lo aprendido desde mis primeros años de escuela.

Como educadora consciente de su rol, la niña Maru sabía, mucho antes de que la UNESCO lo declarara, que nos estaba educando para la vida. Por eso se centraba en asegurarse de que realmente aprendiéramos destrezas fundamentales, esas que son para siempre, transferibles a todo lo que vendría posteriormente. En lo académico, formó una generación dueña de destrezas básicas: aritmética sólida que más de medio siglo después todavía me permite hacer cálculo mental; prácticas de escritura, las famosas redacciones cortas y periódicas, que desde entonces me hicieron sentirme cómoda escribiendo; sesiones breves pero constantes de caligrafía que hasta la fecha me permiten escribir en forma legible y sin que me avergüence de mi letra, eso tan en desuso debido a una idea errónea del papel de la tecnología; y además nos despertó una gran pasión por la lectura. Con el paso de los años, lógicamente he tenido que aprender de nuevo muchos de los contenidos de la educación primaria y secundaria, y soy aficionada a las computadoras, pero eso ha sido posible porque la niña Maru nos supo inculcar curiosidad por lo desconocido y la certeza del cambio.

En las calurosas y lluviosas tardes griegas era frecuente que, después de hacer la tarea, las alumnas de la niña Maru fuéramos a su casa a leer en voz alta. Esperábamos el turno para sentarnos a leer en una banca en el corredor al frente de su casa. Imposible entonces no aprender el significado de cada pausa marcada por un signo de puntuación, e imposible también no entender el valor de la flexión de la voz para dar significado especial a cada texto. Creo que mi afición al maravilloso mundo de las palabras, que eventualmente me llevaría a la lingüística como profesión, se remonta a esos días escolares,

cuando trataba de imitar la entonación y el ritmo de mi maestra. Imposible no aprender también que la relación con los estudiantes, para que sea exitosa, requiere el contacto individual, personalizado, y que una conversación corta en la que se le dé toda la atención al alumno, tiene más impacto que muchas horas de aula.

Realmente no sé cómo lo hacía, pero la niña Maru también nos organizaba para que participáramos en actos culturales. Esa era la época de las "veladas", que ahora llamarían "tarde de talentos", en el cine local o en el salón de actos de la escuela. Nos hizo creer que podíamos cantar, declamar poesía en público, y hasta bailar, y si hubiera existido un Castilla en la localidad, muchas quizás habríamos explorado alguna veta artística.

Visto en retrospectiva, lo más maravilloso de la niña Maru era su capacidad para lograr que nos sintiéramos orgullosas de nuestra comunidad y de nuestro país. Entre las fechas del calendario escolar que esperábamos con gran ansiedad estaban aquellas en que se celebraba alguna fiesta patria o comunitaria: Batalla de Santa Rosa, Batalla de Rivas, Fundación de Grecia, Día de la Independencia, 12 de Octubre. Nunca nos cuestionamos la disciplina requerida para soportar el sol y el calor sofocante durante un desfile o un acto cívico en el patio de la escuela, y el honor de lograrlo. Preparadas previamente por ella, nos emocionábamos cantando los himnos patrios de memoria y escuchando los discursos que daban maestros y políticos del lugar durante los actos cívicos al final de los desfiles. Así, el premio que recibíamos al terminar la mañana, un refresco de cola Muñoz, con algún "gato" o "tostel", era más de lo que esperábamos por cumplir con un deber de ciudadanas en ciernes. Mi maestra fue ejemplar porque tenía una profunda convicción cívica y sabía motivar.

El ejemplo personal de la niña Maru y la dedicación de maestra reflejada en prácticas cotidianas ordenadas y constantes, realmente dejaron en mí una huella indeleble y una visión tan positiva de la labor docente, que años más tarde me hizo explorar la enseñanza como opción de vida. Sirva este breve texto como testimonio de admiración, enorme cariño y agradecimiento imperecedero hacia mi primera maestra.

DON MAURILIO PÉREZ

José María Gutiérrez Gutiérrez

A veces me sorprende la nitidez con que recuerdo mi primer día de clases en la escuela primaria, hace ya casi 46 años. Recuerdo el movimiento en mi casa, la preparación en la mañana para asistir al inicio del año escolar de 1961. Recuerdo incluso estar desayunando y el estímulo de mis padres y mis hermanos mayores al momento de salir de la casa. No habiendo cursado educación preescolar, algo común en aquella época, tenía muchas ganas de iniciar mis estudios. El bus del Colegio de La Salle nos trasladó hasta La Sabana. Al llegar, uno de mis hermanos me llevó al aula correspondiente al primer grado B, situada en el extremo este del primer piso del Colegio. Y ahí, al iniciarse las clases a las 7:30 a.m., conocí a mi maestro de primer grado, don Maurilio Pérez. Él se encargaría de todas las clases, excepto la de religión, que le correspondía a un Hermano Lasallista de las Escuelas Cristianas.

Tuve mucha suerte de quedar ubicado en el grupo de don Maurilio, aunque ese día aún no lo percibía con claridad. El Colegio de La Salle en aquella época tenía una filosofía de enseñanza sumamente autoritaria y memorista. Se trabajaba con algunos libros que presentaban, en su primera página, la imagen del Generalísimo Francisco Franco, y el énfasis en el éxito académico opacaba aspectos más sutiles y personales de la formación del estudiante. Don Maurilio no encajaba en ese estilo de enseñanza autoritario y punitivo, sino que el suyo era un estilo centrado en el estímulo y el afecto. No tengo idea de dónde se formó como maestro. En 1961 debe de haber tenido alrededor de 60 años, a juzgar por su apariencia en la foto de nuestro grupo. Probablemente fue alumno de la Escuela Normal, heredero por lo tanto de una noble tradición educativa costarricense.

El ambiente que él generaba en sus clases era afable, estimulante, cálido. No recuerdo haber sentido el temor y la tensión que sentí en otros años de mi escuela primaria, generados por exigencias académicas a veces exageradas. Recuerdo haber afirmado con don Maurilio mi gusto por el conocimiento, iniciado ya en el ambiente de mi casa, siempre estimulante, lleno de amor y alegría.

No tengo muy claro cuál era su estilo de enseñanza, pero sí vienen a mi memoria momentos de gran satisfacción. Colocaba unos afiches en la pizarra

donde mostraba cosas muy interesantes. Rememoro los cuadernos de caligrafía, y el reto tan agradable que representaba hacer aquellos ejercicios de escribir con la misma inclinación las frases con escritura manuscrita. Evoco el gusto con que nos enseñaba, y nosotros aprendíamos aritmética; las tablas de multiplicar, que estaban escritas en la contratapa de los cuadernos; los ejercicios de redacción, con temas a veces seleccionados por él y a veces libres. Las clases de dibujo, en las que copiábamos unas figuras que él nos presentaba; recuerdo en particular la figura de un viejo con barba, que mi padre conservó por muchos años. Y hasta recuerdo que, en algunas ocasiones, nos llevó a dar un paseo a la parte de atrás del colegio, para observar plantas y pequeños animales.

Pero más allá de los recuerdos específicos y de los detalles de las clases, el sentimiento que produce mi memoria es el de una mezcla maravillosa de estímulo, afecto, exigencia racional, aceptación y bondad. Nunca de temor y represión. ¿Cómo logró mantener esa filosofía en un medio que favorecía precisamente lo contrario? ¿Qué convicciones tendría que le permitían ser el tipo de maestro estimulante y no represivo? ¿Tendría dificultades a la hora de defender su estilo de enseñanza en un medio evidentemente opuesto? No lo sé. Lo que sí puedo asegurar es que, por intuición o formación, o por las dos cosas simultáneamente, era una persona tremendamente estimulante y respetuosa. No lo recuerdo haciendo burlas de compañeros que no sabían algo, ni efectuando comparaciones odiosas entre alumnos. Sí lo recuerdo dedicado a explicarnos algo que no habíamos comprendido, y hablando con nuestros padres y madres sobre los problemas que afectaban el aprendizaje; mostrándonos el fascinante mundo de las letras y los números, el placer de la lectura y de la aritmética, la satisfacción por llevar una tarea bien hecha. Cuando aprendimos a leer, nos recomendó que tratáramos de leer anuncios y rótulos en la calle; y nunca se me olvida esa sensación mágica de poder realizar la lectura de un anuncio, de conectar las palabras y entender un mensaje escrito, ¡qué descubrimiento! Cultivó en nosotros el placer por la lectura, y recuerdo lo agradable de los relatos y narraciones que nos hacía en clase. También las lecturas de poesía, y el disfrute de recitar en público, frente a nuestros compañeros. El gusto por escuchar la rima y la musicalidad de un poema. La enseñanza, bajo su guía, era una fuente de estímulo y gusto, nunca algo aburrido o carente de vitalidad.

¿Cómo se le transmite a un niño el gusto por el conocimiento y por la vida? ¿Existe alguna fórmula? Me parece que, cualquiera que sea esa fórmula, don Maurilio la conocía y manejaba con sapiencia. El deleite por el conocimiento es una faceta del gusto por la vida. Si no se posee gusto por la vida, si se prefiere el inmovilismo a la búsqueda de lo nuevo, si el temor y la represión predominan sobre la creatividad y la libertad, el interés por el conocimiento y por muchas cosas más se desvanece, indefectiblemente. ¡Qué tremenda responsabilidad ser el primer maestro de un niño o una niña! Ser la primera persona que lo introduce en el mundo del estudio formal. Ser la persona que le forma por primera vez sus hábitos de estudio. Quienes asumen esa responsabilidad

deben ser personas muy calificadas, en todo el sentido de esta palabra. Y eso era don Maurilio, un ser humano especial, muy competente, muy atento y cálido, muy humano y dedicado, un gran maestro.

Al finalizar el año lectivo me dolió dejar de ser su alumno. Cuando cumplí 7 años, en noviembre de 1961, me obsequió un libro, con una dedicatoria cariñosa, titulado "Cuentos de hadas de la Condesa de Segur". Lo conservo aún. Es un libro especial para mí. Y le agradezco que se haya acordado de mi cumpleaños y me haya hecho ese obsequio. Durante los años siguientes, a la hora de los recreos o al salir de clases, mis compañeros y yo nos lo encontrábamos con frecuencia y siempre mostraba la misma actitud de afecto y cordialidad, de interés por saber cómo nos iba; los encuentros con él continuaron siendo agradables.

No recuerdo bien cuándo lo dejamos de ver, en qué momento se retiró del colegio. Y nunca más supe de su paradero. Nunca me enteré de cuándo murió. Además del libro que me regaló, conservo una fotografía en blanco y negro de nuestro grupo de primer grado en la que él aparece. Al verla pienso cuán afortunados fuimos aquellos a quienes, en aquel lejano año 1961, nos correspondió estar en el primer grado B del Colegio de La Salle y tener durante todo ese año a un gran educador dirigiendo nuestros primeros pasos en los estudios formales.



*Grupo del primer grado B del Colegio de La Salle, año lectivo 1961.
Arriba el maestro don Maurilio Pérez*

LA NIÑA VIRIA

Álvaro Salas Chaves

La niña Viria pertenece a la época en que las mujeres podían ser solamente amas de casa, maestras o monjas. Casi no existían otras alternativas para desarrollarse profesionalmente, por lo que se recuerda siempre con nombres y apellidos a quienes en esa época fueron las primeras odontólogas, médicas, abogadas o ingenieras. De manera que la niña Viria no fue la excepción de una fuerte tradición familiar en la cual cuatro tías, su madre y dos hermanas, fueron maestras. Me correspondió ser su alumno en primer grado A, en 1958 y cuarto grado B, en los primeros años de su práctica profesional en la Escuela Central de Atenas.

Como todas las maestras de su tiempo, la niña Viria tuvo que dejar su natal Atenas y trasladarse a vivir a Heredia donde estaba la única institución formadora de profesionales de la educación en Costa Rica: la Escuela Normal. No olvidaremos nunca a las estudiantes de la Normal con su uniforme de enagua azul sin pliegues, su blusa blanca con un triangulito azul alargado con una estrella blanca y el nombre de la escuela en plateado, para usarlo en el lado izquierdo del pecho, medias y zapatos negros. Las vimos muchas veces desfilando los 15 de setiembre como lo hacen hoy los estudiantes de secundaria, con su estandarte azul, que era igual al triangulito que usaban en el pecho.

La Escuela Normal fue una institución conformada por jóvenes y antiguas maestras que mostraban la transición entre una organización muy antigua de docentes que no habían realizado el bachillerato porque no existía escuela secundaria en Atenas, sino que al salir de sexto grado recibían dos años más en la llamada Escuela Complementaria; y las más jóvenes que eran bachilleres en ciencias y letras, habían completado los estudios profesionales y eran graduadas de la Escuela Normal.

Esta es una historia similar a la observada en el desarrollo de las instituciones públicas educativas y no educativas, de la transformación de una Costa Rica pobre y atrasada hacia una moderna, con instituciones formadoras de recursos humanos, con adelantos técnicos y profesionales, como fue el caso de las enfermeras obstetras, antes conocidas como parteras empíricas y ahora como enfermeras profesionales especialistas en obstetricia.

Sin embargo, había diferencias enormes que solo el tiempo se encargaría de resolver. Las maestras jóvenes carecían de la experiencia que poseían las más antiguas, de la tolerancia y la paciencia que el proceso educativo está llamado a tener, pero las jóvenes aportaban nuevas metodologías de enseñanza en provecho de los estudiantes y de las mismas maestras. Otra gran diferencia era su temperamento de solteras jóvenes que causaban estragos en el estudiantado. Casi todas estaban solteras y nosotros sufríamos tanto sus alegrías como sus tristezas, pasábamos de las lágrimas a la euforia de un día a otro, dependiendo de la vitalidad del noviazgo, del fracaso o rompimiento que se diera.

La niña Viria estaba soltera y jalaba con un muchacho considerado en el pueblo entre los apuestos y gardeles, los cuales siempre estaban listos para organizar bailes, o como les conocíamos en Atenas: "melcochas danzantes", "lunadas" fiestas de cumpleaños, aparte de los gloriosos bailes del 24 de octubre, los más formales e importantes del año, cuando se celebraba la fiesta del Santo Patrono, el Arcángel San Rafael. Gilo Alfaro era, como todos los galanes de entonces, jugador de fútbol. Esta era una condición sine qua non para ocupar la posición de "papacito" que tanto disfrutaba pero que tantos problemas le traía a la niña Viria. Este joven era de los más perseguidos por sus muchas admiradoras, lo que golpeaba constantemente el ánimo de nuestra querida maestra.

Las cosas empeoraron porque nuestro querido Gilo se fue a estudiar medicina a México y este hecho definitivamente rebasó las posibilidades de nuestra niña y la depresión la invadió. Se le veía muy triste siempre, se pasaba de un humor fatal y por cualquier cosa nos jalaba las orejas durísimo. Ahora entiendo por qué las tengo tan largas, yo sentía que se me despegaban. Por todo eran gritos y la disciplina se volvía más difícil de controlar.

Así las cosas, decidimos reunirnos en la hora del aseo para planear alguna estrategia que le devolviera la alegría a la niña Viria. Jorge y yo consideramos que la palidez, aquel aspecto demacrado era lo más importante de combatir (fuimos médicos después) y propusimos comprarle unos polvitos que vendían en la botica de don Juan de Dios Umaña y que venían en unas cajitas amarillas con una cinta dorada. Había dos tonos, uno color crema y otro color zapote. Optamos por el último y se lo llevamos envuelto en un lindo papelito de regalo que nosotros mismos buscamos. La clase entera estaba atenta a la reacción de la niña, sonrió y le agradó mucho, pero acto seguido empezó a llorar intensamente.

Finalmente el proyecto de Gilo de estudiar medicina en México fracasó a los pocos meses, lo que ayudó a mejorar el estado de ánimo de la niña; así todos respiramos con más tranquilidad. Gilo había regresado para casarse con la niña Viria y en pocos meses estaba casada y embarazada. Pero los problemas en lugar de amainar, empeoraron. El carácter de la niña se volvió

aún más difícil, se le veía mal, decaída y casi siempre muy malhumorada. Entonces aplicamos el segundo color de los polvitos para ver si esto cambiaba la situación. De nuevo fracasó el intento, pues el resultado fue una alegría fugaz y una gran tristeza posterior.

Aún faltaban más y más graves problemas. La niña Viria perdió al bebé y eso colapsó la clase. No sabíamos qué hacer, si ir a la casa, si mandarle una tarjetita de pésame, si mejor esperar a que regresara. Yo era el más comprometido en este asunto porque era el encargado de la Cruz Roja del grupo y por supuesto que se esperaba que propusiera algo que nos sacara de aquella situación tan triste. Finalmente decidimos ir a la casa todos los que quisieran y allí veríamos qué hacer.

La niña Viria estaba recostada y cuando nos oyó en la puerta, se vino a darnos un abrazo. Nosotros veníamos con los butillos de clases, con nuestro uniforme blanco y azul de pantalón corto y con la consternación en la cara. Donde la vimos nos tiramos todos encima y nos fundimos en un largo abrazo remojado en lágrimas y sollozos que no nos dejaron decir nada de lo que habíamos practicado y que consideramos más apropiado para el momento.

Lo que pasaba era que nosotros adorábamos a la niña Viria porque ella nos adoraba igual. Nos enseñaba de una manera que nos levantaba la autoestima y nos hacía sentir tan importantes con eso de leer mamá me ama, que el Quijote no tenía nada de especial. Nuestras sumas y restas de solo dos dígitos o tres a lo sumo, era la contabilidad que llevaba Abelito Mayorga. Aprender era crecer, aprender era hacernos grandes y muy importantes. Cuando pasaba por los pupitres revisando lo que estábamos haciendo nos ponía unos buenos con rojo, que no puedo olvidar: grandotes, perfectas líneas sin trazos, intensos, que nos creíamos haber escrito la fórmula de la relatividad de Einstein.

La niña Viria era impecable, pelo corto, bien peinada, siempre bien vestida con colores alegres que irradiaban lo que la carita de tristeza no podía, en esos días aciagos. Mantenía la disciplina con firmeza pero en el fondo todos sabíamos que nos quería más que a nadie en el mundo. A ratos yo tenía la sensación de que éramos como de la misma edad, porque era tan integradora en sus relaciones personales que nos sentíamos partes de un solo grupo, muy unidos y queridos entre todos los compañeros.

Cuando había problemas de indisciplina, la niña Viria no se andaba con rodeos, rapidito nos ponía en su lugar sin mucha ceremonia; nos dolía tanto después haberla hecho enojar que buscábamos la manera de contentarnos pronto, para volver a jugar con ella en el recreo. Siempre andábamos guindando de cualquier parte del vestido, si las manos no alcanzaban.

En casa se hacía lo que la niña Viria dijera. Si nos mandaba mensajes señalando faltas, alístense muchachos porque la mano venía pesada. Nuestros

padres le tenían gran respeto y consideración y les causaba vergüenza nuestros malos comportamientos. La niña Viria hablaba poco, pero cuando lo hacía era muy seria y nunca lo hacía en broma. Los padres de familia en general la consideraban una gran maestra y trataban de colaborar en todo lo que fuera necesario, para que el proceso de aprendizaje no se viera retrazado o afectado. Nadie faltaba a las reuniones de padres porque sabían que asistir era importante.

En clase la situación era muy intensa, todos queríamos participar; hacía preguntas y todos queríamos contestar levantando la mano y haciendo un gran escándalo, lo que acongojaba mucho a la maestra porque teníamos fama de bulliciosos y de interrumpir el trabajo de los demás grupos. Además, a las maestras más antiguas les molestaba el carácter impetuoso y agitado de las jóvenes. Pero eso no cambiaba la situación, igual seguíamos haciendo ruido y trabajando en medio de un gran bullicio. Creaba un ambiente de gran motivación y entusiasmo, lo que permitía que los compañeritos más callados y retraídos se animaran a participar.

Los temas de historia y geografía eran apasionantes; yo me sentía Colón descubriendo América. La maestra preparaba materiales con tanto gusto que nos hacían soñar. Lograba crear la fantasía necesaria para dimensionar los acontecimientos relevantes de nuestra historia. Hasta el día de hoy puedo recordar el olor del material educativo que nos traía. Hay que tener presente que no había televisión y solo escasos radios en algunas de las casas de mi pueblo. De manera que unos paisajes hechos con lana de portal, nubes de algodón, lagos con espejos y animalitos de plástico primitivo se convertían ante nuestros ojos en auténticos parajes que aún guardo en mi memoria.

Los cuadernos de vida, que en nuestro caso de primer grado comenzarían más tarde, eran el símbolo claro de nuestro desarrollo y avance. Teniendo cuaderno de vida, éramos como los grandes, que poseían muchos cuadernos, lápices de colores, reglas, compases, escuadras y cartabones. Nosotros lo más que teníamos eran ábacos, un cuaderno de borrador y otro de tareas. El cuaderno de vida era nuestra carta de presentación. ¡Con qué esmero lo cuidábamos! Tenía que estar limpio, bien forrado y al día, sin tachones ni suciedades. Mamá se preocupaba de que nos laváramos las manos y limpiáramos la mesa para escribir en los cuadernos, pero el de vida era el más importante.

¿Cómo no recordar el paseo anual a una finca cercana a la escuela? No se podía decir que íbamos de paseo al campo porque vivíamos en medio del campo, pues Atenas en esa época era mucho más rural de lo que es hoy. No se podía decir que íbamos de pic nic porque nadie sabía qué era eso; ir a una finca viviendo todos los días en una, era muy sin gracia. Pero la niña Viria nos fue introduciendo en el tema con antelación, nos dejaba tareas para dibujar ríos, montañas, animales, paisajes, plantas que nos fueran abriendo la imaginación y la fantasía de creernos en un viaje de exploración que el

comandante James Cook cuando descubrió Australia era cualquier cosa. Nos contaba cuentos de animalitos en el campo, nos enseñaba canciones como aquella que decía:

*“aquel arroyito que va presuroso,
cantando a la vida, mirando la,
lo amé desde niño....”*

El paseo fue un éxito. Los chiquillos íbamos felices como si nunca hubiéramos salido al campo, cantando, palmeando las canciones, aplaudiendo, buscando bichitos, todos en fila ordenadamente. Llegamos al río y lo cruzamos por las piedras con gran habilidad aunque no faltó alguno que se metió con zapatos al agua; lo más seguro que fui yo. Después de buscar hojitas y aprender de las que ortigaban, ya un poco cansados nos fuimos a sentar debajo de un gran árbol de higuerón a comernos el almuercito que mamá nos había preparado. ¡Que sabor de comida! Los frijolitos majados sabían a gloria, la torta de huevo, el platanito maduro, que dulzura. Realmente un paseo inolvidable, gracias a la niña Viria que nos enseñó a soñar.

Llegó el fin de curso y nos teníamos que volver a nuestras casas. Sufríamos una mezcla de felicidad por nuestras primeras vacaciones, las cuales ansiábamos desde hacía tiempo, pero por otro lado, una gran nostalgia por tener que dejar la escuela, los compañeros y a la niña Viria. Ella nos hizo la fiesta de la alegría, fue la primera fiesta de la alegría de nuestras vidas. Participamos felices, disfrutamos cada detalle, gritamos todo lo que pudimos, jugamos con los regalitos, brincamos y comimos helados y galletas. Todo era muy sencillo. Nuestro pueblo y nuestras familias no eran ricos, aunque no nos faltaba nada, pero tampoco se alardeaba. Se disfrutaba de todas las cosas con intensidad y se era feliz con muy poca cosa. Después nos pasaron a un aula en donde la niña Viria había hecho con aserrín de colores, una especie de maqueta del pueblo, con su iglesia, el parque, la plaza de fútbol, los caminos, los ríos y las montañas. Nos dejó con la boca abierta, ¡qué belleza!, ¡qué cosa maravillosa!, ¡qué niña tan inteligente! Todos fuimos reconociendo el camino a nuestra casa, los ríos cercanos, la iglesia de techo rojo, en fin, un broche de oro para el cierre de mi primer grado de la escuela.

**A MARGARITA: USTED DEJÓ UNA HUELLA QUE MARCÓ MI VIDA
Y POR ESTE MOTIVO LE DEDICO ESTE RELATO**

Ileana María Ruiz Rodríguez



Para ser una excelente educadora se necesita más que un título, se requiere de vocación, actitud y tener muy buenas relaciones humanas, por eso considero importante que conozcan a una educadora de corazón y amante de su labor.

Su nombre es Margarita Murillo Montoya, nació en San Antonio de Belén, Heredia. Realizó sus estudios universitarios en la Escuela Normal de Costa Rica, en la Universidad Nacional y en el Instituto de Psicología Mariano Coronado, en la Universidad de Costa Rica.

Ustedes se preguntarán por qué puedo hablar con propiedad acerca de ella. Pues porque fui su alumna. Durante los años entre 1976 y 1979 fui discente de ella en la Escuela Julia Lang, ubicada en el Edificio Metálico, en el centro de San José.

Son tanto los recuerdos y las anécdotas vividas durante esos años de educación primaria que, con el transcurrir del tiempo, me di cuenta de la huella que mi maestra había dejado en mí, de lo maravilloso que era ser educadora, y cuánto había influido en mi decisión de estudiar esa carrera que solo nos deja la satisfacción de servicio y entrega a los demás.

La niña Margarita era una persona muy creativa, flexible, comprensiva, de buenos principios morales y éticos. Nos inculcó hábitos morales, espirituales y cívicos, despertó en sus alumnos el deseo de aprender, superarse y luchar por salir adelante.

Nos llamaba a cada uno por el nombre con gestos agradables y muy sonriente, preocupada por la salud de cada estudiante, su condición social y económica. Cuando algún alumno tenía dificultades ella siempre estuvo presente, buscaba la ayuda con otro profesional como doctores, dentistas,

psicólogos, entre otros; he de decirlo, en mi caso, siempre me apoyó, porque conocía a mi familia y mi situación.

Su relación con las madres y los padres de familia era armoniosa. Recuerdo las actividades del día de la madre, muy bien organizadas: juegos, dinámicas, risas, el agrado de las madres por participar y, por supuesto, nuestras presentaciones de canciones, poesías y dramatizaciones; además de compartir un refrigerio; esto unía a los familiares y estudiantes con la maestra.

Nuestro grupo era muy variado, desde estudiantes muy inteligentes y talentosos hasta otros que tenían dificultades. Ella trataba de ayudar a los que tenían algún problema, atendiéndolos y orientando su proceso de enseñanza y aprendizaje. Conversaba mucho con quienes presentaban problemas de conducta que, por cierto, no eran muchos. Era un grupo tranquilo. A los compañeros sobresalientes y cuyos padres y madres podían solventar los gastos, los llevaba a realizar programas educativos a canal trece; recuerdo que iban orientados al área de español. Los compañeros y compañeras se sentían muy felices de salir en programas televisivos.

A lo largo de esos tres años que compartí con ese grupo, nos enseñó a ser solidarios, cooperativos y muy buenos compañeros. La mayoría de estudiantes venían desde primer grado con ella. Rememoro que, cuando llegué a tercer grado, por una enfermedad en el oído, perdí ese grado. Al año siguiente, cuando iba a repetir el año, una señora le dijo a mi mamá que solicitara que yo estuviera con la niña Margarita. Siempre recuerdo la cara de esa persona y le estoy muy agradecida por su consejo; no se equivocó la maestra, era todo aquello que le dijeron ese día a mi mamá.

Yo venía de un grupo de compañeros y compañeras de mucho dinero y de estar con una maestra clasista y de preferencias, que me hacían sentir mal, pero gracias a Dios llegué a tener a una docente de gran calidad humana, como yo necesitaba: la niña Margarita.

Mi grupo, el tercero CH, se componía de compañeros y compañeras con un calor humano que propiciaba la docente; solo por eso valió la pena repetir ese tercer grado, situación de la que nunca me he lamentado, pues por el contrario, fue una oportunidad de superación personal. Los padres de familia eran muy unidos, resultado de la labor y del esfuerzo de una excelente educadora, que no solo se preocupaba de la parte académica, sino también de la parte emocional de sus estudiantes. Evoco, como anécdota, cómo nos celebraba nuestros cumpleaños y lo divertido que era ese momento; le pedía a un compañero o compañera del sexo opuesto que bailara con el que cumplía ese día años y además de cantar cumpleaños feliz y bailar, se le cantaba "por ser un buen compañero o compañera lo vamos a festejar, por ser un buen compañero o compañera lo vamos a festejar..", luego nos regalaba algún detalle: un libro de lecturas, una carterita, algún recordito.

La niña Margarita mostraba gusto por su labor docente; cuando iba a introducir un tema nuevo, nos motivaba con canciones, cuentos, poesías; nos formó en un ambiente democrático donde todos podíamos participar y dar nuestras opiniones por lo que se desarrollaba el pensamiento crítico y el razonamiento. El material didáctico utilizado era muy variado y muy bien elaborado; entre ellos, recuerdo hojas poligrafiadas, fichas didácticas, libros, el minidiccionario, donde se escribían las palabras desconocidas, con una oración y un dibujo. Usaba también grabadora y a veces televisión, para cambiar la rutina del aula. Se hacían exposiciones y trabajos grupales e individuales; los grupos siempre eran los mismos: integrados solamente por mujeres o varones, de rendimiento académico excelente y bueno; otros grupos eran integrados tanto por hombres como por mujeres; creo que algunos estaban así conformados con el propósito de ayudar a quienes les costaba el estudio.

La niña Margarita se inclinaba por el área de español, fomentaba mucho la lectura y la escritura, nos pedía hacer muchas redacciones, narraciones, historias creativas, dramatizaciones, entre otras.

En el área de matemáticas, nos repasaba las tablas de multiplicar: hacíamos un círculo todos y empezaba a preguntar las tablas; por ejemplo, 3 por 4 y el estudiante tenía que contestar inmediatamente, de lo contrario, sonaba una campanita, llamada por todos "Wendy". Este juego era emocionante y todos estudiábamos mucho para ese día, porque nos gustaba quedar de finalistas y obtener un 100.

Cuando entregaba los exámenes corregidos, los revisaba en la pizarra con todos y explicaba las respuestas.

¡Qué bonitas eran las excursiones que realizamos! Fuimos al volcán Irazú y al volcán Poás con nuestras familias. Se efectuaban los domingos para que todos pudiésemos participar en ellas. Nos divertíamos e integrábamos y compartíamos con la familia. Luego, al llegar al aula, se entregaba un informe de la excursión; además se compartían las experiencias y los conocimientos adquiridos.

Asimismo, realizábamos otras excursiones a lugares más cercanos, como la Sabana, el Parque Simón Bolívar, el Museo Nacional.

Hoy, después del paso de los años, analizo que mi maestra era una docente que tenía clara su labor como formadora de estudiantes y amante de la docencia. Enseñar es un arte, implica dar lo mejor de sí mismo, entregando lo que se sabe con pasión y mucho amor a los alumnos. No solo llenaba nuestras mentes de conocimientos, sino que ella trascendía su labor. No olvidaba mi maestra que era una facilitadora de los aprendizajes de los educandos; pero también nos educó con su ejemplo y capacidad de servicio hacia los demás, mostrando buenos sentimientos, valores morales y éticos para formar personas buenas e íntegras.

La esencia de un buen docente no radica en quién posee más perfeccionamiento o más títulos, sino en quién deja su alma en la sala de clases, día a día; y esto requiere de esfuerzo, constancia y optimismo. La educación es una tarea que produce frutos a largo plazo y que todo educador debe saber reconocer. Gracias a que ella supo entender las dimensiones de esta tarea, en 1994 obtuvo el Premio Mauro Fernández, por el Circuito 02 de San José.

Después de transcurridos los años, nos hemos reunido la mayoría del grupo con esta ejemplar educadora; pienso que ella se siente satisfecha de las personas adultas que somos hoy, y que de niños y niñas nos tuvo en sus manos, nos orientó, moldeó, guio, motivó y nos ayudó a formarnos como mejores ciudadanos y personas, para lograr tener una mejor calidad de vida y mejorar la de las generaciones que están en nuestras manos.

Gracias, niña Margarita, por su entrega a la educación costarricense, por sus años de labor y, sobre todo, por su calidad humana, que muchos educadores, actualmente, no tienen.

UN EJEMPLO DE MAESTRA: LA NIÑA ÁNGELES

Magda Cecilia Sandí Sandí

La educadora a la cual me voy a referir es una mujer profesional con gran sentido de responsabilidad sobre la labor educativa. No resulta difícil describir a la maestra, la "Niña Ángeles", porque ella desempeñó a lo largo de mis seis años de primaria, muchos roles: como mamá, consejera y amiga, no solo de sus "chiquitos" sino también de los padres y madres de familia.

La niña Ángeles fue una profesional con mística, de una puntualidad envidiable, y siempre manifestó el aprecio y cariño por su labor. En todos los años que fue mi "niña", nunca expresó malestar o descontento por su quehacer en el aula; por lo contrario, siempre se mostró afable y agradecida con Dios y con la vida por su insigne profesión.

Desde que inicié mis estudios primarios en la Escuela Vitalia Madrigal en San José, la "Niña Ángeles", me inspiró confianza; después de mi mamá, era la figura femenina fuera de mi hogar a la que le tenía más cariño, respeto y admiración. Además, al lado de ella me sentía protegida y segura, gracias a su trato y a las muestras de afecto con que nos recibió desde el primer instante en su salón de clase.

Dice el refrán: "lo que bien se aprende nunca se olvida" y hay muchas cosas que aprendí para siempre de ella. No me refiero a los conocimientos teóricos, me refiero a las vivencias personales, a la convivencia con mis compañeros y compañeras, a los ratos felices que pasé en mi escuela, a los valores, a los buenos hábitos de urbanidad y comportamiento, a los sentimientos de solidaridad por mis semejantes, que ella y mi madre me inculcaron y, sobre todo, a la espiritualidad que llenaba mi salón de clase. La "Niña Ángeles" nos enseñó a dar gracias a Dios por todas las cosas que nos acontecen en la vida, lo bueno y lo no tan bueno, a entender los designios de Dios. Quizá era esto lo que hacía que mis compañeras y compañeros fuéramos más juiciosos y tranquilos.

En este momento vienen a mi mente recuerdos tan agradables de mis años de escuela, que quisiera poder escribirlos todos con detalle. Mencionaré los que más influyeron en mi vida de colegio y de universidad. Aprendí que

la presentación y el aseo personal eran dos aspectos fundamentales para mi autoimagen, para que las otras personas también sintieran agrado al tratarme y compartir conmigo. Aprendí que el orden, aseo y limpieza en mi pupitre, bulto y cuadernos decían mucho de mí, reflejaban inclusive cómo era mi casa; es decir, que yo era el reflejo de mis padres en estos aspectos tan cotidianos y simples. Aprendí a desarrollar hábitos de estudio, para organizarme con mis tareas y exámenes: pocas veces mis familiares o padres me ayudaron a realizar una tarea o asignación; por lo general yo era responsable de mis deberes escolares. Aprendí que la lectura es una puerta para descubrir nuevos conocimientos y que ello contribuiría a cultivarme como ser humano y en un futuro a ser un buen profesional. Periódicamente mi maestra realizaba dictados de palabras nuevas para incorporarlas a nuestro vocabulario, hacíamos copias todos los días en cuaderno de caligrafía, con la finalidad de tener una letra legible y de buenos trazos, entre otras razones.

Por otra parte, nuestra maestra nos reforzaba el aprendizaje de la historia y la geografía de nuestro país y del mundo en general. Trataba de inculcar en cada uno de nosotros aspectos de cultura general, como leer el periódico, ver noticiarios, leer temas de actualidad, en fin... creo que tuve la dicha y privilegio de tener una maestra en toda la extensión del concepto. Pienso que la "Niña Ángeles" quiso hacer de nosotros y nosotras buenas personas, estudiosas, responsables y educadas; no sé si pudo calar en todos y todas, pero en lo personal tengo que agradecer la rigurosidad con que nos trató, firme en sus decisiones, con autoridad moral para exigir tanto a alumnos como a padres de familia buen comportamiento y compromiso con la educación.

La "Niña Ángeles", dejó una huella positiva en mi vida; después de hacer un recuento de los hechos, estoy convencida de que muchos de los hábitos que me inculcaron en mi etapa de educación primaria, han estado presentes en mi vida académica y personal hasta hoy. Aunque en algunas ocasiones fui tratada con dureza o severidad, no albergo ningún reproche pues entiendo que la finalidad era convertirme en una persona de provecho, y creo que tanto mi madre como mi maestra lo lograron.

A pesar de las dificultades que mi maestra tenía que enfrentar, como lidiar con padres y madres de familia incómodos, trabajar con recursos escasos y limitados, trabajar con niños y niñas que presentaban problemas para aprender o de conducta, con compañeras y compañeros de trabajo también problemáticos, no recuerdo haber escuchado a mi maestra renegar, vociferar, increpar o maltratar de palabra a cualquiera de las personas antes citadas. Todo lo contrario, siempre mantuvo buenas relaciones con padres y madres de familia, con sus superiores jerárquicos, con sus pares y con los estudiantes. Pero esto quizá se deba a que ella en su vida personal era una mujer realizada en los planos profesional, personal y académico.

Creo que con mucho acierto estableció un canal de comunicación abierto y claro con los padres y madres de familia. Esto le permitió sensibilizarse y

conocer con más detalle la situación familiar de cada uno de sus alumnos, con la mayor discreción y ética la "Niña Ángeles" manejaba los problemas que cada alumno o alumna iba presentando en el salón de clase; para ella era fundamental la comunicación periódica con los padres y madres de familia, una llamada telefónica, un mensaje escrito en un cuaderno especial de apuntes, una visita de aquellos a la escuela, la participación en la entrega de calificaciones, la participación en reuniones de grupo; en fin, ella encontraba espacios de diálogo para compartir las preocupaciones y problemas con los padres y madres de familia. Por eso siempre gozó de su beneplácito y anuencia para aplicar medidas correctivas en el aula y para convertir la labor de formación en una responsabilidad compartida entre el hogar y la escuela.

El objetivo primordial de este esfuerzo era formar seres humanos plenos, felices, seguros de sí mismos, con sólidas bases de conocimientos, con una actitud positiva ante la vida y, sobre todo, personas de bien. Estoy convencida de que la mayoría de mis compañeras y compañeros asistimos a clase con mucho entusiasmo; cada día era descubrir algo nuevo, era una experiencia diferente, la convivencia con los compañeros y compañeras era muy respetuosa, no había excesos y siempre procuramos el respeto mutuo. Por supuesto, esto sucedía en un contexto de país y sociedad diferente a la actual, para ser específicos, hace treinta años.

También recuerdo que uno de los tesoros más preciados para mí era mi cuaderno de vida, un cuaderno que se elaboraba con mucho cuidado, de un orden y limpieza impecables; allí se registraban las fechas históricas más relevantes y los temas de estudio de especial atención. Este cuaderno representaba muchas cosas bonitas y me ayudó en mi etapa de colegio porque trataba de llevar mucho orden y limpieza en los diferentes cuadernos de las asignaturas que componen el currículo del Ministerio de Educación Pública.

En la actualidad mi maestra de primaria, está muy activa, es una persona lúcida, que goza de buena salud física y espiritual, con una actitud positiva ante la vida a pesar de las adversidades, y esto me da mucho gusto, porque significa que todavía le puede dar mucho a sus semejantes. A lo mejor, estas y muchas otras cualidades personales fueron determinantes en nuestro comportamiento dentro y fuera del salón de clase.

¡Qué privilegio para mí y para mis compañeros y compañeras haber tenido como maestra durante casi seis años a la "Niña Ángeles"! Y lo digo de esta manera porque con ella crecimos, lloramos, reímos, disfrutamos de lindos instantes, compartimos experiencias agradables y tristes, ella nos acompañó en nuestro crecimiento físico y espiritual, nos apoyó siempre, nos estimulaba para alcanzar nuestras metas; nos elogiaba cuando lográbamos éxitos y también se solidarizaba con nuestros fracasos; abogaba por nosotros ante nuestros padres y madres de familia, protegía nuestros derechos, pero también nos recordaba constantemente nuestros deberes como hijos

y estudiantes. Siempre recuerdo esta frase de la "Niña Ángeles": "yo tengo también derecho de llamarles la atención porque ustedes también son mis muchachitos...". Estas palabras encierran el cariño, afecto, compromiso y dedicación que nuestra maestra tenía por su labor formadora de seres humanos íntegros y de bien para la sociedad.

Hasta hoy no hemos perdido el contacto con la "Niña Ángeles", nos reunimos con ella, recordamos anécdotas, compartimos nuestros triunfos, también nuestros ratos amargos, siempre tiene una palabra de aliento y un rostro de alegría cuando nos ve, y saluda a cada uno de nosotros con mucho afecto, como si realmente el tiempo no hubiera transcurrido y aún fuéramos sus muchachitos. Así las cosas, escribir estas líneas me ha permitido de alguna manera agradecer y reconocer todas las buenas cosas que esta profesional me enseñó en mi etapa de estudiante de primaria, las cuales quizá en aquel momento yo no valoraba, pero que ahora reconozco la influencia tan positiva que ejercieron sobre mí. Siempre admiré en ella su orden, limpieza, su vasta cultura general, el gusto por la lectura, su manera de ejercer autoridad y disciplina en sus alumnos.

Concluyo este ensayo afirmando que esa generación de maestros y maestras tenían gran vocación por su labor, amaban su trabajo y de igual manera se entregaban a sus niños y niñas, sin importar el nivel socio-económico, el credo o religión, etnia o cualquier otra aspecto que pudiera hacer sentir diferente a alguno de sus alumnos. ¡Qué más puedo decir sino que ella fue una formadora, una maestra y una gran profesional! Finalmente, si tuviera que escoger mi escuela y mi maestra, escogería de nuevo, sin dudar, la Escuela Vitalia Madrigal y a la Niña Ángeles Losilla de Torres.

LA NIÑA VIRGINIA

Álvaro Salas Chaves

Hablar de la niña Virginia es hablar de la maestra más integralmente completa que haya conocido en mi vida, la persona más dedicada a la educación, a la formación en cuerpo y alma de generaciones de jóvenes, por encima de todo y de todos. Mencionar su nombre es hablar de trabajo, de mucho trabajo; de esfuerzo agotador, de autoridad indiscutible, de disciplina, pero sobre todo de un inmenso sacrificio personal y familiar por sus estudiantes.

La niña Virginia Campos Arredondo (q.d.D.g) vino del Barrio San José de Atenas, uno de los barrios con mayor pobreza que yo recuerde. La gente vivía arrimada, en ranchos mal hechos, en las fincas de ganado y café donde les daban trabajo y un pedacito de tierra para poner sus miserables casitas; sin servicios básicos como agua para consumo humano, letrina y menos electricidad. Los niños morían de desnutrición, esqueléticos, con grandes estomaguitos llenos de parásitos, envueltos en una piel grifa, seca, corrugada que se arrollaba al tocarla por falta de la capita mínima de grasa; eran solo ojos; ojos inmensos, tristes y sin lágrimas. Ese era el campo en la Atenas de los años cincuenta, esa era la Costa Rica campesina de entonces.

Como fácilmente podemos imaginar, esos eran también, en una gran mayoría, los alumnos de la niña Virginia, un montón de harapientos incapaces de aprender, buenos solo para peones y para reproducir la pobreza. Pienso que esa dura e intensa realidad vivida en sus primeros años de maestra normalista en el Barrio San José, la caracterizó para el resto de su vida. Creo también que su firmeza de carácter, la intolerancia a la mediocridad, la disciplina en el trabajo de las maestras, las porteras y los administrativos, pero más importante aún, su ejemplo diario y continuo, las veinticuatro horas del día, fueron testimonio hasta el día de su muerte, de su compromiso con los más pequeños, los más tristes, y abandonados de la tierra.

La Niña Virginia vino a sustituir a la directora histórica de la Escuela Central de Atenas, a nuestra querida y recordada niña Marta Mirambel de Menezes, que después de haber sido simultáneamente la directora de la Escuela y el Liceo de Atenas se retiró a su merecido descanso, no sin antes haber

diseñado el estandarte y escrito el himno de ambas instituciones educativas. Había una gran preocupación por el cambio. Significaba traer a una maestra de barrio, además, de uno de los más atrasados, a asumir la conducción de la principal escuela del circuito y sobre todo después de la estela de éxitos dejada por la Niña Marta.

No pasó mucho tiempo para que la mano firme, la sabiduría, y el inmenso amor de la Niña Virginia se empezaran a sentir a todo lo largo y ancho de la escuela. El mensaje era claro, no se tolerarían más las ausencias injustificadas, las llegadas tardías de las maestras y menos de los estudiantes; no se aceptarían excusas por no presentar al día el Diario, el cual ella se comprometía a devolverlo al día siguiente. De acuerdo con el cronograma establecido, el diario se presentaría en perfecto orden y limpieza, el día y la hora acordados.

Hablar de la Niña Virginia es hablar de administración educativa. Reunía las condiciones académicas, administrativas, personales y de mando necesarias, que en su conjunto garantizaban un proceso educativo continuo y sin sobresaltos. Organizaba a las maestras en comités de trabajo, de acuerdo con las afinidades e intereses de cada una.

Recuerdo a una maestra del comité de danza que por poco "hace abortar la brillante carrera de este profesional de la medicina". La Niña Beatriz Bogantes, artista nata y amante de la danza, seleccionó a lo más destacado y promisorio del repertorio de estudiantes de la escuela, "claras promesas de futuros artistas atenienses". Se pasaba todo el año incorporando los últimos ritmos a las coreografías que se inventaba para el disfrute de todos en la escuela.

En ocasión de la celebración del 12 de octubre, la Niña Virginia les pidió a los comités, y muy especialmente a la Niña Beatriz, que organizaran una serie de actos relativos a tan importante celebración del descubrimiento de América. Era uno de esos días de la Raza, como se llamaban entonces, importantes y ella quería que todos los comités organizaran actos relativos a la fecha, pero con gran énfasis en lo nuestro, en lo propio, y menos en lo extranjero.

La escuela se vistió de matas de plátano, matas de café por todos lados, rincones indígenas con pequeños ranchitos de paja donde se mostraban metates, jícaras, máscaras "indios e indias" en taparrabo, ventas de pozol (yo no sé quién inventó que los indígenas comían pozol); tortillas palmeadas (en Atenas ese era el pan nuestro de cada día); gallos de picadillo de papa, de aguacate con sal, frijoles molidos con asiento de chicharrón (en ese tiempo "no había colesterol malo ni bueno") que nos sabían a gloria. No puedo olvidar el olor a frutas, verduras, a hojas y tallos aromáticos que todos los comités aportaron para tan significativo acontecimiento.

Naturalmente la celebración alcanzaba su punto culminante cuando la niña Virginia, reunidos todos en el magno salón de actos, daba inicio a "la velada", como se llamaba entonces a los actos generalmente artísticos.

Por alguna razón que no pude averiguar nunca, a este amago de artista, la niña Beatriz lo vistió de indio chorotega, pero lo alistó de primero (probablemente ella calculó que embadurnar a ese gordo con aquella pasta café le tomaría mucho tiempo y lo mejor era salir de mí primero) de manera que estuvo en pelota, cubierto solo con unas diminutas hojitas de caña de indio rojas, de la cintura para abajo únicamente, desde la una hasta las cuatro de la tarde, a la intemperie, temblando de frío, justamente cuando estaba cayendo uno de esos aguaceros de octubre en Atenas, con viento y rayería que duran hasta la noche. Probablemente para el hermano chorotega que quería representar, aquello no hubiera sido nada, pero para este asmático y redondo imitador, significó la más severa bronconeumonía que haya sufrido nunca.

La niña Virginia fue a verme a mi cama de enfermo, seguramente para mostrar su solidaridad y preocupación ante tan grave consecuencia. La sola presencia de la niña Virginia en mi casa fue suficiente para que la furia de papá amainara, aunque sí quedó claro que nunca más sería tomado en cuenta en veladas donde se expusiera mi redondo físico. Por supuesto que la niña Beatriz desapareció de mis coordenadas por bastante tiempo.

La niña Virginia nos daba clases a los de sexto grado. ¡Qué clases, Dios mío! Era para babear. Ninguna clase recibida sobre membranas meníngeas en mi querida Facultad de Medicina de la UCR fue recordada, tan fielmente como aquella que nos dio la niña Virginia a los de sexto. Se trajo tres cerebros de vaca enteros, los del matadero sabían que cuando la Niña pedía los cerebros había que sacarlos completos, con todo y meninges, para mostrarles a los asombrados estudiantes, órgano en mano, la estructuración y organización del cerebro. Hacía una cuidadosa disección, en órganos frescos, lo que ayudaba mucho a comprender "aquellos insondables misterios". ¡Qué maravilla, recibir clases con la directora!, eso era extraordinario para nosotros; nos hacía sentir muy importantes. Ella se dejaba para sí los temas que consideraba esenciales para desarrollarlos en el salón de actos y solo para mayores.

No bastándole el trabajo del día entero, la niña Virginia organizó la escuela para adultos de Atenas. Le preocupaba mucho ver a tantos muchachos y adultos que no habían terminado la primaria. Buscó fondos de donde no había para echar a andar este proyecto. Fue un esfuerzo de las maestras pensionadas que dedicaban una o dos horas cada noche para formar a esa generación del pueblo sin oportunidades. A las diez de la noche se la veía salir del antiguo Liceo de Atenas, antes escuela complementaria, envuelta en un chal o con su suéter negro, yendo para su casa.

Se fue a meter a las barriadas más pobres del centro de Atenas. La recuerdo en el Cajón, enseñando en miserables instalaciones del salón comunal a gentes que por su marginalidad no asistían a la escuela de adultos. A ellos también les dedicó tiempo de donde no había, porque ella entendía como nadie que la educación es la herramienta por excelencia para la movilización y ascenso social, es la llave que abre las puertas de las oportunidades, sin ella no será posible el desarrollo y el progreso humanos.

A finales de los años ochenta, el Ministerio de Educación decidió nominar a la maestra o maestro más destacado por sus virtudes personales y profesionales, por su sacrificio por la educación de los más pequeños de la Patria. Sin la menor duda, la niña Virginia fue la primera maestra que recibió la Medalla de Oro a la mejor maestra de Costa Rica, merecido reconocimiento y homenaje de nivel nacional. Todo lo tomó con gran humildad y aprovechó la ocasión para enviar su mensaje de más trabajo y más compromiso a la joven generación de maestros y maestras costarricenses.

Así transcurrió toda su vida profesional: activa hasta su pensión. Costó mucho que aceptara la idea de pensionarse y lo tuvo que hacer por razones estrictas de salud. Adquirió una severa cardiopatía que la acompañó hasta su muerte. Sin embargo, ni los estudiantes, ni las maestras, ni los miembros de las juntas de educación la olvidaremos nunca. No pasa un día que no la mencionemos, que no la recordemos, como el ejemplo vivo de entrega y sacrificio a la juventud de mi país.

MARGARITA GUZMÁN, MAESTRA

Mauricio Viquez Lizano

En estos días aciagos en los que tanto se habla y nada se resuelve, ante el futuro de un país que se nos deshace a poquitos, el tema educativo es uno de los más llevados y traídos por candidatos a la presidencia, autoridades ministeriales y gremiales, alumnos, padres de familia y alguno que otro de esos teoriquillos que nunca han pisado un aula, pero que se sienten con derecho a opinar. En medio de estas condiciones, se me ha ocurrido pensar en lo que ha sido, lo que hemos sido y lo que hemos perdido. Así he recordado a grandes ciudadanos que me han formado y he admirado. Mujeres y hombres que amaron y construyeron la Patria, supieron de conciencia nacional y cooperaron en la forja de las generaciones que les sucedieron. De inmediato recordé la figura excepcional de Margarita Guzmán, mujer ejemplar, ciudadana celosa, maestra de vocación. Una especie, sin duda, en extinción.

Muchas generaciones de jóvenes heredanos pasaron por las manos formadoras de esta gran educadora. Una maestra en todo el sentido de la palabra. De esas que ya hoy día son tan escasas. Una maestra vocacionalmente definida y ubicable dentro de esa gran tradición normalista, perdida en su momento a raíz de una de las "genialidades" de nuestros políticos de turno.

La gran educadora a la que nos referimos nació en 1925 y vivió la experiencia de pasar, a finales de los años cuarenta, por la Escuela Normal. Empezó su camino docente en la Escuela de San Lorenzo de Flores y luego trabajó por largo tiempo en las aulas de la Escuela Estados Unidos de América, del mismo cantón herediano donde incluso fue maestra de mi padre.

En 1965 tuvo una ocasión singular de actualización en su formación como docente. Junto a educadoras de la calidad de Judith Vargas, Edelweiss D'Allanese, Virginia Martínez y Eida Badilla, viajó a Pennsylvania y, gracias a una beca que se les concedió, pudieron acercarse a las últimas corrientes que por la época animaban la labor de enseñanza.

Vendría luego para Margarita su paso por la Escuela Cleto González Viquez. Allí fue capaz de transmitir a quienes le fueron confiados por sus padres, los valores más preciados a que podía aspirar discípulo alguno en la

confusa segunda parte del siglo XX. Ella –con su misma presencia ya de por sí educadora– supo ser promotora de sentido patrio, del valor de la responsabilidad, de la urgencia de la curiosidad intelectual, de la importancia de las virtudes humanas y las sobrenaturales; en fin, supo enseñar los instrumentos esenciales para vivir como ciudadanos y ciudadanas ejemplares y honestos.

Sonriente y grave a la vez, cercana y solidaria con todos, nos fijamos en una mujer que supo marcar la vida cotidiana de sus alumnos y alumnas y fijarse permanentemente en sus recuerdos.

Desde la oración con que abría la jornada, pasando por sus exhortaciones y su manera de enseñar de vanguardia, Margarita Guzmán supo cada día marcar los surcos y poner la semilla que más tarde tocaría a sus pupilos hacer crecer. Me parece que no hay razón para dudar de que la mayoría de sus pupilos lo haya hecho con creces.

No es fácil para un educador innovar, mas Margarita lo lograba sin poses extrañas. Supo utilizar prudente y sabiamente los recursos novedosos que la sana pedagogía le ofrecía. Cercana al estudiante limitado, animadora del alumno que podía dar más de sí, era también capaz de ser arriesgada estimulando y confiando fuertemente en quien recibía un encargo de su parte. Introducía novedades, creaba materiales que sorprendían, favorecía la capacidad constructiva –a nivel individual y grupal– en el proceso de enseñanza-aprendizaje y alababa sin reservas a quien sabía ir más allá por su capacidad de abrir horizontes.

Hoy, después de su pensión en 1978, Margarita vive su vida en su acogedor hogar de siempre, en medio de la ciudad de Heredia. Sus manos, llenas de tantos frutos, son tan expresivas como siempre. Su voz fuerte alecciona aún hoy a cuantos siguen escuchando su manera prudente y sabia de leer cuanto ocurre en su entorno.

El aporte de esta herediana de corazón lo recordamos muchos, incluso treinta años después de nuestra última clase con ella en las aulas de la Escuela Cleto González. Su celo y vocación de educadora, su amor a este suelo bendito, mancillado por tantos, su identidad clara y seductora son lección que se prolonga en el tiempo y nos marca aún hoy.

En estos momentos de deformación y enseñaderos, en las presentes circunstancias patrias, el ejemplo que les cuento nos ha de animar: es posible educar si queremos, es posible construir un verdadero proyecto-país si nos lo proponemos, es posible ser costarricenses rectos si amamos este suelo que nos vio nacer. Un saludo a la distancia para esta gran educadora y una invitación a nuestros docentes –me incluyo– a retomar e imitar el espíritu que motivó el camino de tan egregias carreras de servicio.



Grupo de la Niña Margarita Guzmán, Escuela Cleto Gonzáles Víquez.

LA NIÑA DYALÁ

Inés Patricia Chaves Salas

Yo tuve la suerte de estudiar en la Escuela España en los años sesenta, con una directora excepcional: la niña Rosalina. Y como sucede con toda persona exitosa, su equipo de trabajo y sus maestras eran especiales; de todas podría decir muy buenas cosas.

Recuerdo las asambleas, el coro con la niña Rosario, las clases de religión de la niña Virginia en las que las parábolas eran cuentos y nos encantaban. La exigencia por la disciplina y los cuadernos de caligrafía con copia diaria de cinco renglones de la niña Keyna, a la cual le debo mi buena letra y mi ortografía. Los rosarios en las mañanas en el mes de la Virgen, las idas a misa en la Iglesia La Soledad, maestros llenos de valores, que predicaban con el ejemplo.

Creo que lo que más tenían esos maestros era vocación y deseos de enseñar y realmente se sentían privilegiados por esa misión que se les había encargado: formar adecuadamente a los niños y a las niñas y convertirlos buenos ciudadanos.

Todos ellos lo hacían con ilusión, pero debo hacer un paréntesis especial, con la niña Dyalá Jara Rojas. Para mí fue como un ángel. Cuando llegó a la escuela era una persona muy feliz y realizada, disfrutaba lo que hacía; ella era la maestra nueva que llegó a dar el quinto grado Sinceramente no sé si la niña Dyalá tendría muchos títulos, pero sí sé que tenía mucho entusiasmo y deseos de educar y de encontrar en cada uno de nosotros nuestra fortaleza y desarrollarla.

Siempre vestía de manera muy apropiada, como una maestra, no de manera lujosa pero siempre con una sobria elegancia. Recuerdo unas blusas tejidas de colores muy vivos que ella usaba. Siempre se veía limpia, pulcra y fresca.

Su experiencia laboral antes de llegar a nuestra escuela, se relacionaba con un trabajo en Venezuela; ella amaba ese país y nos explicaba con entusiasmo la vida en los llanos, sobre el Salto Ángel, el más alto del mundo, el

río Orinoco, las leyendas de las pirañas, la riqueza de ese país gracias a sus recursos naturales, el petróleo, y muchas cosas que aún nos entusiasman. Ponía tanta ilusión que muchos de nosotras añorábamos conocer ese país.

Encontraba en cada uno de nosotros su fortaleza, su habilidad, y nos motivaba a desarrollarla. A mí no me encantaba la matemática, pero sí dibujaba muy lindo, o por lo menos eso me hacía creer. A mí me decía: "Patricita, ¿por qué no nos dibuja alguna cosa?"; me hacía ir a la pizarra a dibujar para que la clase se viera más bonita; me hacía sentir importantísima. Y así, con cada uno de sus alumnos.

En la parte académica era muy buena, muy ordenada, pero su mayor fortaleza era la motivación, la formación integral del estudiante. Nos hacía creer que se podía, que todos teníamos habilidades y que las podíamos desarrollar. Y le creímos.

En la escuela yo era del promedio, pero con la niña Dyala fui de las mejores estudiantes. Ella me hizo creer en mí, nos hacía sentir talentosos, inteligentes, llenos de habilidades. Y logró lo que ella quería: que alcanzáramos nuestros sueños.

Yo no sé si todos los compañeros y compañeras tengan el mismo sentimiento hacia la niña Dyalá, pero siempre que pienso en quién hizo la diferencia, pienso en ella.

Le mando bendiciones a la niña Dyalá dondequiera que esté, porque a mí sí me hizo sentir especial.

Ojalá los nuevos educadores aprendan de personas como la niña Dyalá, porque la parte académica es importante, pero lo es más aún el fortalecimiento de la parte emocional del estudiante.

MARÍA ODILIA CASTRO HIDALGO

María Enriqueta Castro Castro

Ella fue mi maestra. Vivió su vida en forma de huracán, embistiendo todo lo que consideraba injusto, en el ámbito familiar, social y político. No siempre estuvo en lo correcto, pero nunca dejó de luchar por sus ideales.

Desde muy pequeña, mi abuela decía que era "opuesta". En la escuela y el colegio, siempre cuestionó a sus maestros y profesores, aunque algunos como Esther de Mezzerville, Joaquín García Monge, Roberto Brenes Mesén, Auristela Castro de Jiménez, Moisés Vincenzi, Carlos Luis Sáenz, Anastasio Alfaro, José Fidel Tristán y José Joaquín Vargas Calvo, llegaron a apreciarla tanto que conservó su amistad a lo largo de mucho tiempo. Todos ellos estimularon su activa participación en la solución de los problemas sociales y políticos, además del interés por la literatura, la música y las ciencias, que la acompañaron a lo largo de su vida.

El Colegio Superior de Señoritas funcionaba entonces como Escuela Normal, de modo que fue allí donde recibió su formación docente inicial, se puso en contacto con las corrientes pedagógicas de la primera mitad del siglo XX y descubrió su vocación para la enseñanza, aunque la docencia ya era una tradición familiar. Siempre afirmó que la educación es un apostolado y todos los que seguimos sus pasos, de una u otra manera, hemos tenido eso muy claro.

Por otra parte, cuando salió de bachiller tenía la firme intención de estudiar medicina; pero la carrera no se impartía en el país y la familia carecía de los recursos para enviarla al exterior, pues había cinco hermanos menores cursando primaria y secundaria. Pensó en la enfermería como otra opción, pero también era una carrera larga y costosa, además de que no se consideraba entonces muy apropiada para una señorita.

De manera que completó sus estudios en educación en la Escuela Normal de Heredia. Empezó a trabajar muy joven y tan pronto como pudo reunir el dinero necesario entró a la Escuela de Enfermería, dependiente en ese entonces del Colegio de Médicos y Cirujanos. Cuando se graduó, trabajó como enfermera voluntaria durante las noches y en las vacaciones, alternando esta actividad con sus labores de maestra. También se sentía muy orgullosa de la

colaboración que pudo brindar durante la guerra civil de 1948, atendiendo a los heridos. Y cuando debió abandonar su patria por motivos políticos, esa segunda profesión le permitió sobrevivir en tierras lejanas. Posteriormente, en Venezuela, estudió Servicio Social, con lo cual completó el “triángulo de la solidaridad” que fue el norte de su vida.

Mi abuela también le reclamaba que se hubiera ido a trabajar en tantos y tan remotos lugares, lo que atribuía precisamente a su carácter. Tal vez tenía razón, pero en ella no solamente estaba la furia destructiva contra lo que quería cambiar, sino la firme determinación de lo que esperaba lograr con sus arrebatos. En muchos casos fue la tabla de salvación para mucha gente en momentos difíciles y el estímulo que necesitaron algunos para superarse en momentos cruciales.

Aunque fue muy intransigente con las debilidades humanas, siempre estuvo del lado de los más débiles desde el punto de vista físico, social, económico o político. Por sus opiniones en este último campo, a menudo fue acusada de comunista, aunque nunca quiso afiliarse al partido, ni en Costa Rica ni en Venezuela, a pesar de compartir muchas de sus premisas y haber tenido amigos militantes. Una vez que alguien comentara que tal vez se había afiliado de incógnito, la escritora Luisa González respondió: “¡De incógnito! El día que María Odilia se afilie al partido comunista le damos el carné en el Teatro Nacional...”

Recientemente, la profesora Jenny Solís, alumna en la Escuela Marcelino García Flamenco durante la década de 1940, me contaba la impresión que causó en ella y sus compañeras de tercer grado la llegada a la Dirección de una mujer tan impactante:

“Hubo un cambio radical con el nombramiento de María Odilia Castro, como si hubiera entrado el sol a iluminar todo el plantel y no solo la Dirección, con su sonrisa franca, su simpatía contagiosa y la forma tan agradable en que se comunicaba con todos nosotros, el personal y las alumnas de la institución, a los que nos tomaba en cuenta. Se abrieron las ventanas y puertas de la Dirección y de la escuela; constantemente llegaban personalidades a dar charlas o simplemente de visita.

Fue una mujer fuera de serie, adelantada a su época; tal vez como Yolanda Oreamuno, algo incomprendida, impresionante por su manera de vestir, de hablar y de pensar, revolucionaria en todas sus actitudes (en el buen sentido de la palabra), quien con el apoyo de la mayoría de las maestras, nos puso en contacto no solo con los pensadores costarricenses de la época sino con la literatura de Tagore y escritores mundialmente reconocidos, la poesía de Rubén Darío y otros autores latinoamericanos.

A pesar de la heterogeneidad económica de la población estudiantil, logró amalgamar al alumnado y disminuir las diferencias de clase. Estimuló la participación artística con la asistencia y montaje de obras de teatro, como las “Concherías”

y “La cosecha”, para incentivar el orgullo por nuestras tradiciones, visitas al Teatro Nacional y otras actividades que nos abrieron los ojos a un mundo que no conocíamos.

Aunque éramos muy jóvenes para darnos cuenta real de su valor, notamos el cambio y con el tiempo apreciamos su preparación profesional, formación intelectual y carácter para enfrentar la vida, muchas cosas que solo ahora puedo comprender plenamente.

La imagen de esta maestra excepcional, simpática, agradable, abierta a las inquietudes de sus alumnos, quedó tan grabada en mí que nunca podré olvidarla. Su actitud nos marcó para siempre.”

En efecto, fue una mujer fuerte, que enfrentó los convencionalismos de la sociedad de su época, para amar y odiar con un entusiasmo poco común, tener las amistades más extravagantes, estudiar lo que quiso, trabajar en los lugares más remotos ejerciendo las funciones que consideró necesarias, participar en política cuando las mujeres aún no eran ciudadanas y en una guerra civil para apoyar las reformas sociales que consideraba indispensables; en fin, una mujer que vivió la vida “a su manera”.

Siempre pensé que ella fue como una tormenta tropical, que es refrescante y barre con todo lo que está mal puesto, sin causar tantos daños como un huracán.

Ella fue la tormenta, pero yo siempre estuve en el centro, en el punto donde está la calma, desde donde se pueden ver claramente las turbulencias, sin perder el control, y disfrutar del espectáculo.

Ahora quiero compartirlo con ustedes.

María Odilia Castro Hidalgo ejerció treinta años la docencia en el ámbito nacional, no solo como maestra en el aula; también ocupó la dirección técnica de las escuelas Juan Rafael Mora (en la que inició su carrera), Mauro Fernández, República de México y Marcelino García Flamenco en San José, Delia Urbina en Puntarenas y John D. Rockefeller en Turrialba.

Asistió como delegada del Magisterio Nacional al Primer Congreso Internacional de Maestros, celebrado en La Habana, Cuba, en 1939. Fue cofundadora de la organización Maestros Unidos, la cual dio origen a la Asociación Nacional de Educadores y una de las fundadoras de esta institución magisterial.

Recién llegada a Venezuela, trabajó durante un corto período como directora de un internado para señoritas normalistas que existió en El Paraíso, un barrio de clase alta con mansiones impresionantes. Vivíamos en la misma casa y el puesto era muy cómodo para atender mis necesidades como bebé, pero también supongo que demasiado tranquilo para alguien como ella. Debe haberle servido

para conocer gente importante, así que cuando le ofrecieron el puesto de enfermera en la empresa Pampero, en Ocumare del Tuy, aceptó sin pensarlo mucho. Para cualquier otra persona, irse a vivir y trabajar en esa remotidad habría sido lo más parecido a enterrarse en vida; para ella fue un reto.

Allí pasó siete productivos años empeñada en alfabetizar, curar y ayudar a toda aquella población, en una labor que define más allá de las palabras lo que ahora llaman dedicación exclusiva. Después de atender el dispensario médico durante todo el día, en la noche abrió un centro de educación para adultos, el cual funcionó durante cinco años. Cuando yo alcancé esa edad, cambió el horario para abrir un jardín de niños en las mañanas, donde estudié con mis amigos, y atendía el dispensario hasta más tarde en la noche. De todas formas, a cualquier hora llegaba gente a buscarla si se presentaba una emergencia y ella los atendía con la mejor disposición, sin importar si era la madrugada. Su labor como enfermera no se limitaba a atender las enfermedades: organizó campañas educativas, antialcohólicas, antituberculosas, de vacunación, erradicación de la malaria, fiebre amarilla, tifoidea, disentería y cualquier otra peste que pudiera haber en los alrededores.

También durante esa época entró en contacto con intelectuales venezolanos de ideas progresistas, gente con la que pudo hablar de temas que tal vez solo había tocado tangencialmente en su país. Tuvo mucho tiempo para leer y meditar, vislumbrar claramente cuál era su destino y recargar baterías para la segunda mitad de su vida, tan valiosa y activa como su primera juventud.

Así que ella y yo crecimos en Ocumare, su magia nos envolvió y nos transformó en lo que debíamos llegar a ser, acompañándonos por el resto de nuestra existencia terrenal.

Por supuesto que Lilla (como le decía) fue mi primera maestra y casi la única durante los primeros años de mi vida. Otros niños tienen influencia de su padre, abuelos, tíos, primos mayores u otras personas durante su infancia. En mi caso no ocurrió así: la mayoría de mis familiares estaban lejos, en Costa Rica; las tías eran un lujo de fin de semana; los primos que vivieron con nosotras durante algunas temporadas, eran casi de mi edad y nos veíamos como hermanos o compinches de travesuras.

Así que, para bien o para mal, independientemente de la carga genética o kármica que pudiera traer, Lilla pudo moldearme a su gusto durante los primeros años de mi infancia, aunque, según comentaba cuando creía que yo no la estaba escuchando, el asunto no fue tan sencillo.

De cualquier modo, fue ella quien despertó mi entusiasmo por la vida, el asombro ante la naturaleza, el espíritu de aventura, la inquietud por la investigación, la alegría para disfrutar de las cosas simples de cada día, el interés por la lectura y la buena disposición hacia las actividades artísticas.

A pesar de que su trabajo era muy absorbente, durante esos años en Ocumare, hablábamos mucho y a menudo me leía obras clásicas de la literatura, mucho antes de enseñarme a leer y escribir; memorizábamos poesía infantil y amorosa, así como obras de teatro; cantábamos constantemente, sin considerar nuestras limitaciones de voz: rondas para niños, música de diversos países de América, para la cual Lilla improvisaba a menudo la letra de una manera inusitada.

Le encantaban los bailes tradicionales venezolanos porque los consideraba muy alegres y nunca faltamos a la ceremonia de los "Diablos de Yare" el 24 de junio o a cualquier otra actividad que nos permitiera entrar en contacto con el espíritu de esa nación a la que tanto admiró. También, cuando íbamos a Caracas durante los fines de semana, aprovechábamos para asistir al cine o al teatro, a la ópera o zarzuelas. Siempre nos acompañaba alguna de las tías, de manera que al final se hacían comentarios críticos sobre las obras que presenciábamos.

Por lo menos en los primeros años de mi infancia, nunca recibí lecciones de moral o de religión propiamente como tales. Lilla acostumbraba persignarse en la mañana y en la noche (únicamente) y me enseñó a hacer lo mismo, así como a rezar el padrenuestro y el avemaría. Tenía un libro de oraciones que creo era más bien un recuerdo sentimental, porque no lo utilizaba muy seguido. Le gustaban más otras plegarias menos formales, como la oración de Francisco de Asís, la cual memoricé rápidamente pues también me pareció fascinante; o la atribuida a Santa Teresa que expresa como idea central:

*"No me mueve, mi Dios, para quererte, el cielo que me tienes prometido;
ni me mueve, mi Dios, para adorarte, el infierno por todos tan temido..."*

Desde mi punto de vista, en ese momento, esas no eran oraciones, sino poemas hermosos como tantos otros que repetíamos. Así que mi iniciación religiosa fue bastante liberal, así como era mi mamá. En Ocumare había una capilla que se utilizaba para ceremonias católicas, pero el cura llegaba generalmente solo una vez al mes, en domingo, de manera que no creo haberlo conocido antes de los seis años.

En esa época la mayoría de mis amigas se preparaban para hacer la primera comunión y yo quise hacerla también. Papi me mandó desde Costa Rica un rosario de plata y un precioso misal y eso me motivó para asistir a la capilla un domingo. También mis amigas estaban escogiendo sus vestidos y tocados para la ceremonia, así que me prestaron unos figurines para que los viera mi mamá. Cuando llegué a enseñárselos, se puso furiosa y me dio un sermón que entonces no entendí, pero tenía que ver con el hecho de que si yo no comprendía realmente lo que significaba la primera comunión y solo estaba pensando en lo exterior, era que no estaba preparada para recibirla.

Y por supuesto que no hice la primera comunión sino hasta muchos años después, casi por accidente.

Una de las últimas quijotadas de Lilla en Venezuela, el año antes de venirnos a Costa Rica en forma definitiva, fue cambiar el puesto de jefatura que tenía en el Departamento de Extensión Cultural del Consejo Venezolano del Niño, por la dirección de un albergue para niños abandonados o afectados por diversos problemas; en la mayoría de los casos, las dos circunstancias. Se trataba de un proyecto experimental para recuperarlos de las dificultades que pudieran haber sufrido anteriormente e incorporarlos a lo más parecido que pudiera considerarse una familia. Allí pudo poner en práctica sus conocimientos docentes, de enfermería y trabajo social, en una labor de incalculables proyecciones que debe haber cambiado el destino de un importante grupo de muchachos.

Pero fue cuando regresamos a Costa Rica, muchos años después, que descubrí la magnitud de su trayectoria como docente. De pronto, en la calle nos encontrábamos cantidades de personas que aseguraban haber sido sus alumnos y que la recordaban con especial cariño. Muchos de ellos eran profesionales que habían recibido su estímulo o apoyo, incluso material, para terminar sus estudios; otros, simplemente, agradecían sus visitas al hogar para atender problemas familiares o evitar abusos graves. Recordaban sus clases de educación física en lugares donde solamente había una plaza o potrero empolvado o embarrialado, según fuera la época del año; sus lecciones de música con la única ayuda de una dulzaina o su voz a capella; experimentos científicos realizados con materiales domésticos o de desecho; vívidas lecciones de historia y geografía; visitas (a pie) a zoológicos, volcanes, beneficios de café, parques, teatros o cualquier otro lugar de interés cultural; proyección de películas cuando para ello se requería alquilar o conseguir prestado no solo la cinta sino un complicado equipo; representaciones teatrales de obras famosas de la literatura universal con unos pocos trapos y buena voluntad, así como infinidad de anécdotas a lo largo y ancho de todo el territorio nacional.

Y regresó nuevamente a la docencia en su patria, los últimos años en las escuelas Joaquín García Monge de Desamparados, Rafael Francisco Osejo, frente a La Sabana y Franklin D. Roosevelt en San Pedro de Montes de Oca. A finales de la década de 1960, cuando el Ministerio de Educación Pública obligó a pensionarse a todos aquellos docentes que fueran sexagenarios, no se resignó a abandonar las aulas e impartió lecciones durante varios años en el Colegio Don Bosco, y también recibió en su casa a infinidad de jóvenes para clases de recuperación. Además continuó con el trabajo voluntario que siempre desarrolló a lo largo de toda su vida.

Representó a Costa Rica ante el Seminario para Dirigentes de Bienestar Social en América Latina, celebrado en Bogotá, Colombia, en 1964. Colaboró con el Centro de Nutrición y Salud en San Pedro de Montes de Oca,

antecedente de los actuales CEN-CINAI; fue fundadora y vicepresidenta de la Organización de Ciudadanas Costarricenses y de la Federación de Organizaciones Voluntarias, así como de la Asociación de Educadores Pensionados y representante de esta ante la Junta de Pensiones y Jubilaciones del Magisterio Nacional. Ocupó durante mucho tiempo la vicepresidencia de la Asociación Pro Albergues del Patronato Nacional de la Infancia, institución a la que profesaba una dedicación especial, y con la que colaboró hasta pocos meses antes de su muerte.

Su funeral fue oficiado precisamente por uno de sus antiguos alumnos, el sacerdote salesiano Andrade, quien al despedirla supo expresar muy bien el sentimiento no solo de los familiares y amistades, sino de todos aquellos que tuvimos la oportunidad de recibir sus lecciones.

Ella fue la tormenta. Vivió su vida en forma de huracán, embistiendo todo lo que consideraba injusto en el ámbito familiar, social y político. Es claro que no siempre estuvo en lo correcto, pero nunca dejó de luchar por sus ideales y mostrarnos el camino. También nos enseñó cuál es la mejor forma de educar: con el ejemplo.



LA QUERIDA NIÑA MARTHA

Martha Sánchez López

Ella nació en un lugar rodeado de cuajiniquiles e higuerones. Ese día el río cantó; fue tal el estruendo, que los pájaros se pintaron de otro color y esa noche la luna tuvo los matices de la guacamaya. Salieron al patio a danzar con las sombras de los grandes árboles y las luciérnagas indicaron que se había hecho el milagro. La niña creció y fue arrancada de esa tierra inhóspita y polvorienta; tenía que salir; se había ganado el privilegio de estudiar.

Otro lugar, otra familia, otra escuela, ya no la de pies descalzos, la de las pozas, la de los árboles cargaditos de mangos y papaturros. La hija terminó la escuela, pero había que continuar, un poco más lejos. Una vez más, otro lugar, otra familia, amigos, colegio y de allí: la Escuela Normal.

Recuerda que hizo en Cuajiniquil la práctica pedagógica que duraba quince días. Una vez no llegaron a recogerla y a ella y a sus compañeras un hombre las persiguió; "era tan peligroso"; corrieron y corrieron hasta que llegaron a encontrarlas; "imagínese qué susto, unas muchachas de 17, 18 años, caminando solas por esas tierras de nadie". Y sigue comentando sobre sus años de estudio "Ya nosotras habíamos hecho otra práctica, fuimos a todas las escuelas de Liberia y eso que la formación era de dos años, pero sí salíamos bien preparadas".

Después de que se graduó, no pudo ir a la capital a "reclutarse" porque no tenía dinero. "Solo las de plata podían ir", así que le dijo a su amiga que llenara sus papeles y que "pusiera lo mismo", que marcara la misma zona. "Yo ni siquiera me di cuenta de lo que ella llenó", aduce.

Y las casualidades de la vida se conjugaron al nombrarla a ella primero y a su amiga no. Cuando por fin esta lo consiguió, la enviaron "lejísimos, allá por Nicoya". Llegaba allí en bus, luego tomaba una avioneta y seguía a caballo, "pobrecita, sobre todo para alguien que comienza", menciona.

Así que la niña Martha inició su vida profesional en un pueblo perdido en la montaña. Hasta hace tres años, "llegó la luz", como dicen los vecinos; "se imagina, niña, poder guardar comida y caminar de noche, no solo cuando hay luna llena".

El telegrama del nombramiento, allá por el año setenta, decía que se presentara como la maestra de la Escuela de Las Lilas de Quebrada Grande de Liberia. Y... ¿dónde es eso?, se preguntó. Alistó maletas y acompañada por su madre inició el camino. Un autobús a Potrerillos, otro a Quebrada Grande, luego la Finca La Sombra y, ¿de ahí?... solo Dios sabía.

Por dicha en el bus, como si el cosmos conspirara para que llegara a su destino, apareció Don Lino, "Y ustedes para dónde van? Pues yo, para ahí voy también, todos la estábamos esperando", dijo el señor. En el cruce estaba el hermano con el caballo que les serviría de transporte. "Así fue como conocí a los González, mis grandes amigos hasta la actualidad", dice con nostalgia.

Luego de andar por esos caminos desolados, después de cruzar el río Ahogados y tras unas siete horas de viaje desde que salieron de la casa, llegaron a Las Lilas; "ya era de noche, viera qué impresión; era un pueblito chiquito; vivían muy pobres, a veces no había qué comer, pues sí, frijoles y arroz, leche, era todo muy limitado".

Y sigue recordando. "Qué triste, yo sola, mi mamá se quedó tres días conmigo; todo me asustaba, todavía recuerdo los grillos, bichos, culebras, alacranes. Dormía en un cuarto lejos de la casa, hasta que no aguanté y me fui a dormir con la pareja y los tres chiquitos al mismo cuarto. Fueron tan lindos, me protegieron tanto; yo era una chiquilla también".

El pueblo era un caserío de parceleros provenientes en su mayoría de la zona de Cartago. Una casa por aquí, otra por allá y las condiciones de pobreza en todos lados. Desde ese día y hasta entonces, aún después de haberse pensionado, la niña Martha sigue siendo la maestra querida y recordada de este bello lugar.

Al día siguiente, se presentó a la escuela. "Eran como cuarenta alumnos, tenía dos aulas". Durante tres años, laboró allí, con niños y niñas de todos los grados, de todas las edades, con grupos de hermanos que aprovechaban que los menores ya podían bajar de la montaña a la escuela y todos entraban a primero.

El hecho de ser escuela unidocente la hace recordar la metodología que utilizaba. "Sí, nos daban material, pero había que ponerle cabeza. Ahora no, todo lo dan, las fichas de trabajo. Yo citaba a los estudiantes más grandes y pequeños juntos, para sopesar el trabajo".

En estos lugares, donde la escuela se vuelve el centro de socialización, ella hacía reuniones de padres y madres de familia. Graduó a sus estudiantes, pero también hizo un huerto, un jardín, "turnos para recaudar fondos". Los domingos que no viajaba a su casa, ensillaba un caballo y montaña adentro se iba a visitar hogares. "Yo no medía el peligro, cruzaba el río con un güila de diez años que me acompañaba", dice.

Y así transcurrieron los primeros meses, hasta que recibió su primer salario, con todos los meses atrasados. "Qué felicidad, eran como seiscientos pesos, yo me sentía millonaria. Entonces comencé a llevar otras cosas para comer; para variar el sabor, me llevaba una salsa Lizano o de tomate".

¿A cuántos enseñó a leer y escribir? A muchos que hoy ya son padres, madres y hasta abuelos; a muchos que se quedaron labrando la tierra en ese pueblo en donde parece que el tiempo no pasa, pero otros salieron y estudiaron, como el que la llamó recientemente que tiene un puesto ejecutivo en la Contraloría General de la República y algunos que la llaman para Navidad o el Día de la madre.

Entonces parece que no solo caló en ellos el recuerdo de la maestra que los enseñó a sumar y a restar, sino también la que los educó para la vida, la que de su bolsillo les compraba melcochas, pues era la única posibilidad de que ellos probaran un dulce.

Pero el traslado se dio. Retornó al lugar de su escuela, a su propia escuela; donde por veintitrés abril se dedicó en cuerpo y alma a educar a medio pueblo y a ganarse un nombre; no hay familia que no haya tenido algún contacto con ella.

Y rememora ese primer día: "Yo me presenté el sábado, porque antes se trabajaba los sábados y me dieron un sexto. Fíjese usted, esos muchachos eran más grandes que yo, muchachos de quince o dieciséis años; hasta a mi hermana le di clases, fue una experiencia nueva y allí me quedé hasta pensionarme".

Historias son muchas. Desde los paseos a jugar a la plaza del pueblo, a una finca cercana o alguna excursión al Parque Nacional Santa Rosa a conocer de Biología Marina con un funcionario del MINAE, hasta enseñarles a coser y bordar a sus estudiantes. Menciona que como antes no había comedor, la comida la llevaban de la cocina al aula y allí era repartida por el maestro, en platos que cada niño traía de su casa.

También habla un poco sobre la autoridad del docente. "Una vez tuve que decirle a una estudiante (ella era ya una muchacha) que si seguía yendo a los bailes tenía que reportarla a la dirección". Y sigue contando anécdotas...

"Carlitos", un niño con dificultades en el área del lenguaje simplemente no podía pronunciar bien las palabras; ella lo integró al grupo y el chico aprendió igual que todos. ¿Y la "ñiña"?, preguntaba ilusionado a todo aquel que pasaba por su casa.

"Gerardina", una niña con retardo mental leve, que le decía con tiza y borrador en mano: "Niña, no se preocupe, yo le cuido al grupo".

“Beto” era un niño a quien nadie quería como estudiante y se lo dieron para ver qué hacía ella. Con solo un poco de atención logró encauzarlo, era el chico que botaba el lápiz por la ventana para tener que ir afuera a recogerlo; y muchas veces lo lanzó fuera y otras tantas la niña Martha le prestó uno, para que no se saliera del aula.

“Juan”, quien le ofreció como regalo un pescado para el almuerzo, el cual nunca llegó ni llegará porque él murió hace unos años.

Esta maestra era de las que hacían de enfermeras, de guardaespaldas, de policías, de coreógrafas, de dibujantes y poetizas, de maestras de ceremonias, de consejeras, de productoras de espectáculos para el día del libro, del árbol o de la graduación.

Era de las maestras que daban clases de recuperación, no porque se las pagaran, sino por auténtica preocupación de que sus alumnos salieran adelante. No había aula integrada como ahora, todos los niños y niñas estaban en una sola, conviviendo con la más amplia gama de diversidades, promoviendo cotidianamente la solidaridad y la cooperación.

Algunos pensarán, ¡qué altruismo, qué divertido, ser así!, pero no crean, el costo también es alto, al igual que sus ganancias, porque las hay. Sin embargo, las recompensas estaban más allá de llenar un formulario con aprobados y reprobados. Tantas facetas por negociar: ser mujer, madre, profesional, con todo lo que implica, satisfacciones y culpas.

Cuánta añoranza por aquellos docentes entregados a su labor, donde se conjugaban todos los espacios, desde los más íntimos como la familia y amistades, con los personajes de la comunidad escolar: padres-madres y estudiantes. ¿Por qué ahora sentimos un vacío en relación con la figura del maestro y su carisma? ¿Qué impide que el estatus siga siendo el de antaño?

A menudo escuchamos que la educación va de mal en peor, que los maestros son unos vagos, que lo que los estudiantes aprenden no les sirve para nada, que la educación no es integral, que ya no se enseñan valores, que los estudiantes fracasan en los exámenes de Ministerio, aunque traigan notas excelentes. Estos son solo algunos de los comentarios que a diario nos hacemos o se hace cualquier persona, ante la situación de la “educación” en nuestro país.

Situaciones de violencia extrema, como las que vivimos recientemente, nos muestran la orfandad no solo de los estudiantes (niños, niñas y adolescentes), sino también de los docentes y por supuesto de los padres y madres de familia, en un ambiente con todas las razones para ser llamado caótico. Considero que la renuncia del mundo adulto a poner límites y a

ser una figura consecuente y congruente con sus actos, hace que estemos sintiendo una profunda soledad; en mi criterio, se sienten solos tanto los niños, niñas, jóvenes, docentes, padres y madres de familia.

Todos hemos perdido identidad; el docente no siente que puede serlo; el padre y la madre se vuelven frágiles en un contexto donde pierden credibilidad; los y las estudiantes se encuentran todavía más solos, en un ambiente que los satura no por falta de reglas (son muchas las que hay que cumplir), pero estas no han sido interiorizadas como suyas.

Entonces surgen otros cuestionamientos que a menudo quedan sin respuesta: ¿Se hace necesaria una redefinición del sistema educativo actual?, ¿cómo podría desarrollarse una educación de calidad acorde con las necesidades de la sociedad cambiante, sin dejar de lado la integralidad del ser humano?, ¿cómo se puede evaluar el desempeño del docente en un sistema educativo que favorece el desarrollo de una serie de antivalores, en detrimento no solo del mismo docente sino de los y las estudiantes?, ¿cuál es el sentido de tener una postura crítica ante los dilemas de la educación, sin llegar a ser propositivos?, ¿cómo ser coherentes en el proceso de evaluación tomado en cuenta la diversidad de las personas, los contextos y por ende los estilos de aprender?, ¿qué clase de seres humanos estamos formando, sin fomentar el adecuado manejo de la emociones, las de ellos y las nuestras, como una parte indisoluble al desarrollo del pensamiento?

Para quienes laboramos en docencia universitaria, el reto diario constituye la concientización de los y las estudiantes universitarios –futuros maestros y maestras–, sobre la ética en la práctica profesional y la importancia de no perder de vista a los seres humanos que vamos a tener a nuestro alrededor. Seres humanos con distintas necesidades, inquietudes y capacidades, dignas todas de ser satisfechas, abordadas y potenciadas. Pilares todas del proceso de desarrollo humano al que tenemos derecho; tan manoseado a veces y olvidado otras tantas.

El ejercicio de la docencia exige involucrarnos como personas en un ámbito donde la sensibilidad y el bagaje académico van de la mano, cual líneas paralelas pero inseparables. Todos tenemos diferentes saberes, algo distinto que aportar desde cada experiencia, pero qué sucede cuando surge la queja de lo que hacen en su ejercicio profesional los docentes –colegas nuestros al fin– y que nosotros mismos como universidad estamos formando.

Y, ¿qué ofrece la universidad a los estudiantes que van a ser docentes? Procesos de aprendizaje divorciados de cualquier intento de afectividad, apegados a discursos de integralidad, diversidad, tolerancia y respeto y por otro lado carentes de asidero real y práctico. Procesos verticales de transmisión de conocimiento, donde el cuestionamiento y la crítica proactiva no tienen cabida. Ninguna lectura de las dinámicas grupales, por lo que los grupos se

vuelven rígidos desde el inicio de la carrera y luego nos preguntamos por qué los grupos a cargo son tan inflexibles en sus roles.

Esta burbuja en la que estamos inmersos en el mundo universitario, la cual nos aleja de la realidad y de los procesos comunitarios, exige no solo docentes que tengan algún contacto con situaciones de la vida real que enriquezcan el marco común, sino que orienten al educando sobre las múltiples contrariedades que existen entre los libros de texto y la vida cotidiana.

Hemos perdido de vista, no solo que ningún proceso educativo debe estar mediatizado por el dolor, de tal forma, que los métodos de enseñanza en la educación superior, se constituyen en un área de investigación y en una temática que nunca perderá vigencia: la autorreflexión constante del papel del docente en los procesos de aula, debido a que involucra a los actores en una revisión continua y por tanto evaluativa de lo que ocurre con los procesos de enseñanza-aprendizaje.

Sigo pensando en la niña Martha y otras muchas maestras y maestros que hicieron y vivieron su experiencia docente, totalmente apegada a sus proyectos de vida. ¿Qué nos dirán ellos de los docentes de hoy, muchos entregados a la misma causa, mercantilizados otros tantos? La tarea es ardua y nos involucra a todos; el presente exige repensar condiciones añoradas en un mundo cambiante y con nuevas necesidades.

La niña Martha también es un ser humano con virtudes y defectos. Ella se casó, tiene tres hijos y una de ellos soy yo. Por eso, hablar de mi madre se convierte en una profunda combinación de sentimientos, entre el amor y el orgullo, entre el reclamo por la entrega sin límites, por el trabajo sin horarios, por ser maestra siempre. Ella es mi madre, como la de muchos hijos e hijas de maestros que sintieron que la docencia es combinable con el complejo mundo de la vida. Trato de argumentar objetivamente algo adherido a la subjetividad más pura.

DOCENTE DE EDUCACIÓN SECUNDARIA

**PROFESORA THELMA MURILLO MONDRAGÓN:
UNA EDUCADORA EJEMPLAR**

*Gilberto Alfaro Varela
Exalumno del Liceo de Tilarán
1966-1970*

Al presentar a quien fue maestra o profesora en un periodo de la vida, se corre el riesgo de olvidar muchos detalles que quizás fueron los que más le impactaron a uno en la vida; pero también el riesgo de magnificar vivencias que podrían, para otros, no parecer creíbles. Es mi intención en esta breve reseña dejar constancia de vivencias auténticas de una profesora que nunca ha dejado de serlo para mí, y creo que en ella misma está presente el serlo, no porque pretenda siempre enseñar, sino porque le resulta auténtico darse a los demás con el cariño y humildad que dan la oportunidad para aprender y enseñar, sin importar si de quienes aprende y a quienes enseña son alumnos oficialmente y requieren o no ser calificados con una nota.

Seleccionar a un educador ejemplar para una reseña de este tipo me resulta difícil, si parto de mi idea de que todo educador es esencialmente bueno, por cuanto la tarea que asume no es la tarea más fácil del mundo. Estoy hablando de educadores, aquellos que ayudan a transformar la vida de las personas, no de los que dan clases para cubrir programas y justificar salarios al final de mes; a estos últimos los podría llamar trabajadores docentes, a los primeros docentes-educadores. Personalmente, en la vida he estado en contacto con ambos tipos de docentes, pero quiero en este caso referirme a una educadora que a lo largo de la vida, después de conocerla y de tener conciencia de lo que se trata la verdadera educación, he encontrado que es un modelo por seguir para aquellos que intentamos con esfuerzo contribuir en la educación de las futuras generaciones del país.

Dejo a los lectores las interpretaciones, yo trataré de hilvanar los hechos para que sirvan de base a la reflexión.

La experiencia vivida

Corría el año 1966 cuando tuve la dicha de llegar a las aulas del Liceo de Tilarán, unos cuantos días después de iniciado el ciclo lectivo, por la

incertidumbre que existía de si podía o no entrar al colegio. El llegar tarde a un grupo es difícil, pues uno debe ajustarse a lo que esté establecido; sin embargo, encontré apoyo en los profesores y recuerdo especialmente a la profesora Thelma, quien reparaba en que había llegado “alguien” nuevo, a aquella aula del I-A, junto a la Dirección del Colegio.

Era en ese entonces una profesora muy joven, talvez la más joven, era exalumna del colegio y oriunda del mismo pueblo. Esto debe constituir una ventaja, pero a la vez una limitante. Tuve la grata oportunidad de que fuera mi profesora en el área de Ciencias por cinco años (Ciencias Generales, Química y Biología). Una primera lección que creo que aprendimos con ella fue la de la sana distancia que debe existir entre los estudiantes y los profesores; de manera que como estudiantes tuviéramos claro que con ella, a pesar de la confianza que podríamos sentir por la poca diferencia de edad que existía o por el conocimiento que existía en el lugar acerca de ella, siempre tuviéramos presente que la relación que nos mantenía unidos a ella era la de estudiantes con la profesora. De esta manera siempre fue PROFESORA sin más, siempre cercana pero siempre profesora.

En esta relación clara entre estudiantes y profesora, fue posible disfrutar de sus lecciones amenas y claras, con una característica que me impresionó: cómo hacía la profesora, al finalizar la explicación de un tema, dictarnos la materia en el cuadernos sin tener nada a mano. Había una construcción de un texto que iba llevando con puntuación correcta e ideas hilvanadas que posteriormente nos servía de material de apoyo para el estudio. En esa época no había libros disponibles, o quizás no los pedían por la falta de recursos económicos de los estudiantes, tampoco había fotocopias y talvez el polígrafo requería la preparación de estenciles y demás procedimientos que podría parecer tecnología demasiado sofisticada para la época. Los cierto es que la profesora nos aportaba aquellos resúmenes bien elaborados que nos servían para repasar la lección que con gusto y esmero nos había dado. Era su estilo y aún hoy me parece interesante sintetizar al final de una clase las ideas principales que han sido presentadas y discutidas, de manera que los estudiantes tengan claridad en los puntos en los que había acuerdos o por lo menos los que servirían de base para continuar aprendiendo.

Sus explicaciones en la clase siempre estaban cargadas de ejemplos que conectaban con la realidad y, cuando la ocasión se prestaba, las lecciones se complementaban con excursiones durante los fines de semana. Recuerdo excursiones para visitar las minas de oro en Líbano, para conocer las diversas formas en que podíamos encontrar los minerales en esas minas, los cuales nos parecían sorprendentes. Las excursiones nos permitían, además de profundizar en el tema, socializar más con los compañeros, asumir la responsabilidad en las cosas que hacíamos y generar estrategias y cuidados en la manera de conducirnos en la vida.

Por otra parte, aún tengo presente el trabajo que realicé en primer año para la clase de ciencias, en que me correspondió demostrar que la materia presenta diferentes densidades según sean las sustancias que la constituyen. Los barcos con fondo de alcanfor que flotaban libremente en una palangana con agua fueron para mí una sorpresa y creo que de ahí en adelante entendí todo cuanto del concepto de densidad se trata. Aquella fue una experiencia, tal vez menos sofisticada, pero con los mismos principios de una feria científica, pues todos tuvimos que presentar algo y exponerlo para todo el colegio. La profesora estaba involucrada en la organización de esta tarea.

Los años fueron pasando y las ciencias para mí continuaron asociadas con la profesora. Con ella aprendimos de plantas, animales, rocas, preparativos para el estudio del espacio (en esa época eran los estudios del espacio por medio de las naves Apolo), pero también con ella tuvimos las lecciones que corresponderían hoy con educación sexual. En un marco absoluto de respeto y seriedad, se nos explicaban asuntos relativos a la sexualidad, diferencias y semejanzas entre hombres y mujeres, pero sobre todo la responsabilidad en el manejo de los asuntos sexuales en la vida. En las clases se planteaban lo que hoy podríamos llamar mitos, temores, fantasías y la profesora aclaraba con aplomo y con visión científica lo que correspondía.

Los años superiores vinieron y con ellos la Química, la Física y la Biología. La profesora estuvo a cargo de la Química y la Biología y nos animaba a aprenderlas con gusto y dedicación, porque serían la base de las carreras universitarias que después quisiéramos escoger. En esto siempre nos animaba a continuar más allá de lo que el colegio podía ofrecernos, porque como ella decía en ese entonces, sus alumnos teníamos que ir más allá de donde ella había logrado llegar con el estudio.

En la preparación que nos daba tenía presente que al final tendríamos que presentar exámenes de bachillerato y su aspiración era que todos saliéramos adelante. Había una alta expectativa y un deseo de que todos saliéramos bien. Por su experiencia, y teniendo en cuenta que ella tendría a cargo la preparación para los exámenes de bachillerato en Química y Biología, nos recomendó que todos presentáramos en Biología para que ella pudiera atendernos mejor. Sus centros de Biología los ofrecía una vez por semana en la madrugada, —sí, en la madrugada, de 4 a 6 de la mañana—, porque era el único espacio que encontrábamos en aquellos años de centros y grupos de estudio, cuando los estudiantes nos organizábamos y asumíamos la tarea de ayudarnos unos a otros, de manera que al final llegáramos todos juntos y bien preparados a los exámenes.

Todos llegábamos al colegio a esas horas, con el frío y el viento que hace en Tilarán, pero con gusto estábamos ahí. Creo que era la señal de compromisos mutuos lo que nos empujaba a asumir estas tareas conjuntas, con miras a un bachillerato en el que logramos que el 100% ganáramos el examen. Ahora

no sé si aprendimos más Biología o si aprendimos a valorar más y mejor a las personas, el tiempo y las condiciones que teníamos, lo cierto es que esa es una sensación que ayudó a crear la profesora Thelma.

A lo largo de esos años hubo ocasiones en que la profesora nos tuvo que llamar la atención y sancionar fuertemente por diferentes razones, pero no recuerdo ni siento hoy que hubiese rencor hacia ella; más bien siempre fue el soporte y recuerdo que por alguna razón que nunca llegué a entender, cuando terminamos el colegio no tuvimos una fiesta formal, por lo que el grupo se organizó para un pequeño encuentro y la única persona, aparte de los estudiantes invitada a la pequeña fiesta fue la profesora.

Su influencia en la vida no terminó cuando salimos del colegio. Ella continuó al tanto de los avances en la universidad, en la vida y en el trabajo. Para mi gusto, profesionalmente terminé como profesor de Química y con ello me correspondió encontrarme con ella como colegas de trabajo. Allí seguí encontrando apoyo en sus consejos e inspiración en la vitalidad con que asume todas las tareas.

En esos años estuvo involucrada en procesos de renovación del sistema educativo, dando luchas y participando en procesos de capacitación para hacer mejor las tareas educativas en las que participaba, si es que se puede hacer mejor lo que muy bien se hace. Tuve el honor en esos tiempos de colaborar en un curso de capacitación en el que para mi sorpresa ella era una de las personas que venía a capacitarse, y su reacción fue que estaba feliz de ver que sus alumnos habíamos llegado más allá de donde ella había podido llegar. Ahora pienso que esto sería como una profecía cumplida, pero aun así aproveché la ocasión para aprender de sus recomendaciones y experiencias compartidas.

Una vez llegado el tiempo de su jubilación, tuve noticias suyas por las tareas comunales en las que se involucró; se dedicó entonces a educar y servir en la comunidad en temas ambientales, conservación de especies y atención a los adultos mayores en el Hogar de Ancianos en Tilarán. Ahí estaba compartiendo y cuidando posiblemente a los abuelos de muchos de quienes habíamos sido sus alumnos.

En los últimos años la he visto con otros proyectos, pero nunca olvidando a sus alumnos. Nos encontramos en el funeral de uno de mis mejores compañeros de clase y realmente fue impresionante caer en la cuenta de que ser profesor no se acaba cuando los alumnos se van, sino que sigue por el resto de la vida. Aun en esos últimos momentos cuando nuestras familias, las de sus exalumnos, pasan por esas noches oscuras en que es bueno saber que los profesores aún están para acompañar y enseñar cómo seguir adelante.

La última vez que nos vimos fue en Grecia, donde ahora vive con su hijo para estar cerca de sus nietas a quienes les tiene una adoración especial.

Supe que estaba ya involucrada en las organizaciones comunales para apoyar la escuela y a saber qué otras tareas se le presentarán de ahora en adelante. Esta es para mí una "educadora ejemplar" de quien podemos aprender y a quien deberíamos tener cerca de las aulas donde se forman nuevos docentes para enseñarles ejemplos concretos de cómo ser un docente-educador y poder superar así la docencia como simple trabajo.

Elementos esenciales de una educadora ejemplar

De esta reseña quiero rescatar el ser auténtico que debe caracterizar a un educador o una educadora. Se enseña con el ejemplo y en la simpleza de la vida; no hace falta ser prepotente ni arrogante, porque en esas etapas de la vida, quienes aprendemos estamos deseosos de encontrar apoyo y seguridad en quienes nos sirven de referentes.

La coherencia es un elemento esencial, y la claridad en el manejo del contenido que se enseña es una herramienta que ayuda al educador a dar seguridad a los estudiantes y gusto por lo que aprenden. De igual manera, la coherencia en los principios que orientan sus acciones son los motivos que hacen que los estudiantes se sientan confiados para dedicar esfuerzos y asumir compromisos, aun en las madrugadas de la vida.

Trascender el centro educativo y poder mantener la imagen de profesor o profesora más allá de las aulas, indica que las vivencias de los estudiantes han estado marcadas por un modelo que inspira y que quisiera mantenerse para siempre, donde cada encuentro pudiera ser una nueva oportunidad para seguir aprendiendo.

Para rescatar muchos más elementos que pudiéramos aprovechar del ejemplo que nos dan los educadores ejemplares, sería necesario reunirlos y que sean ellos, como propios actores, los que nos ayuden a dilucidar lo que está detrás de la trayectoria de vida que tuvimos la ocasión de compartir apenas en algunos momentos, pero que nos marcaron para siempre.

DOCENTES DE EDUCACIÓN SUPERIOR

MARIELOS SALAS CHAVERRI...

O PEQUEÑO ESPEJO PARA UNA MUJER GRANDE

Carlos Rubio

Marielos Salas es una mujer grande. A la mirada de los jóvenes aspirantes a maestros, resultaba gigantesca. Muchos de nosotros acabábamos de terminar la secundaria, otros habían atravesado largas distancias en sus propias vidas -así como en los autobuses- para llegar a las aulas de la Universidad Nacional. Venían de Tarbacía, Los Santos, Limón o Desamparados. Jamás se imaginaron, durante el trayecto, que se iban a encontrar con una profesora con voz tan potente, como para seguirla escuchando, aun cuando hubieran terminado los años de formación.

Al traspasar la puerta de una diminuta aula de madera que alojaba a más de treinta personas, en un verdadero estado de hacinamiento, encontramos a una mujer sentada en un pupitre frente a sus estudiantes. Morena, cabello corto, ojos fijos en la audiencia, no soltaba su cigarrillo -en aquellos tiempos, allá por 1986, se fumaba en cualquier sitio sin impedimento ninguno-, el vestido de tirantes, el desafío. Era evidente el calor producido en esa empedecida aula de madera, mal ventilada, que albergaba a tantos seres palpitantes, que pretendían pensar que la educación primaria se reducía a ir a enseñar a niños pequeños.

—Usted —vociferaba con una violencia inusitada—. Usted no sirve para maestro. ¿Cómo se le ocurre llegar cinco minutos tarde a clase?

—¿Con qué propiedad —pensaba yo— esta mujer decide acerca de nuestra vocación? ¿Cómo es posible que se atreva a insinuar que no servimos para maestros, tan solo por llegar tarde unos instantes?

Sin embargo, con esa rara sentencia, y bajo el transparente hálito de la columna de humo que se desprendía del cigarrillo, estaba la formadora que, cubierta con el disfraz de la grandilocuencia, transformaría nuestras vidas.

Es curioso cómo se modifica el país en tan solo dos décadas. A mediados de los años ochenta se experimentaba el llamado déficit de maestros.

Éramos muchos los aspirantes que trabajábamos en las aulas sin haber realizado ningún estudio pedagógico. El Ministerio de Educación Pública nos nombraba con la categoría de "aspirantes", nombre esperanzador, pues de alguna manera invocaba que aspirábamos a ser "maestros de verdad" en algún futuro, cuando concluyéramos los estudios. Pero, la verdad es que eran muchos los alumnos de secretariado, computación o ingeniería, que por algún motivo, se alistaban en un ejército improvisado que soñaba con el mito de enseñar a niños con el decimonónico ritual de sostener un libro de texto en las manos.

Aún las universidades privadas no se habían diseminado por Costa Rica con la misma rapidez con que se extienden las cadenas de supermercados. Y no se hacía publicidad entre estudiantes de secundaria, tentándolos para que se matricularan rápido, ofreciéndoles, en algunos casos, premios, dádivas y felicidades eternas, con el ímpetu competitivo de quien pueda atrapar mayor cantidad de clientes. Así fue como la Universidad Nacional y la Universidad de Costa Rica establecieron convenios con el Ministerio de Educación Pública para formar, en un lapso de dos años, maestros con un nivel de diplomado o profesorado, que tendrían posibilidades de profesionalizarse en el futuro con niveles más avanzados, en las diferentes carreras educativas. Se les llamaron "Planes de emergencia", y es que realmente era una emergencia contar con docentes preparados en las aulas, listos para vivir con los niños experiencias innovadoras en la búsqueda del aprendizaje.

Los estudiantes que participábamos de aquella aventura, teníamos que rendir un examen de admisión. Si lo ganábamos, aparte de estudiar educación en una universidad, heredera de la Escuela Normal, —aunque en aquel momento no se tuviera conciencia de ello—, se gozaría de un nombramiento por un año en una escuela pública del país. ¿Quién iba a imaginárselo? Nosotros, que en nuestra gran mayoría, apenas veníamos terminando la secundaria. Otros, que tal vez creyeron que su vida laboral se resolvería como dependiente de una tienda, agricultor o empleada doméstica, de repente, nos veíamos con la inmensa responsabilidad de atender las necesidades de formación de un grupo de niños que creía ciegamente en el poder transformador de su maestro.

Eso sí, había que tener mucho cuidado, pues nos habían advertido que si perdíamos una materia, aunque fuera una, debíamos devolver el dinero al ministerio y perderíamos el trabajo. Era el dinero correspondiente a unas horas semanales que el gobierno nos otorgaba, para que asistiéramos los estudios. Nosotros, que teníamos exiguos salarios que no llegaban a los cinco mil colones, temblábamos solo con pensar que podíamos fallar en alguna asignatura. Por eso no era fácil tener al frente a una profesora como Marielos Salas, con mirada de tigresa, cuestionando nuestra vocación, con una columna de humo gris que se escapaba de sus dedos hacia alturas desconocidas.

—Un maestro, que llega tarde, no sirve —insistía.

Muchos años después, oíamos hablar del papel fundamental que tiene el profesor como modelo ante sus estudiantes. Escuchamos teorías sobre el currículum oculto y que es poca la fuerza de la palabra y mucha la de las acciones. De nada le sirve a un docente hablar de valores si no los vive intensamente y si no los demuestra en la acción cotidiana, en los pequeños y grandes actos que desarrolla en el escenario del aula.

Y así era Marielos Salas en el aula universitaria, la viva congruencia entre el saber y el hacer, la unión entre la teoría y la práctica. Porque esa primera clase, entre un cigarro que se esfumaba y otro que se encendía, percibíamos a la mujer que preparaba acuciosamente su clase, que leía con detenimiento los textos que íbamos a comentar, porque en la medida que nos exigía con tono vehemente, también se exigía a sí misma, aun con mayor inclemencia.

No era para menos: muchos años después fuimos conociendo más de ella. Se había egresado de la Escuela Normal de Costa Rica en 1963 y había obtenido la Idoneidad en Español en 1971. Siete años después se graduó como bachiller en Educación en la Universidad Nacional y en 1981 logró su licenciatura en Ciencias de la Educación con especialidad en Pedagogía de la Comunicación, en esa misma casa de estudios. Muchas veces, ella lo contó en clase. Su hija, Desirée, estaba muy pequeña, y a pesar de las exigencias de elaboración de la tesis, ella estaba consciente de que debía sacar tiempo para jugar jackses y compartir con la niña. Esa visión no era fácil construir-la. Para ese entonces, ya había acumulado una amplia experiencia como maestra de escuela primaria, profesora de Español en Tercer Ciclo, así como bibliotecaria. A partir de 1985, Marielos se desempeñó como docente en la universidad donde se formó.

En ese entonces se vivía una concepción muy distinta del formador de maestros. En la Universidad Nacional se estableció un competente equipo interdisciplinario de profesores, entre los que se encontraban Flor Alicia Salas, María Ester Aguilar, Édgar Céspedes y por supuesto, Marielos. Cada uno de ellos se encargaba de orientar a un grupo en su proceso de estudios. De esa manera, los estudiantes acudíamos durante el lapso comprendido entre marzo y noviembre a concentraciones cada dos o tres semanas. En esas concentraciones, llevadas a cabo los viernes de cinco de la tarde a nueve de la noche y los sábados, de ocho de la mañana a cinco de la tarde, eran intensas y agobiantes. En verano (comprendido en los meses de enero y febrero), nos encontrábamos con un pesado horario de clases que incluía lecciones los lunes, martes y miércoles, de ocho de la mañana a cinco de la tarde. Eran ricos encuentros en los que los profesores comunicaban sus conocimientos y los "estudiantes – maestros", (así se nos decía), compartíamos las experiencias que habíamos puesto en práctica en nuestras propias aulas. Motivo por el cual, era común que transportáramos con nosotros, dibujos, maquetas, composiciones, grabaciones y múltiples trabajos elaborados por los pequeños alumnos.

El edificio del Centro de Investigación y Docencia en Educación (CIDE), apenas se estrenaba. Habíamos recibido las primeras lecciones en las viejas aulas que albergaron a la Escuela Normal Superior. Ahora debíamos atravesar un laberinto, por el campus de la Universidad Nacional, que comprendía caminos techados, el rápido tránsito por otras facultades y el paso por un puente y un pequeño bosque de árboles navideños. Todo ello para llegar a recibir clases con Marielos. Justo en esos días, nos enteramos de que el campus llevaba el nombre de Omar Dengo. ¿Quién sería él? Su nombre ya me era familiar pues fui alumno de un Jardín de Niños que se llamaba así: Omar Dengo. Pero, ¿qué significado tendría aquello dentro de nuestra formación pedagógica, dentro de los conocimientos que construíamos con nuestra profesora?

Y es que los “estudiantes – maestros” aprendimos que un docente no solo era aquel que se encargaba de enseñar a leer y a escribir, que señalaba el nombre de los ríos en un mapa, que lograba que sus alumnos hicieran cálculos matemáticos; no, el verdadero maestro es un transformador social, que mejora la calidad de vida de todos aquellos con quienes comparte los conocimientos. Marielos nos pidió que leyéramos un ensayo que Francisco Gutiérrez había escrito sobre el recordado maestro costarricense, antiguo director de la Escuela Normal, y allí descubríamos un ideario que pesaba sobre la realidad de aula que cada uno de nosotros encontraba.

Cada vez que íbamos a trabajar en nuestras respectivas escuelas, en Desamparados, Alajuelita, Tarbaca, Acosta o Limón, descubríamos que las palabras de Omar Dengo adquirían mayor vigencia. Así vimos que la educación debe adaptarse a las necesidades del país, y que esa no es solo tarea de un grupo selecto de personajes. Esa es labor de muchas personas que, en la vivencia de diversas realidades, pueden interpretar el hecho educativo para satisfacer sus aspiraciones e intereses.

–Se transforma la realidad cuando un maestro logra que se construya el puente que hace falta en la comunidad –decía Marielos en clase–, pero también la transforma cuando cuelga un cuadro o coloca una maceta en el aula, pues de esa forma también está cambiando la vida de los niños.

Así fue como leímos con pasión que “La escuela debe capacitar al niño para que adquiera conocimientos, para que dirija la formación de sus hábitos y concorra conscientemente al desarrollo de sus ideales”, tal como lo escribió el maestro Dengo, y mirábamos a esos chiquillos que llegaban a nuestras aulas. Muchos de ellos solo se alimentaban en los comedores escolares; ya habían trabajado, en la noche anterior, como vendedores de rosas o cuidacarrros en las calles de San José o habían presenciado un pleito, donde el compañero sentimental de turno le rompió la boca a su mamá. Así observábamos que nada haríamos si mientras nos dedicábamos a “enseñar” perdíamos de vista la perspectiva social y humana de esos niños.

Marielos escuchaba los casos que exponíamos en el aula universitaria sobre nuestros alumnos, seres de carne y hueso, nunca inventos en el papel, que esperaban que nosotros, como maestros, supiéramos darles respuesta. Nuestra profesora insistía en que debíamos tener presente, en todo momento, la realidad de esos niños para propiciar los procesos de enseñanza – aprendizaje. Que una escuela que habla de lo ajeno, es una escuela vacía, un sombrío edificio sin significado.

Y al mismo tiempo que intentábamos conocer el pensamiento de Omar Dengo, supimos de otros maestros costarricenses de inicios del siglo XX. Empezamos a interesarnos en Joaquín García Monge, Roberto Brenes Mesén y Carmen Lyra. Fue en esos mismos tiempos cuando Marielos nos pidió que leyéramos la novela *A ras del suelo*, de Luisa González. Qué emocionante resultaba percibir al maestro Dengo, no solo como un autor de ensayos y como una figura central de nuestra educación, sino como personaje de un texto literario. Sí, y sonreíamos porque aquella muchacha retratada en la novela, joven maestra de la década del 20, tenía muchas similitudes con nosotros, que empezábamos a formarnos como maestros más de sesenta años después. Bien sabíamos que se trataba de una muchacha pobre como nosotros, tal vez más pobre que muchos de nosotros, y que tenía plena convicción de que la escuela era un sitio donde se debe tomar conciencia, conciencia de clase si se quiere, conciencia de que debemos aspirar a mejorar las condiciones de vida de quienes nos rodean.

Como estudiantes que apenas intentábamos dar nuestros primeros pasos en la docencia, experimentamos una emoción inigualable cuando entrevistamos a doña Luisa González en su casa de Barrio México. Fue un domingo por la tarde. Y aquella anciana de cortos cabellos encanecidos, mirada ampliada por los lentes, nos recibió en la sala de su hogar. Aquella sala decorada con tapices y telas tejidas por artesanas de diferentes lugares de Latinoamérica. Allí estaba su colección de planchas antiguas, aquellas planchas como las que usaba tía Chana para ganarse unos pocos cinco arreglando los vestidos de las mujeres adineradas. Allí estaba la protagonista de la historia y nos hablaba, a viva voz, de todos aquellos que eran personajes elaborados por la palabra escrita, las descripciones de Marielos y nuestra propia fantasía. Nos habló de Carmen Lyra, de Omar Dengo, de don Joaquín... y los pudimos ver ahí, frente a nosotros, contestando a nuestras inquietudes, advirtiéndonos de la inmensa responsabilidad que sería la de ser educadores en el siglo XXI.

Al mismo tiempo que descubríamos esas nuevas ideas con Marielos, íbamos observando los cambios en las caras de los niños que se encontraban a nuestro cargo. Y es que así vimos que podíamos compartir conocimientos por medio de la metodología participativa. Una metodología en la que nadie se adueña del conocimiento, sino que se encuentra en boca de todos los actores sociales que conforman la clase (niños, maestros, director, padres de familia, conserjes... todos tienen algo que decir). Y vimos tres principios que

Marielos anotaba en la pizarra y trataba de profundizar: era una metodología participativa, lúdica e integradora.

Eran tiempos en que escribíamos nuestros planeamientos a mano, para mejorar la caligrafía. Se los llevábamos a Marielos, quien los leía detalladamente, los comentábamos en las “sesiones plenarias” que desarrollábamos en la clase y mirábamos la teoría que íbamos construyendo. De esa forma pudimos decir que “el hombre no enseña al hombre, sino que aprende en comunión”, y bajo esas palabras, como un lema, nos dimos a la tarea de leer Pedagogía del oprimido de Paulo Freire. Allí pudimos imaginar los diálogos entre dos educadores, distantes en geografías y tiempos, pero inmensamente vinculados en su percepción de la educación y del mundo: Omar Dengo y Paulo Freire.

Discutimos sobre lo que significa educar en el contexto de los oprimidos. Para aquel momento, el presidente Reagan se satisfacía con los ataques que, desde tierras costarricenses, se le hacía al gobierno sandinista. El presidente Luis Alberto Monge acababa de declarar una neutralidad perpetua. ¿Cuál neutralidad? Los norteamericanos hacían de las suyas en la Base del Murciélago y las paredes de los edificios josefinos estaban tachonadas con graffitis: “Fuera yankees”. El noticiero de Radio Reloj, Telenoticias, La Nación —con una página semanal pagada por el Movimiento Costa Rica Libre—, entre otros medios muy populares en aquel entonces, intentaban describir lo atroz que eran los de izquierda, en el vecino país del Norte. Recién acababan de estallar las granadas en La Penca y otros medios de comunicación como el periódico Libertad, la revista Aportes o el semanario Universidad intentaban mirar la situación nacional de otra manera. Leer a Freire, en un mundo así, era necesario. Comentábamos sobre la “falsa generosidad” de los opresores, el interés de convertir a los maestros en una masa burocrática para que ni siquiera piensen en cambiar el estado de las cosas, para lograr “tener más y cada vez más, a costa, inclusive del hecho de tener menos o simplemente no tener nada de los oprimidos” (Freire, p. 53, 1986).

Es necesario plantearse hoy, en momentos en que el gobierno costarricense se encuentra a punto de firmar un tratado de libre comercio con los Estados Unidos, las consecuencias de llevar a nuestros jóvenes estudiantes a aprender más tecnología, más inglés, más cultura extranjera, para convertirse en mano de obra barata de las empresas que vendrán a instalar sus fábricas en nuestro país. Fábricas en las que no sabemos aún qué va a imperar: el ser humano o la máquina. ¿Nos acercamos, a pasos agigantados, a los momentos más desgarradores de la revolución tecnológica? ¿Es necesario repensar los efectos de una educación bancaria y una educación dialógica? En momentos como estos, de plena incertidumbre, es necesario pensar en la necesidad de desempolvar la Pedagogía del oprimido y leerla con profesores como Marielos Salas. Claro está, muy posiblemente hoy ya no hablaríamos de la metodología participativa, sino que nos referiríamos a los múltiples aportes de la pedagogía crítica. Por eso, habría que preguntarse

qué están haciendo las universidades públicas para que las palabras de Freire, Macedo, Giroux o el propio Omar Dengo cobren nuevos significados a la luz de los tiempos.

Para ser maestros del siglo XXI, Marielos nos exigía con un amor maternal. Exigía porque sabía que nosotros no deberíamos formar parte de esa masa burocrática como la que se plasmaba en la Pedagogía del oprimido. Tal vez por eso, a veces podía parecer dura e implacable. Podía exigir, con una frialdad incuestionable, que se elaborara una unidad integrada de un día para otro. ¿Cómo iba a ser de un día para otro? A muchos nos costó trabajo comprender ese concepto: el de poder desarrollar conocimientos de diversas disciplinas a partir de una situación que fuera de interés de los niños, parte intrínseca de su realidad. El hilvanar ciencias, matemática, lenguaje y estudios sociales a partir de una realidad, para desarrollar el trabajo durante por lo menos una semana, con un grupo de escolares, no era asunto fácil. Pensar y diseñar una unidad integrada podía llevar muchas horas de reflexión, de lectura, de investigación, de elaboración de materiales. Pero, Marielos lo pedía así, de un día para otro. Salíamos a las cinco de la tarde de clases y debíamos presentar a las ocho de la mañana del siguiente día, frescos y listos para exponer un trabajo que apabullaría a cualquiera.

Nos organizamos en subgrupos. Recuerdo que varios compañeros nos reunimos, a las ocho de la noche, en la casa de Lidianeth, una compañera que vivía en Santo Domingo de Heredia. Empezamos a imaginarnos la unidad integrada, a leer los documentos poligrafiados que utilizábamos en aquel entonces y a crear un plan de trabajo que satisficiera las necesidades de nuestros alumnos y las pretensiones de nuestra profesora. Ya, a la dos de la mañana, habíamos concluido el primer borrador, y nos dedicábamos a transcribir en amplias láminas de papel periódico todos los textos. Lejos aún estaban los tiempos en que se usarían computadoras y proyectores de imágenes para hacer exposiciones, así que debíamos "pasar", con una caligrafía perfecta, todo lo que habíamos escrito. De la misma forma, teníamos la obligación de elaborar los materiales didácticos que resultarían necesarios para aplicar esa unidad integrada. Ya casi a las cinco de la mañana, algunos compañeros nos despedíamos de la casa de Lidianeth, para irnos a bañar y estar listos para empezar a exponer a las ocho en punto (recuérdese que era imposible llegar tarde). Los que vivían largo, se recostaban a dormir en diferentes lugares: alfombras, sofás, camas improvisadas en la nada. Claro está, en aquel momento experimentábamos un resentimiento y hasta un rencor inusitado hacia la profesora que nos hacía desvelarnos como si nada estuviera pasando. Hoy, agradecemos aquellas noches de trabajo continuo, pues gracias a ellas aprendimos los conocimientos y la disciplina necesaria para poder sentir viva la llama del maestro dentro de nosotros.

Y es que Marielos podía ser despiadada en sus apreciaciones en clase. Bien recuerdo un cartel improvisado que hice a última hora. Un cartel sobre algún tema relacionado con la matemática. Ella se iba paseando por los

alrededores del aula, observando cada uno de los trabajos. Cuando llegó al mío, se rascó la cabeza y se puso un lápiz detrás de la oreja (eso era señal de que algo malo estaba pasando) y pidió que bajaran inmediatamente esa cochinada.

Claro que nosotros como estudiantes, nos sentíamos profundamente ofendidos. No era nada raro ver a compañeras que pasaban llorando de un lado a otro, zapateaban en una esquina o se tragaban palabrotas imposibles de pronunciar. Y es que Marielos Salas era así, inmensamente cariñosa, pero también exigente y directa en sus apreciaciones.

Pero no era solo eso. Marielos también significaba el sentido del humor, la criticidad inmensa. Nunca se me olvidará la picardía con que nos mostraba una fotocopia con alguna de las tantas caricaturas que se hicieron de Francisco Antonio Pacheco, quien en ese entonces era el Ministro de Educación Pública. Ella enseñaba la caricatura y la volvía a esconder una y otra vez, con la certeza de una chiquilla que está haciendo una travesura. El asunto no era para menos, ese ministro era el patrón de cada uno de nosotros, que éramos "estudiantes – maestros". Pero la profesora siempre estaba allí, para guiarnos hacia el conocimiento y la criticidad por cualquier camino, el de la serena reflexión o el de la risa. Como diría ella misma, esta es una conversación de "cigarros, guaro y hombres" y se echaría una carcajada sonora, de mujer que ha logrado calar en la vida de sus estudiantes.

Con la misma rapidez con que transcurrieron aquellos dos años de formación inicial con Marielos, han pasado dos décadas. Nuestra profesora, que ya se encuentra pensionada, y con un nieto en los regazos, recuerda, con esa alegría que da la madurez, todas aquellas congojas que pasamos para podernos iniciar en una carrera profesional. De su esfuerzo hemos sabido mucho. Bien sabemos que después de que nos graduamos, Marielos dio un inmenso aporte a los maestros unidocentes por medio de la elaboración de guías y continuas capacitaciones. Quienes pasamos por sus aulas no la olvidamos, pues como decía Omar Dengo, "El maestro no es un mago que pueda transformar por la sola virtud de la palabra", y en ella vemos esa continua integración entre el saber y el hacer.

La gran mayoría de aquellos jóvenes docentes adquirieron su propiedad laboral en las escuelas donde empezaron con la categoría de "aspirantes" y con un salario que no llegaba ni a cinco mil colones. Muchos de ellos continuaron sus estudios en la Universidad Nacional y ya se convirtieron en directores de instituciones, asesores regionales o profesores universitarios. Pero todos, a pesar del paso del tiempo, siguen oyendo la voz de Marielos Salas como una voz de conciencia acerca de la misión luminosa que tiene el maestro. Vocación que está en el encuentro con los libros de texto, en los manuales de lectura y escritura, en el hacer del teclado o de la tiza, en la mirada cotidiana del niño. Vocación donde se haya el camino para hacer

que los seres humanos podamos aspirar a convivir en paz y a transformar la realidad para bien.

Sirva este ensayo como un espejo para que Marielos se mire... Y nosotros nos miremos con ella. Un espejo pequeño, inevitablemente muy pequeño, para reflejar a una mujer grande.

**INSPIRAR, CREER Y CONFIAR: TRES PALABRAS ENTRETEJIDAS
EN EL PROYECTO DE VIDA, SEGÚN LAS EXPERIENCIAS
EDUCATIVAS PERSONALES**

*A María Cecilia Dobles Yzaguirre, siempre maestra
Jacqueline García Fallas*

La oportunidad de reflexionar sobre las experiencias pedagógicas permite valorar la importancia de que estas se hayan incorporado al sistema educativo público, desde la educación preescolar hasta la universitaria. Por ello he aprovechado las opciones formadoras que la sociedad costarricense ofreciera a la población estudiantil de mi época, mediante sus políticas educativas, sin las cuales no habría podido concluir la educación superior, y ser parte de una minoría que ha tenido acceso a la universidad, aun habiendo estado en situaciones económicas adversas, pero con el apoyo de una familia que creyó en la educación como un legado propicio para transformar las condiciones materiales y espirituales de vida.

Recuerdo el esfuerzo de mi mamá y de mi maestra de primer grado para que aprendiera a leer y a escribir, actividades que, sin lugar a dudas, han marcado el desarrollo personal y profesional. Con ellas empecé el camino de la imaginación, el cuestionamiento, el interés por el conocimiento, el arte y las letras. Supongo que les fue difícil comprender cómo hacer del aprendizaje de estas actividades una aventura y no una tortura; aunque no tuve mucha suerte con mi maestra de primer grado (¡qué descanse en paz!), ya que logró que mi papá me castigara, cuando no pude hacer unos círculos "bien redondos", o cuando invertí la suma y la resta, con escasos seis años. Por sus "quejas", obtuvo que este suceso nunca lo haya olvidado. ¡Por dicha, no me pelee con la lectura y la escritura!

El tiempo se ha encargado de reconocer a mis maestros la significativa tarea que emprendieron para que el mundo asumiera ante mí otros colores, sabores, tonos musicales, pasiones y amores. Así provocaron que en los libros encontrara el más inigualable tesoro y la herencia que había podido buscar a través de mis divagaciones infantiles, las cuales se tornaron en la búsqueda de la(s) filosofía(s) en mi adolescencia y en mi bastión de la adultez.

Mediante la lectura y la escritura he podido construir significaciones que dan sentido a mi vida y me acercan a las preguntas más sublimes de la existencia humana, aunque también me han permitido tomar distancia, criticar y creer en utopías, como los horizontes de posibilidad irrenunciables, (muy hegeliano), para seguir soñando y luchando por una sociedad más justa y equitativa. He querido emular a Juana de Arco, quien con su vida y su tortura, me inspiró cuando era quinceañera y comprendí que el mundo no era igual para las mujeres; por supuesto, que esta iniciativa surgió de los libros que me obsequió mi profesor de Religión en octavo año, incluyendo uno autobiográfico de Santa Teresa del Niño Jesús.

Por eso fue valioso concluir la educación primaria y la diversificada. Mi hermana cree que tuve suerte, porque conté con maestras que me permitieron participar en todas las actividades escolares, y no me humillaron, como le sucedió a ella, quien ha renunciado a la creencia de la reencarnación con tal de no volver al preescolar y a la escuela. ¡Quizás tenga razón: fui afortunada!

El "cole" (expresión llena de energía y optimismo), fue un espacio de descubrimiento personal. Conté con profesoras y profesores que potenciaron mis habilidades y mis intereses por la lectura y la polémica. Participé en todas las opciones académicas y políticas que se llevaban a cabo, aunque no en las deportivas, por falta de aptitudes.

Poseo recuerdos importantes de mis profesores y profesoras, aún reconozco sus facciones y gestos al impartir las lecciones, cuando rememoro algunos acontecimientos de esa época feliz. Los conocimientos compartidos fueron motivantes y esclarecedores; lograron sorprenderme, los respetaba mucho. No eran muy creativos con sus metodologías, pero permitieron que les creyera lo que compartían entre anécdotas, dictados y cuestionarios. Creo que ahora es más difícil, hay Internet; y escucho, de muchos docentes de secundaria un reclamo a sus estudiantes para que dejen la apatía que les producen las aulas, y, quizás, los contenidos y sus estrategias didácticas.

Hoy tengo la oportunidad de ser colega de mi profesora de Matemática de octavo año en la Facultad de Educación; nos recordamos mutuamente y siempre le he dicho que por su forma de ser y asumir el reto de la enseñanza, logró que le perdiera el temor infundido en las aulas escolares a esta asignatura, de la cual no recuerdo que alguna de mis maestras disfrutara por enseñar y comprender la fascinación de los números.

Sin lugar a dudas, los cinco años en las aulas y corredores de mi colegio fueron importantes en mi vida. Me despidieron a los dieciséis años, con un enorme deseo por conocer y saber. Quería ser maestra, teóloga, filósofa, psicóloga, antropóloga y socióloga, entre las muchas profesiones que quería estudiar. Estos múltiples intereses por aprender, fueron muy importantes en

la "U", donde finalmente en la Escuela de Estudios Generales, mi profesora de Filosofía me encausó hacia este campo, y mi compañera de Seminario de Realidad Nacional, casi egresada en ese momento de la Escuela de Filosofía, me convenció por su actitud, su bagaje de conocimientos y su capacidad crítica, para que estudiara esta carrera.

Los años transcurrieron más rápido de lo que podía creer. Comencé mi carrera profesional en el año 1991. Tenía muchas dudas y temores, porque no sabía cómo relacionar los saberes construidos al lado de mis profesores y profesoras de filosofía, con un desafío nuevo y una aventura transdisciplinaria, que marcaron mi camino hacia la investigación educativa. Con el apoyo y la confianza de una de mis profesoras de filosofía, inicié mi rumbo hacia las tecnologías de la información y la comunicación, y su relación con los procesos educativos.

Los ensayos requirieron ser transformados en informes de investigación; las tareas académicas me permitieron comprender el poder del trabajo en equipo y la elaboración teórica compartida. Lo más importante fue la nueva pasión por la educación, a la que le debía todo lo que en mi vida había resultado significativo.

Sirva este preámbulo para compartir las enseñanzas y los aprendizajes que propició en mi vida personal y profesional, conocer a Ceci. Repasando esas vivencias personales, dejo en evidencia que las experiencias pedagógicas significativas marcan el desarrollo de los proyectos de vida, y estas, en mi caso, se vieron favorecidas con su presencia.

En el año 1993 llegó una catedrática, jubilada de la Universidad Nacional Autónoma (UNA), como coordinadora de un proyecto nacional de investigación evaluativa, el cual se concentraba en la experiencia de informática educativa que se había iniciado en nuestro país a finales de la década de los ochenta. Se comentó que había laborado muchos años como evaluadora para el Consejo Nacional de Rectores (CONARE), había sido profesora de Matemáticas en secundaria y que era Doctora en Pedagogía, graduada en Rumania. Con sus anécdotas hizo que la acompañara en sus vicisitudes y en sus triunfos por tierras tan lejanas.

Ceci llegó para quedarse en mi vida. La primera imagen que tengo en mi memoria fue su afable rostro, su sonrisa cómplice y su alegría. Nos hizo parte de su familia y de su mamá, quien también había sido educadora; que de Dios goce. Ceci mostraba muchas virtudes, tales como su humildad, su sencillez, su capacidad de trabajo, sus valores personales, su deseo de compartir y de dar oportunidades. Ella es la mejor prueba de que con el ejemplo se enseña y de aquella idea pedagógica, según la cual en el acto educativo se transmiten más que conocimientos, sino también valores y prácticas.

Incluso me animó a hablar en grupo, a no tener miedo y a mantener una disposición abierta para conversar, y para querer compartir lo que he podido conocer, saber o descubrir como un aprendizaje personal, y no como resultado de un "debe ser así". Me recordó que el tiempo pasado tiene sus flexiones en la lengua española, y que las consonantes tienen sonidos propios, lo cual, quizás, por hábito, no había podido reconocer, y, menos aún, incorporar al lenguaje ordinario: "Jackie, se dice "veía y no vía". Esta frase motivó la compra de un texto sobre cómo conversar en público y cómo articular correctamente las consonantes.

Creo que reconoció que yo era una persona joven y con enormes deseos de aprender. Sistemáticamente me enseñó cómo se hacía una investigación, me dio las herramientas y las estrategias para negociar y trabajar en equipo. Me llevó a valorar a cada persona involucrada en los procesos educativos. Fue a través de sus experiencias en múltiples proyectos que descubrí métodos y técnicas de investigación, así como la famosa triangulación. Así me llevó a reconocer la importancia de la investigación educativa. Aún hoy repito algunas de sus frases, tales como: "La figura del Director es la imagen de la escuela".

Fue firme al insistir en la importancia de los procesos pedagógicos, la formación docente activa y permanente, la necesidad de que la investigación educativa "bajara del podio a las aulas", así como el papel de la comunidad en los procesos educativos. Su sensibilidad y agudeza para abordar los problemas de investigación fueron indispensables en el desarrollo de las tareas de los proyectos que realizábamos

A su lado y con su guía participé de una experiencia colectiva: la escritura de un libro de investigación. Con esta oportunidad selló en mi espíritu una frase que sigue presente en cada palabra que escribo: "Siempre hay que tener en cuenta para quién se escribe, no escribimos para nosotros mismos. Hay que pensar en el lector". Esta actitud y este aprendizaje es una vivencia indeleble en el quehacer académico, la cual también comparto en las aulas universitarias.

Descubrí su fascinación al darse cuenta cómo estaba cambiando su pensamiento, mientras replanteaba creencias teóricas y metodológicas; su acercamiento al constructivismo y a la investigación cualitativa; su disposición por aprender siempre y reconocer el aporte de cada persona a su lado; su honestidad para compartir lo que sabía, lo que no sabía y lo que quería saber. Su vida es un constante saber ser.

Ella había compartido su experiencia en Rumania mientras realizaba el Doctorado, las dificultades que encontró al ser una mamá que trabajaba y cuidaba a sus infantes, y además cómo asumió su compromiso consigo misma para desarrollar su vida personal y su carrera profesional.

Con sus acciones y decisiones demostró su confianza hacia mí, y me inspiró para que iniciara estudios de posgrado en el campo educativo, el cual me había atrapado por su complejidad, vitalidad y necesidad de cambio permanente.

Fue la primera vez en que Ceci iba a ser mi profesora en un curso. Por cierto, en esa época el proyecto de investigación evaluativa que nos unió, había concluido. Comencé a extrañarla profundamente y a valorar lo que significó haberla conocido, lo orgullosa que me siento, cuando le digo a alguna persona que con ella aprendí a investigar y a querer la educación como un campo de investigación y a crearla una acción transformadora.

Fue un ejemplo como docente. Ella nos devolvía cada trabajo con sus anotaciones. Nos motivaba a mejorar, pero nunca escuché que las aportaciones que hacíamos fueran erróneas o deficientes; siempre se podían rehacer y entregar una nueva versión. Nunca nos impuso su opinión o su manera de comprender el mundo. Había que fundamentar bien lo que se pensaba. Fue sumamente respetuosa de las ideas, las experiencias y la formación del primer grupo de doctorantes en Educación.

En esa ocasión la mayoría de sus estudiantes reconoció que como docente era una persona exigente. Se me olvidó resaltar esa cualidad de Ceci: me exigió siempre mejorar, no desfallecer, concluir los proyectos que trazaba y darles identidad.

Ella fue la Directora de Tesis Doctoral que elegí; por dicha ella también aceptó serlo. Fue mi constante conciencia de lo que debía hacer siempre: retarme, arriesgarme, recordar mis metas. Cuenta como anécdota la expresión de mi rostro, cuando me reuní con ella y, finalmente le había entregado un ejemplar completo de mi tesis, y ella, en la sala de televisión de su casa, con su sonrisa y amabilidad características, me decía: "Está muy bien, ahora hay que empezar a hacer la tesis". Una vez le confió a mi mamá que ese día quedó consternada frente a la desilusión reflejada en mi rostro, pero sabía que iba a continuar, efectivamente, con más ganas y tratando de descifrar lo que diferencia una investigación de la tesis doctoral.

En ese proceso fue mi compañera. Me llamaba por teléfono cuando tardaba algunas semanas sin darle noticias. Me estimulaba a continuar a pesar del cansancio y a sentir, conforme el tiempo transcurría, que había iniciado el camino de un Sísifo, es decir, una tarea interminable.

Recuerdo que cuando he conversado en público sobre mi trabajo de tesis y he planteado que es el resultado de las reflexiones compartidas con ella y las otras personas que me asesoraron y me acompañaron, advierte que es el producto de mi esfuerzo. Tiene razón parcialmente, porque sin su apoyo y su capacidad de escucha, jamás hubiera llegado a concluirla. Con este esfuerzo,

una vez me dijo que siguiera creciendo. Necesito cada instante recordar esta frase, y cuando llegan situaciones difíciles, continúo escuchándola.

Observé en ella una disposición para compartir su experiencia y su aprendizaje, los cuales quisiera emular constantemente en mi labor como docente. Ella se ha convertido en esa imagen en la que una quisiera convertirse, porque ha cifrado las esperanzas que han hecho crecer a tantas personas como yo.

Son modestas las palabras con las que he descrito mi relación con Ceci; no son suficientes para resignificar mi experiencia con ella y poder decirle al mundo lo que logró que hiciera parte de mi proyecto de vida. En ella encontré inspiración, creyó y confió en mí, mientras me formaba profesionalmente, y le daba sentido a mi vida, las actitudes que me transmitió, y sin las cuales habría sido más duro, no menos difícil, asumir la vida como una experiencia inacabada, constructiva y transformante.

No es suficiente un "por siempre gracias, Ceci", para dejar plasmado lo que ella logró labrar en mi espíritu, y con ello permitir que me acercara a realidades jamás pensadas ni imaginadas.

VIVIENNE RIVERA DE SOLÍS

Marta Eugenia Sánchez González

Escribir sobre una educadora que marcó positivamente mi vida, es escribir sobre una de mis maestras: la pedagoga Vivienne Rivera de Solís. Doña Viviente, como cariñosamente la llamábamos estudiantes, personas cercanas a ella y padres de familia, fue una pedagoga en el más profundo sentido de la palabra. Sus cualidades innatas se vieron enriquecidas tanto con la formación que recibió en la Escuela Normal donde fue alumna, entre otros educadores, de la Dra. Emma Gamboa, como en la Escuela Normal Superior de México, D.F., donde realizó estudios de maestría en educación. En ese centro de educación superior contó con la tutoría de grandes educadores quienes no solo le ampliaron su horizonte en torno a la educación, sino que también le enseñaron a valorar la importancia de vivir en distintos contextos y admirar y apreciar las manifestaciones de las diversas culturas. Asimismo, destaca en su formación el estudio riguroso que realizó de los más diversos textos. Fue así como encontró en la lectura y en las diversas actividades de desarrollo profesional, el fundamento de las ideas innovadoras que luego compartía con sus alumnos.

Fue una alumna distinguida, por lo que siendo muy joven llegó como docente a las aulas de la Escuela de Pedagogía de la Universidad de Costa Rica, posición que le permitió formar educadores con grandes valores, sensibilidad y mística. Doña Vivienne fue una humanista y trató de sembrar en sus estudiantes ese valor mediante el ejemplo y dedicación constante a su profesión y a quienes la rodeaban.

Los ideales y textos de la Dra. Gamboa como: La educación como práctica de la libertad, El instante de la rosa, Paco y Lola y el Sombrero Aventurero de la niña Rosaflor, eran objeto del análisis riguroso en los diversos espacios de aprendizaje que compartía con sus estudiantes. Participar en las diversas situaciones de aprendizaje que nos ofrecía, era ver cristalizados en su práctica educativa, los principios de la educación.

Doña Viviente, junto con don Freddy Solís Avendaño, formó un hogar ejemplar del cual nacieron tres hijos: Luis Guillermo, Vivienne y Freddy, hoy,

profesionales destacados en los campos que eligieron para servir a la sociedad. Los estudiantes de doña Vivienne compartimos muchas actividades con su familia.

Era el año 1968, cuando con muchas ilusiones y deseos de ser maestra, ingresé a la Universidad de Costa Rica a estudiar Educación Primaria. Se abría ante mí un mundo lleno de ilusiones, de deseos pero también adquiría un gran compromiso con la sociedad: ser maestra. Ese año matriculé los Estudios Generales y a la vez algunas asignaturas del plan de estudios de Educación Primaria, por lo que iba varias veces a la semana a la Facultad de Educación. Fue en la primera semana de marzo, como alumna de esa facultad, cuando una tarde conocí a doña Vivienne. Una de mis profesoras de la Facultad de Educación a quien conocía desde mi niñez pues había sido maestra en la escuela donde cursé mi educación primaria, la escuela Cleto González Víquez, fue la que nos presentó.

Hoy, muchos años después, al escribir estas páginas, vienen a mi memoria muchos recuerdos. Entre ellos esa tarde de marzo, cuando visité la oficina de doña Vivienne, ubicada en el segundo piso de la Facultad de Educación. Al traspasar la puerta, me encontré con una mujer fina, de tez blanca, delgada, baja en estatura, pulcramente vestida y con un trato personal muy cálido. El ambiente que la rodeaba: dos escritorios con sus respectivas sillas, una biblioteca con muchos libros, así como materiales elaborados por sus estudiantes, formaban parte de aquel entorno que era lugar de visita cotidiana de sus estudiantes. En ese espacio, doña Vivienne nos mostraba los últimos libros que había recibido, tanto para los niños como para nuestra formación personal y profesional, algunos de ellos adquiridos en el exterior pues sus editoriales aún no llegaban a nuestras librerías: Escuela sin fracasos, Cómo enseñar a pensar, Enseñanza individualizada por materias, La capacidad creadora, La enseñanza multivel, La enseñanza de la lectura y escritura de William Gray, La lectura. Arte del lenguaje de Antonia Sáez, los textos de John Dewey, Juan Salvador Gaviota, formaban parte de nuestra bibliografía.

En el segundo año de universidad, al matricularme tiempo completo en los cursos de la carrera que había seleccionado, me correspondió llevar el curso de práctica en la educación primaria. Allí me encontré nuevamente con doña Vivienne, iera mi profesora! Este curso lo recibíamos dos veces por semana. Nuestro grupo estaba conformado por diecisiete estudiantes, catorce mujeres y tres varones, egresados de colegios de San José: Saint Clare, Lincoln, Nuestra Señora de Sión, Superior de Señoritas, Liceo Anastasio Alfaro y de colegios de provincia: el Liceo de Heredia, Colegio San Luis Gonzaga e Instituto de Guanacaste.

El inicio de las actividades siempre fue a la hora exacta: 8:00 a.m., momento en que después de un cálido saludo, nos introducía en la lectura presentándonos una página motivadora. Doña Vivienne fue la maestra que cada

mañana nos leía una hermosa página de la literatura universal o nos ponía una bella pieza musical. Fue así como poco a poco nos fue introduciendo en la obra de literatos y pedagogos, tanto de nuestra América como de otros continentes y que hoy vienen a mi mente: John Dewey, Jesualdo, Juana de Ibarborou, Gabriela Mistral, Salvador de Maradiaga, Rabindranath Tagore, Gandhi, Gibrán Jalil Gibrán, Krisnamurti, Makarenko, Freinet, para mencionar solo algunos de ellos. Asimismo, nos introdujo en el estudio de los grandes maestros costarricenses: Omar Dengo Guerrero, María Teresa Obregón, Fabio Garnier Borella, Joaquín García Monge, Carlos Gagini, entre otros, eran motivo de reflexión constante en nuestras actividades. También aprovechaba ese espacio para invitarnos a la lectura. En ese período matinal, nos mostraba las láminas de un libro, algunos de los textos de reciente publicación o bien escuchábamos música de los grandes clásicos, prácticas pedagógicas que posteriormente, en el ejercicio de mi profesión como maestra y formadora de docentes, puse en práctica con mis estudiantes.

Concluido ese período matinal y que con el correr del tiempo dio origen al "Período de Círculo", que forma parte de las actividades matinales, especialmente del preescolar, doña Vivienne iniciaba el desarrollo de aspectos propios del curso. Fue así como una de las principales actividades consistió en ir al aula de la escuela costarricense, pues semanalmente teníamos que observar alguna lección. La permanencia en las aulas era un aspecto fundamental en nuestra formación, tanto era así que el realizar un "internado" con alguna maestra excelente, era parte de su propuesta pedagógica. Generalmente buscábamos las escuelas cercanas a nuestra comunidad, o bien, nos dirigíamos a la Escuela Nueva Laboratorio, ubicada en ese entonces en una antigua casa, frente al parque de San Pedro, a realizar nuestra labor como observadores de las excelentes maestras de ese centro educativo. Esas observaciones luego eran analizadas en el aula universitaria, lo que nos permitía, como estudiantes, valorar las diversas situaciones y de esa manera irnos formando como maestros.

El aula de clase era un aula- taller pues paralelo al desarrollo de los contenidos de las diferentes asignaturas del currículo de educación primaria, se elaboraban los planes de trabajo. Era frecuente encontrar libros, papeles de colores, diversos recursos pues el diseño de los materiales que íbamos a utilizar en las aulas de la escuela costarricense, era parte de nuestras actividades del curso de práctica. Asimismo, en ese período o bien en su oficina, doña Vivienne nos revisaba nuestro Diario de Clase, documento que trabajábamos con gran esmero, pues era nuestra carta de presentación en las escuelas adonde íbamos a realizar la práctica docente.

Fue así como trabajamos en escuelas urbanas, en rurales como la escuela central de San Pablo de Turrubares y en otros espacios de aprendizaje como el Preventorio de Coronado y la escuela del Hospital Nacional de Niños. El trabajar en varias modalidades de instituciones no solo nos

sensibilizó hacia lo diverso de nuestro sistema educativo, sino también a la adecuación del currículo a los diferentes contextos.

Destaca en nuestra formación, la planificación de unidades de trabajo integradas a las que doña Vivienne les brindaba gran importancia. El diseño de unidades de trabajo constituía una oportunidad para estudiar los contenidos del currículo de educación general básica y generar diversas formas para integrarlos. Las unidades de trabajo de Morrison, la propuesta curricular de Hilda Taba, así como las ideas sobre el currículo en la escuela primaria de William Ragan fueron los primeros textos en que fundamentamos esos diseños.

El diseño de las unidades de trabajo integradas era una labor cuidadosamente planificada, pues requería de un período de preparación donde no solo se realizaba el estudio cuidadoso de los temas por desarrollar, estudio que se llevaba a cabo desde diferentes fuentes escritas, sino que, en la búsqueda de información, se visitaban personas de instituciones y organizaciones. Esas giras o visitas las hacíamos en grupo o en forma individual. Realizábamos entrevistas o bien llevábamos a cabo conversaciones con personas que nos pudieran brindar información en torno a los temas en estudio. Luego, con base en la información recabada, en grupo, nos abocábamos a la planificación de esas unidades. Este período de preparación, nos dio las herramientas para la investigación pues posteriormente nos incorporamos a esa actividad con mayor seguridad y conocimiento.

Hoy, recuerdo que en el primer año de mi carrera, diseñamos una unidad de trabajo integrada sobre la Navidad, tema precioso, cargado de un profundo sentido religioso y a la vez, abierto a la creatividad. El diseño de esa unidad lo llevamos a cabo todos los estudiantes, luego nos organizamos en grupos de tres personas para desarrollarlo conjuntamente. Esa unidad nos permitió aprender a trabajar en grupos, compartir con otras compañeras y realizar una labor colaborativa. El trabajo en equipo era una constante en la labor del aula universitaria. Esa unidad la desarrollamos con alumnos de segundo grado en la escuela Jesús Jiménez de Cartago y nos permitió llevar a cabo las más diversas actividades. La lectura, la matemática, los estudios sociales, las ciencias, pero también las artes y la música, se dieron la mano en torno al nacimiento del Niño Dios. El aula se organizó en grupos, disposición de la cultura material del aula que permitió que en ese espacio cada niño estuviera interesado en la tarea que realizaba, a la vez, daba mayor oportunidad para la atención individual pues brindaba mucha movilidad a las labores que ahí tenían lugar.

Fue en ese entonces cuando por primera vez se trabajó con grupos heterogéneos y hojas de colores. Se asignaba un color para cada materia; el rosado para Español, el celeste para Estudios Sociales, el amarillo para Matemática y el verde para Ciencias. Una mañana, llegó doña Vivienne a observar

nuestro trabajo. Para Ana Isabel, para Ana Cecilia y para mí, su visita fue una grata sorpresa. Tomó asiento para vernos trabajar, revisó lo que los niños estaban haciendo, conversó con ellos y con la maestra y al final, sus palabras de estímulo nos motivaron a continuar nuestro proceso.

El trabajo con grupos heterogéneos y no por niveles como se venía haciendo tradicionalmente, así como las fichas de colores para cada asignatura, fueron técnicas que más adelante y con base en esas experiencias, se implementaron en la Escuela Nueva Laboratorio. Esas ideas, luego pasaron a otras instituciones educativas del país.

Durante el segundo año de mi carrera, el curso de práctica docente continuó siendo un curso fundamental en mi formación profesional. Me dio las herramientas para trabajar en el aula pero también me brindó oportunidades para investigar, diseñar situaciones de aprendizaje significativas para los estudiantes y para quienes las proponíamos.

Recuerdo que ese año, diseñamos dos unidades de trabajo: una sobre la caña de azúcar y otra sobre el Estado de Israel. Esta última fue la unidad de trabajo que desarrollamos durante dos semanas como requisito de graduación. La preparación y diseño de esas unidades de trabajo, fueron de un gran enriquecimiento pues nos dieron oportunidad de buscar materiales, generar ideas e ir a la escuela costarricense con propuestas de trabajo innovadoras. Con nuestro trabajo, sentíamos que estábamos aportando al pensamiento pedagógico de las aulas donde realizábamos la práctica docente.

En esta última práctica, mis compañeros de estudios y yo tuvimos la oportunidad de orientar a los niños de los grupos donde trabajábamos, en el diseño de las unidades de experiencia. Estas brindaban la oportunidad, una vez leídos los textos, consultadas personas y explorado diversos materiales, de que los niños pudieran proponer lo que deseaban estudiar. Los valores como participación, respeto, tolerancia, compañerismo, se hacían presentes en el diseño de las unidades de experiencia. Asimismo, ideas sobre materiales y otras actividades por realizar, constituían la guía del trabajo que los niños llevarían a cabo. Una vez desarrollada la unidad de experiencia, era importante retomar lo planeado a fin de proceder a evaluar la labor realizada.

Cabe destacar que el estudio de las efemérides y la celebración de otras fechas del calendario escolar, como la creación de la UNESCO, entre otras organizaciones e instituciones, eran objeto de estudio y a la vez, motivo para realizar alguna actividad en la Facultad de Educación.

Recuerdo que la evaluación de nuestro trabajo era constante. La revisión de los documentos, tanto por parte de doña Vivienne como por otra gran maestra, doña Ofelia Rodríguez de Herrera, también profesora de práctica, era permanente. Antes de retirarnos a la práctica, todos nuestros materiales

y documentos iban cuidadosamente revisados. La revisión de la ortografía, caligrafía y redacción de nuestros documentos, hacía que estos salieran del aula de la Facultad de Educación, con el visto bueno de esas educadoras, lo que nos daba mucha seguridad y confianza en la labor que íbamos a emprender. Al finalizar ese segundo año de carrera, doña Vivienne nos realizó un examen que siempre recordaré, pues la forma en que estaba diseñado era diferente a las pruebas que había tenido en esa etapa de mi formación. Tengo presente que eran cuatro preguntas a su vez, integradoras. Cada una de esas preguntas era una situación donde debíamos de integrar lecturas, experiencias y creatividad. A lo largo del tiempo, sigo pensando en que esa prueba fue una oportunidad más para aprender pues había que construir las respuestas a la luz de nuestros aprendizajes.

Asimismo, doña Vivienne tenía a cargo cursos correspondientes al Bachillerato y a la Licenciatura en Educación Primaria, pues impartía seminarios. En esos cursos estimulaba a sus estudiantes a continuar estudiando, a proseguir estudios de posgrado fuera del país, ya que consideraba esa experiencia como sumamente formativa. Fue así como algunos de sus exalumnos realizamos estudios en las más diversas latitudes, adquiriendo así una visión de la educación desde muy diversas fuentes.

También promovió en sus alumnas la formación como profesoras universitarias al darles la oportunidad de ser asistentes en su curso, para que en un futuro cercano, asumiéramos el reto de enseñar en las aulas universitarias. A corto plazo nos encontramos con que algunas de esas asistentes, entre las que me encontré yo, asumiéramos cursos tanto en la Universidad Nacional como en la Universidad de Costa Rica. Era muy común escuchar a doña Vivienne decir a sus estudiantes: "Muchachos, estudien, prepárense pues mañana serán ustedes quienes tendrán a cargo puestos relevantes en la conducción de la educación del país". Como maestra visionaria, pudo leer en sus estudiantes las características para que ocuparan puestos en el Ministerio de Educación Pública, en las universidades, o bien en instituciones y organizaciones preocupadas por ofrecer una educación de calidad a nuestra sociedad.

Otra etapa importante en la carrera profesional de esta maestra fue cuando, en 1971, asumió la coordinación de la Escuela Nueva Laboratorio como parte de sus actividades en la Facultad de Educación. En ese entonces, se iniciaba una nueva etapa en el desarrollo de esa escuela. Nuevas ideas pedagógicas, nuevas formas de organización del trabajo con los niños y con las docentes pues una vez a la semana -los miércoles por la tarde- había un espacio para la construcción del modelo pedagógico de la escuela, lo que contribuía al desarrollo profesional de las maestras de esa institución. La construcción de un edificio donde el diseño arquitectónico estaba pensado en función de las actividades de enseñanza y de aprendizaje para los niños por edades y no por grados, donde la huerta, la actividad física, las artes,

la biblioteca, la observación por parte de los estudiantes de la Facultad de Educación y de otras instituciones, eran una constante. El comedor escolar atendido por una nutricionista constituía una nueva experiencia en nuestro medio. El trabajo con los padres de familia adquirió mayor relevancia en la construcción del nuevo modelo pedagógico. Todos estos elementos formaban parte de su nuevo reto.

Ese mismo año, fui llamada a trabajar en esa escuela, ocasión que me permitió valorar la preocupación por el modelo pedagógico que deseaba implementar en la institución. También valorar la preocupación de doña Vivienne por el desarrollo profesional de las docentes de esa escuela, aspecto fundamental para que las nuevas ideas pedagógicas se cristalizaran en beneficio, no solo de la Escuela Nueva Laboratorio, sino de la sociedad costarricense en general.

Su faceta de maestra y formadora de maestros se vio complementada cuando asumió el puesto de Secretaria Permanente de la Comisión Costarricense de Cooperación con la UNESCO en nuestro país, cargo que aceptó luego de haber trabajado como voluntaria para esa organización. En el desempeño de esa función, logró un mayor posicionamiento de la Comisión Costarricense, tanto en nuestro medio como en el contexto de las naciones. Su labor fue reconocida cuando fue designada embajadora de nuestro país ante la Sede de la UNESCO en París, Francia, cargo que desempeñó en la década de los ochenta, en el gobierno de Oscar Arias Sánchez.

Debido a su interés por promover el desarrollo profesional de los educadores y educadoras, fundó en Costa Rica un capítulo de la Sociedad Internacional Delta Kappa Gamma. Desde su fundación, ese capítulo abriga un nutrido grupo de educadoras que desde el nivel preescolar hasta la educación superior, contribuyen con sus proyectos al mejoramiento de la calidad de nuestra educación.

He querido mediante este escrito, aportar algunas ideas en torno a mis vivencias como alumna de esa gran maestra, doña Vivienne Rivera de Solís.



Vivienne Rivera de Solís, maestra

En ella pude valorar a la maestra, a la formadora de maestros, pendiente del desarrollo profesional de sus estudiantes, a la luchadora por los ideales de la educación, a la madre, a la esposa, a la diplomática y ciudadana ejemplar. Quizás se me hayan quedado muchas cosas por decir, pero mi admiración y agradecimiento para doña Vivienne, serán para siempre.

DON CARLOS LUIS SÁENZ

LITERATO Y MAESTRO

Yadira Calvo

Hacia 1964 ó 1965, fui alumna, en la Universidad de Costa Rica, de don Carlos Luis Sáenz, cuyos créditos académicos al parecer se reducían a una larga práctica en la enseñanza y un más largo oficio de escritor. En su juventud se había graduado en la Escuela Normal y no tenía, que yo sepa, otro título que el de normalista. Es de suponer que en la actual época de doctorados y maestrías no se le habría admitido en los claustros del saber legítimo, o al menos legitimizado por los pergaminos y credenciales que dan cuenta de nuestra capacidad y buen hacer intelectual.

La primera vez que asistí a sus clases, me encontré con un hombre de apariencia frágil: humilde, afable, sensible, sencillo y cordial, con el cabello blanco flotante y los dientes algo estropeados. En ese entonces ya sobrepasaba los sesenta años, y se le veía la edad, pero tenía el entusiasmo joven. Se le reputaba de marxista, y esa era una etiqueta de prevención. Para la gente conservadora equivalía más o menos al letrado de las casas ricas: "¡Cuidado con el perro!" A la juventud, sin embargo, no le perturbaban esas advertencias e incluso más bien se sentía incitada a descubrir la verdad tras la etiqueta. ¿Qué había en él, aparte de su aureola de escritor exitoso y de su habilidad expresiva, para que la memoria de sus clases haya perdurado durante tanto tiempo en quienes fuimos sus estudiantes? Había escrito varias obras literarias de reconocido mérito, pero eso no facultaba para enseñar; en la Escuela Normal había sido discípulo de Omar Dengo y de Brenes Mesén, pero muchos otros discípulos de estos notables maestros fueron profesores medianos. ¿Qué había en él para que asistiéramos a sus lecciones con la ilusión que nos faltaba con otros docentes tal vez más doctos en términos convencionales?

Don Carlos Luis tenía una enorme cultura literaria y humanística, lograda sobre todo a través de mucho leer, pensar y procesar. Supongo que también la tenían otros de mis profesores. Había transitado durante muchos años por las salas de clase de escuelas y colegios. Esa tampoco era una condición

infrecuente. Entonces, ¿qué virtud o virtudes había en él como educador que hicieron sus clases memorables? ¿Por qué mucho tiempo después de haber dejado las aulas, nos seguía siendo familiar, muchos lo visitaban y algunos, aprendices de escritores, se siguieron considerando sus discípulos? Intentando una respuesta, creo que al menos cuatro rasgos, en conjunto, lo distinguían de los demás: pasión, sencillez, habilidad comunicativa y sentido del humor.

Pasión

Uno de mis compañeros de estudios acostumbraba decir que para aprobar un curso había que enamorarse de la materia. Y yo creo que sí, que no solo para aprobar un curso sino para hacer bien cualquier actividad que se desempeñe, hay que enamorarse ferozmente de lo que se hace. Enamorarse a punto de prescindir de comodidades y posibilidades. Unas pocas personas dedicadas a educar consiguen que sus estudiantes se enamoren de sus enseñanzas; la mayor parte no. Don Carlos, que no era profesor de monólogo y conferencia, mantenía en cada uno de sus cursos de Literatura Costarricense a veinte o treinta jóvenes colgados del hilo de sus palabras. Palabras que discurrían con vehemencia, sin forma de discurso preparado o clase planeada o notas de guía. Palabras que eran indicio de su profunda y respetuosa pasión por aquello que buscaban contagiar más que transmitir.

Sencillez

Algunas personas saben mucho o se supone que saben porque se doctoran en esta o aquella universidad prestigiosa, realizan dos o tres postgrados, se vuelven expertas en tal o cual disciplina o al menos se asumen, y se les asume como tales. Es frecuente —o lo era entonces—, que el saber, sobre todo el saber de quien gozaba de prestigio y acumulaba años y títulos, supusiera distancia y gravedad, cosa que se manifestaba en presencia y movimiento. Había incluso el que parecía caminar revestido de birrete y toga, cuyas clases pedían entrecejo arrugado y lápiz a punto. Supongo que en cierto modo, lo suyo era la versión nueva de la vieja máxima según la cual “la letra con sangre entra”, que, convenientemente actualizada, se traducía en “la letra entra con fastidio”.

Una vez leí un texto de Juana de Ibarbourou, en el que se burlaba un poco de la gente que le preguntaba cuáles eran sus ceremonias para escribir. Juana entonces aclara que no viste peplo griego ni se suelta el cabello ni hace nada teatral o espectacular: escribe en pantuflas. Y es que subsiste la idea de que lo importante debe rodearse de formalidad, cuando más bien, lo que se rodea de formalidad es lo insignificante para hacer que parezca lo que no es. A falta de ser hay que parecer, y ese parecer se presenta como arrogancia, como un “hacerse pasar por”. En las antípodas de este comportamiento, don Carlos era lo suficientemente seguro de sí mismo como para no tener

que cumplir las ceremonias del que "sabe" o se supone que sepa. No asumía poses de genialidad interesante y actitudes de gran erudito; no representaba un papel de autoridad, sin que por eso esta le faltara. Era, como pedía ser Gabriela Mistral en su "Oración de la maestra": "Dame sencillez y dame profundidad; líbrame de ser complicada o banal en mi lección cotidiana".

Asistí esporádicamente a un grupo que se reunía algunos sábados en la casa de don Carlos en Barrio México. Allí, en la sala, oyéndolos departir a él y a su esposa la escritora Adela Ferrero, supe apreciar mejor la naturalidad de sus lecciones, la misma de la conversación informal ante una taza de café. Su enseñar era, como el escribir de Juana, un hacer "en pantuflas".

Habilidad comunicativa

Había en la Universidad, por aquellos años (y habrá todavía), dos tipos de profesores inadecuados: los que pecaban por exceso y los que pecaban por defecto. El primer grupo lo conformaban los que eran tan expertos y tan intelectuales que les era imposible ofrecer versiones sencillas de asuntos difíciles. Ellos hacían del vocablo erudito y conceptuoso la enseña de su saber; hablaban en reuniones y consejos en lenguaje cifrado, para que se notara su pertenencia a alguna importante corriente teórica de moda. Esto se presentaba como una razón de orgullo: en realidad una deficiencia. Lo es en cualquiera, pero mucho más en quien se dedica a educar.

Pecaban por defecto quienes, siguiendo la idea de que "cada maestrillo tiene su librito", manifestaban la más absoluta incapacidad de dar la clase sin sus fichas o su libro de texto. Había quien se limitaba a recitarnos nombres de autores, fechas y libros. Era un zumbido de moscardón que nos inducía a la hipnosis, mientras mecánicamente, agotábamos los bolígrafos y llenábamos páginas de un saber que se quedaba en el papel.

Don Carlos Luis no pecaba por defecto, porque dominaba su tema de pe a pa. No llevaba apuntes ni usaba textos. Él llegaba a disertar y a conversar. No pecaba tampoco por exceso porque no era precisamente su calidad de experto en términos convencionales lo que lo había llevado a la Universidad. Él no se daba tono, no se investía. Y al no investirse, no usaba el lenguaje codificado de los saberes académicos; esas jergas que pretenden dar fe de lo mucho y lo bien que se conoce una disciplina. En otras palabras, que en sus clases no había ni representación ritual ni lenguaje ritualizado. Don Carlos era maestro en el arte de volver fácil lo difícil, de ponerse en los zapatos de sus estudiantes y hacerse comprender. Nos hablaba de literatura en vocablos de vecindario, fáciles, fluidos, entendibles; y esto hacía que obras y autores se nos pusieran tan a la mano y tan a la vista que nada en ellos parecía ni tedioso ni complejo. Posiblemente, más que su saber, lo que destellaba en sus clases era su personalidad de hombre estudioso, observador, reflexivo, inteligente sensible y creativo; y una innata facilidad para comunicarse con quienes sabían menos.

Sentido del humor

Está de más decir que tanto donde prevalece la pedantería de quien alardea de erudición, como donde prevalece la indolencia de quien se ata a los apuntes para dar la clase, el humor está ausente. No hay espacio para él porque en ambos casos falta la flexibilidad que lo posibilite. Y esto es una limitación porque, como dijo Darío Fo, "solo a través del divertimento, la pasión y la risa es posible obtener un verdadero desarrollo cultural". No sé si don Carlos Luis lo sabía en términos de conocimiento; lo debe haber sabido de modo intuitivo, porque el humor formaba parte consustancial de su personalidad.

Él era, o se le reconocía ser, en palabras de Abelardo Bonilla, "nuestro más auténtico valor en el campo de la poesía infantil". Creo que esta faceta suya ha opacado para la historia sus otras cualidades como intelectual y educador, porque no solo se manifestaba como artista en la escritura. Era un artista en el complicado arte de enseñar. Sus letras no entraban ni con sangre ni con tedio, sino con risa y regocijo. Nunca faltaba la anécdota irreverente, la picardía, el chiste oportuno, la asociación ingeniosa, el juego lúdico o el sesgo jocoso y divertido. Nunca faltaba la sensación de goce y de placer. Se asistía a sus clases porque impartía una materia que era parte del currículo, pero una vez hecha la inscripción, se asistía sobre todo por el gusto de estar con él, de aprender con él, de reír con él y de solazarse.

En síntesis

No sé cuáles son, según los libros de texto, las cualidades que hacen que una persona se convierta en docente memorable. Lo que aquí recojo es solo producto de mi experiencia de haber sido discípula de un maestro brillante. Y cuando digo brillante quiero decir todo lo contrario de una presencia autosuficiente del tipo gallo en su patio. Se trataba de un hombre de capa y gorra para decirlo en simple: sin alardes, plumajes ni cacareos. Esa brillantez expresada tan sin pretensiones tenía otros rasgos memorables, como la capacidad expresiva: una enorme facilidad para el vocablo llano y certero que había hecho obras notables de su *Mulita mayor* y sus *Memorias de alegría*. Como lo profundo no tiene por qué tener peso y textura de ladrillo, su aula era un resonar de risas y murmullos, una alegre tertulia en la que cada cual tenía su parte. Y la parte mejor era la contagiosa pasión con que don Carlos Luis experimentaba el goce de compartir lo que sabía y lo que sentía por aquello que posiblemente era el más intenso interés de su vida: la literatura. Todo esto es lo que hace que recuerde sus clases y su influjo en mí como si no hubieran pasado más de cuarenta años desde que lo tuve por Maestro.

¿QUÉ ES SER UNA EDUCADORA? LA RESPUESTA ES SENCILLA...

Hilda María Víquez Mora

Comencé mi vida universitaria en 1990, cuando ingresé a la Universidad de Costa Rica (UCR) en uno de los momentos más difíciles que cualquier persona puede vivir: la muerte de la madre. No sabía qué hacer cuando gané el examen de admisión, cosa que no creí posible. De un momento a otro, ya estaba en una aula universitaria, con gente que no conocía, con profesores que no conocía y haciendo que hacía. El colegio había salido de mí, pero yo de él, no. Comencé tanteando cursos y a mil penas gané humanidades; no sabía qué quería ni a dónde ir. Tomé la universidad como un escape, como un refugio ante la ausencia de mi madre.

Al año de estar en la U, decidí estudiar Derecho; llevé toda la precarrera e ingresé, luego de volver a repetir la prueba de aptitud académica. En eso debía llevar un repertorio, y como yo estaba en Ciencias Sociales debía escoger uno contrario a mi área, por lo que llevé problemática ambiental. Ahí comenzó mi camino, un poco tortuoso, no está de más aclararlo. Cuando ingresé a ese curso, me enamoré. Claro, aun no sé, si fue de la parte ambiental o del profesor del curso, pero lo que sí sé, es que me enganché y tomé una decisión.

Luego de haberme costado tanto aclarar mi mente sobre lo que quería estudiar, que según yo era Derecho..., al año siguiente, sorpresa, me cambié a Biología. Nunca pensé lo que me esperaba, no me acordé que la Matemática, la Química y la Física me esperaban. Estaba tan absorta disfrutando los problemas ambientales y al profesor, que caí en esa carrera.

Gané varios cursos de Biología sin problema pero por más de dos años sufrí y sufrí con el ciclo de ciencias básicas, no daba una. Perdí Matemática tres o cuatro veces, Química otras tantas; mi beca se fue a pique y lo peor es que el amor que sentía por el profesor se convirtió, en un abrir y cerrar de ojos, en odio. Entonces se me presentaron dos opciones: o seguía en Biología en otro lado o regresaba con el "rabo entre las patas" a Derecho. Pero me había dado cuenta de algo, me había enamorado de la carrera, así que el despecho hacia el profesor se convirtió, luego, en agradecimiento, por mostrarme lo que es

la Biología. Además me pregunté dónde me gustaría verme en diez años y no me imaginaba con traje sastre y medias altas, sentada en una oficina. Me veía en la montaña con botas de hule y pantalones rotos caminando y persiguiendo animales. Eso sí era vida, en la calle, sin preocupaciones de cómo estoy muda-da o maquillada, solamente preocupada de que no me muerda una serpiente o no caer en un hormiguero.

Mi decisión fue, por consiguiente, pasarme de Universidad, pasarme de la UCR a la Universidad Nacional (UNA) y continuar mi carrera. Pero debía buscar ayuda para superar Matemática y Química. Es en 1995 cuando esta profesora de la que quiero hablar, entra en mi vida y cala muy profundamente. Todo lo anterior considero es importante para entrar en contexto, en otras palabras para ubicarnos y dar los antecedentes de la gran ayuda que me brindó esta profesora y otros tantos estimables profesores, que hicieron mucho por mí, y a quienes debo todo el agradecimiento por su confianza y apoyo.

1995-1998

Cuando por fin mi familia salió del impacto emocional de verme como bióloga y no como abogada, decidí llevar unos cursos en la UNA, entre estos, por haber aprobado Biología General y Botánica I y II en la UCR, me permitieron llevar Flora de Costa Rica y matriculé también Química I. Por supuesto, la Química la perdí, pero gané Flora con mil esfuerzos. La profesora del curso, y a la que dedico este ensayo, es la MSc. Dora Ingrid Rivera Luther.

Desde que ingresé, la MSc. Rivera me apoyó mucho. Yo era la nueva del grupo, no conocía a nadie; yo me comportaba como "india", en otras palabras, no hablaba con nadie, por inseguridad y pena más que todo, pero también por un poco de repugnancia, lo debo admitir: venía de la UCR y pasarme a la UNA equivalía, según yo, en ese momento, a bajarme de nivel. Más equivocada no podía estar. La profesora Rivera luchó conmigo más para que me integrara, que para que aprendiera las dichosas familias de plantas. Pero esto me comenzó a despertar admiración, ya que era la primera vez que sentía que yo podía construir mi conocimiento. Claro, esto lo digo ahora con estas palabras bonitas; en aquel momento ella nos dejaba hacer lo que quisiéramos con tal de que aprendiéramos, por supuesto con su guía, pero cada quien iba a su ritmo. Nos dejaba sacar libros y apuntes en los exámenes, pero aun así, en estos no saqué notas superiores a seis. Me ayudaron otras actividades, como proyectos e investigaciones, porque si no igual hubiera reprobado.

En esos momentos en que lidiaba con la Química y la Matemática, ella se interesó, ya que le comenté de mis penurias y mi escasa habilidad para los números, pero que quería estudiar Biología, para lo cual estaba gastando mis últimos recursos: si no podía ganar estas materias me debía retirar de la

U, ya que había gastado mucho dinero, esfuerzo y tiempo en conseguir algo que no era para mí. Me imagino que la conmoví, o que vio un diamante en bruto que pulir, o que quiso darme una oportunidad. Al terminar ese periodo, había perdido Química; solo gané Flora.

Por todo ello le solicité ayuda a la Profesora Rivera, y ella sin más ni más, fue a hablar con el director de la Escuela de Matemática y en la Escuela de Química, y para mi gran suerte, se había programado para el siguiente periodo un curso de Química I especial para repitentes, pero ya el cupo estaba lleno y la profesora hizo todo lo que pudo para que me aceptaran. Al igual que en Matemática, un profesor se ofreció a ayudarme, por supuesto por su gran amistad con la profesora Rivera. Busqué también ayuda en el departamento de orientación de la U con psicólogos para ver si tenía un problema. Bueno, un problema es poco decir. Fui a consulta con una psicopedagoga que me atendió muy amablemente y entendiendo mi situación presupuestaria no me cobró la consulta. En ese momento nos dimos cuenta que yo seguía presentando un problema serio de dislexia. Digo seguía, porque en la escuela me habían detectado el problema y según mis maestras ya lo había superado, tanto así que en el colegio nunca lo notaron y siempre pasé el año, no con notas de 10 corrido, pero muy bien. Sin embargo, el problema se me había vuelto a manifestar en la universidad con estas materias.

Todo esto lo conseguí porque la profesora Rivera me recomendó y me mandó a orientación, fue y puso su cara en las direcciones de las escuelas para que me ayudaran. Hablar de adecuación curricular en ese momento, era como hablar de la teoría de la relatividad, todos saben que existe, pero pocos la entienden.

Llevé el curso de Química I para repitentes con la supervisión de la profesora Rivera y la ayuda de la profesora del curso Rocío Madrigal y lo gané. No se pueden imaginar la alegría que eso me dio pues volví a tener fe en mí misma y en gente como estas profesoras. Lo que nunca supe hasta mucho después es que la profesora Rivera y la profesora Madrigal estaban en contacto para ver mis avances.

En cuanto a Matemática, el trato fue el siguiente: yo llevaba el curso con un profesor y lo matriculaba con otra profesora para que me diera atención individualizada, cosa que consiguió la profesora Rivera. Gané el curso, pero la profesora a la que debía reportarse mi nota no quiso aceptarlo, alegando que a ella no le constaba cómo había sido el curso, por lo que me vi en la penosa situación de volverlo a matricular. Según lo que me contaron después es que a esta profesora no le gustó que otra profesora interfiriera en sus asuntos. Por ello matriculé el curso con el profesor y él me puso la nota. El cuento sería interminable si les relato lo que pasó con Química II y Matemática II o Cálculo o como quieran llamarlos, lo que sí les puedo decir es que paso algo similar. Pero siempre tuve la ayuda y confianza de la profesora Rivera.

Otra cosa, es que en este mismo periodo ya se me había gastado el dinero que me habían dado después de la muerte de mi abuela, por lo que se me presentó un problema más: el económico. Esto no quiere decir que no tenía problemas económicos, pero no tan serios. Sin embargo, como ya iba superando poco a poco mis problemas de estudio, decidí sacar un préstamo en CONAPE, para lo que debía buscar fiadores. En mi familia no había quién me ayudara excepto un primo quien no quería hacerlo, pero ya era tal el grado de confianza con la profesora Rivera que ella se ofreció a fiarme luego de que le comenté de la situación. Dicha deuda todavía la sigo pagando.

1998-2000

Luego de haber superado las matemáticas y las químicas y de los tratamientos que recibí, logré sacar el bachillerato en Biología. Creo que no habrá otro momento como ese en mi vida, después de tanto trabajo, lucha y el apoyo incondicional de la profesora, al fin era bachiller en Biología. Para este momento no sabía si seguir o no, por el factor económico, pero la profesora Rivera me recomendó que siguiera y que preguntara si podía pedir más dinero en CONAPE, que ella me seguiría ayudando con la fianza. Yo le volví a pedir ayuda a mi primo quien a regañadientes aceptó ayudarme esta vez. Decidí sacar la licenciatura, no podía creer que llegaría tan lejos.

El primer curso era sobre tema de tesis. Sin pensarlo dos veces le solicite a la MSc Rivera si podría ayudarme, y ella acepto. Y ahí se desarrolla otra etapa importante y trascendental en mi vida. Ya la profesora no me veía solo como su alumna sino que era su pupila, pero no sabía del todo en lo que se metía, resulté más testaruda y necia que nada: la desafiaba, le decía que así no se hacía, que estaba mal como me lo explicaba. Y ella muy paciente permitió que yo hiciera todo el berrinche del mundo, que me equivocara las veces que debía equivocarme, para luego, llegar yo a decirle que tenía razón, que no me había percatado.

Por ejemplo, definir el tema de tesis a mí se me complicó tanto, quería hacer tantas cosas, quería demostrar que sabía, cuando no era así. Me dejó, hasta donde el asunto se volvió inmanejable, tanto económicamente, como de tiempo, iba a gastar millones que no tenía y a invertir tiempo que no tenía. Fue ahí donde sacó su profesionalismo, la experiencia que tantos años de trabajo docente le habían dado, tantos alumnos que habían pasado por sus manos y me dijo: "O se alinea o se va". Esto me dejó pasmada, pues no me imaginaba un ultimátum, y me alineé. Al los pocos días ya había aceptado mi terrible error de no escuchar, y escuché, ya no solo oía, observé y no solo veía, razoné y no me dejé llevar (por lo menos durante un tiempo) por el corazón. Al poco tiempo ya tenía mi anteproyecto listo, el lugar, alguna ayuda económica y por supuesto la ayuda de mi tutora.

Al cabo de un año presenté la tesis y me gradué de licenciada, nuevamente gracias a la ayuda y comprensión de la MSc. Rivera. Ese mismo año,

por recomendación de ella y debido a que comencé a trabajar, ingresé de una vez a maestría, pues en palabras de ella, eso me ayudaría mucho a formarme más como profesional, cosa que hice inmediatamente.

2000-2006

Desde el momento que obtuve mi licenciatura y hasta la fecha, y hasta que la vida así lo quiera, estaré al lado de la profesora Rivera. He aprendido en estos años que una buena manera de aprender y entender la forma en que funciona la vida es escuchando a mi maestra. La admiración y el respeto no se pueden comprar, sino que se ganan a punto de esfuerzo; ahora somos colegas y amigas, realizamos muchas actividades y estamos con varios proyectos importantes. A pesar de que ella ya piensa retirarse, espera seguir trabajando en sus proyectos, a los cuales me ha ido incorporando. También debo aclarar que ella me ha inspirado para ser docente, lo cual me ha apasionado, nada más que me falta mucho para tener el respeto y el amor a la docencia que esta profesora ha demostrado durante muchos años.

Dora Ingrid Rivera Luther



La profesora Rivera es una mujer que está a punto de cumplir sesenta primaveras, es Bióloga, con Licenciatura en Botánica y Maestría en Biosistemática y Morfología Vegetal, obtenidas en la Universidad de Costa Rica. Se ha desempeñado como académica en la Escuela de Ciencias Biológicas de la Universidad Nacional de Costa Rica desde 1977. Ha publicado varios artículos científicos de botánica, especies acuáticas, forestales, germinación, así como algunos libros de sistemática. Actualmente imparte cursos a nivel de grado en la Escuela de Ciencias Biológicas, y en dos maestrías: Manejo y Conservación de Vida Silvestre y Manejo de Recursos Marino-Costeros. Desde el 2003 coordina el Comité de Representantes de las Autoridades Científicas CITES para Costa Rica. Actualmente es una de las Representantes Regionales de Sur América, Centroamérica y el Caribe, en el Comité de Flora de CITES. Ha impartido clases por más de veintisiete años y está "a punto" de pensionarse; aunque parece que ese "a punto" está muy lejos. Fue aceptada a principio de este año en un Doctorado en España, lo que la tiene muy entusiasmada (cuanto quisiera tener esta emoción de vida a mis treinta y cinco años), lo que la hará viajar a ese hermoso país en octubre de este año. Aunque es oriunda de Guatemala, hace más de treinta años vive entre los ticos; es tanta su pasión por nuestro país, que lo ha defendido mucho más de los ticos que nos decimos "patrióticos". Este es un pequeñísimo atestado de su vida académica.

¿QUÉ ES SER DOCENTE?

Cuando me hice esta pregunta, pensé que debía buscar apoyo bibliográfico para sustentar algunos de los puntos que he tratado de explicar en estas líneas. Cosa que haré, pero, ¿qué es ser docente? No es algo que encuentre fácilmente en un libro.

Ser docente es ser humano, tener don de gente, es ser paciente y escuchar, es poseer la facilidad de transmitir conocimiento. Al ingresar a la UNA, lo primero que me dijeron fue: "tenga cuidado con Dora Ingrid, es un "ogro", es muy "brava". Por supuesto, con esta primera advertencia cuando la conocí, sentí mucho miedo y más en ese primer curso, que para suerte o tuerce, como decía mi abuela, era con ella. Pero al poco tiempo me di cuenta que del todo no tenían razón y recalco, que del todo no tenían razón.

Según la literatura la docencia es "algo complejo, sublime y más importante que enseñar alguna materia. Educar es iluminar personas autónomas, libres y solidarias. Es ofrecer los ojos propios para que los alumnos(as) puedan mirar la realidad sin miedo. Ser docente, no implica solo dictar horas de clases, sino dedicar alma. Exige no solo ocupación, sino vocación de servicio" (Luna 2004).

Ser docente, es "ser un genuino educador que se esfuerza por ser verdadero amigo de cada uno de sus alumnos(as), ya que ellos(as) no son cosas para barrerlas, son personas, con su propio mundo intelectual y emocional. Es necesario cooperar con ellos para que hagan el mejor uso de las posibilidades y potencialidades" (Esteve 2003). Esto es algo que la MSc. Rivera hizo conmigo, ella me otorgó la confianza y el respeto que nadie me había ofrecido; fue la primera que me presentó como colega y no como su alumna.

Docente es "alguien que entiende y asume la importancia de su misión, consciente de que no se agota de impartir conocimientos o propiciar el desarrollo de habilidades y destrezas, sino que se dirige a formar personas, a enseñar a vivir con autenticidad, sentido y proyectos, con valores definidos, con realidades, incógnitas y esperanzas" (Pogré 2004).

Ser docente, "más que inculcar respuestas e imponer repeticiones, conceptos, fórmulas y datos, es orientar a los alumnos(as) a la creación y el descubrimiento que surgen de interrogar la realidad de cada día y de interrogarse permanentemente. Es formar individuos críticos, libres, democráticos, innovadores, trabajadores y con sentimientos nobles" (Luna 2004).

Ser docente, en cuanto a mí concierne, tiene nombre y apellidos: se llama Dora Ingrid Rivera Luther, a quien profeso mi más sentido respeto y admiración, por el cariño y la amistad que me ha otorgado todos estos años. Y... como una excelente amiga y compañera, siempre, siempre estaré aquí para ayudarte en lo que pueda.

**CARTA QUE EL FILÓSOFO ALBERT CAMUS DIRIGIÓ A UN
MAESTRO, TRAS LA ENTREGA DEL PREMIO NOBEL DE
LITERATURA, EN NOVIEMBRE DE 1957.¹**

Querido Señor Germain:

Esperé a que se apagara un poco el ruido que me ha rodeado todos estos días antes de hablarle de todo corazón. He recibido un honor demasiado grande, pensé primero en mi madre y después en usted. Sin usted, sin la mano afectuosa que tendió al niño pobre que era yo, sin su enseñanza y sin su ejemplo, no hubiera sucedido nada de todo esto. No es que dé demasiada importancia a un honor de este tipo. Pero ofrece por lo menos la oportunidad de decirle lo que usted ha sido y sigue siendo para mí, y de corroborarle que sus esfuerzos, su trabajo y el corazón generoso que usted puso en ello continúan siempre vivos en uno de sus pequeños escolares, que, pese a los años, no ha dejado de ser su alumno agradecido.

Lo abrazo con todas mis fuerzas.

Albert Camus

CAPÍTULO III

Aprendizajes para ejercer la docencia

La educación es una práctica social y política que incide en el desarrollo de las personas y de la sociedad. La educadora y el educador como responsables de organizar los procesos educativos en los contextos escolares desempeñan un papel determinante en la formación de sus estudiantes. Con sus acciones y actitudes van transmitiendo significados al alumnado, lo que va moldeando su personalidad, su manera de ver el mundo y el papel que debe desempeñar en la sociedad. De ahí la importancia de conocer algunas de las características de maestras y maestros que son calificados como excepcionales por sus estudiantes y que marcaron positivamente sus vidas.

En este capítulo se dan a conocer algunos de esos rasgos que emergen de la teoría y de los relatos que diferentes personas hicieron sobre docentes destacados. Estos rasgos se clasifican en: características personales, formación y desarrollo profesional, relaciones interpersonales y práctica pedagógica.

Características personales

En este libro se han identificado algunas de las características personales de educadoras y educadores destacados, de acuerdo con la opinión de sus estudiantes. A estos docentes los distinguen las siguientes cualidades: presentación impecable, vocación por su labor -que se evidencia en la dedicación, gusto y amor por su profesión, formados en instituciones de educación pública, son estudiosos, conocen la materia, expertos en didáctica y metodologías. Muestran gran satisfacción por su trabajo, se preocupan por la formación integral de sus estudiantes, por formar buenas ciudadanas y ciudadanos que se sientan copartícipes de la construcción de la nacionalidad costarricense. Con gran habilidad y fluidez comunicativa que permite la comprensión del mensaje por parte del estudiantado.

Las personas seleccionadas por sus estudiantes como maestras y maestros sobresalientes demuestran coherencia entre lo que piensan, predicán y lo que hacen. Son analíticos, innovadores, buenos lectores. Respetuosos, de

trato amable, alegres, atentos, saben escuchar, con sentido del humor. Son personas sencillas con sensibilidad social, conscientes de su responsabilidad como formadores de seres humanos para una sociedad solidaria, justa y democrática.

Estas maestras y maestros se interesan por cada uno de sus estudiantes, en lo académico y en lo personal. Tienen la habilidad de hacerlos sentir importantes, talentosos y que pueden aprender. Crean normas de comportamiento y límites claros en el salón de clase. Incentivan a sus estudiantes a superarse, continuar estudiando y prepararse profesionalmente. Establecen una relación constante y respetuosa con las familias y la comunidad pues son conscientes de la importancia de coordinar acciones para favorecer la formación integral del estudiantado.

Formación y desarrollo profesional

La literatura y las narraciones expuestas en este texto coinciden en que una formación docente de calidad incide en el desempeño profesional. Se evidencia la importancia de basarse en el estudio del contexto sociocultural e histórico para analizar las demandas y enfrentar los desafíos del mundo actual, y a la vez, conocer las diferentes realidades de la población estudiantil que permitan ofrecer una educación humanista y pertinente que lleve al desarrollo pleno del ser humano y a la construcción sociedades democráticas, solidarias y comprometidas con el desarrollo sostenible.

De los relatos se infiere que en la formación inicial de docentes es fundamental analizar el aporte de educadoras y educadores que se han destacado, a través de la historia, pues inspiran a las personas que siguen la carrera docente. De igual importancia es el contacto directo de la persona que se prepara para docente con las diversas realidades educativas, desde que empieza el proceso de formación, lo que le permite conocer las diversas realidades educativas y reafirmar su vocación. Se rescata la necesidad de ofrecer una formación sólida en: las diferentes áreas del conocimiento, pedagógica, psicología, antropología, sociología, filosofía, entre otras; cultivar el gusto por las artes y el ejercicio físico.

En la formación docente es prioritario que estas personas se asuman como "agentes sociales de cambio", comprometidos con principios de equidad y justicia social para que su acción pedagógica se oriente hacia ese fin. Debe formársele para que desarrollen una comunicación asertiva y establezcan relaciones cordiales y respetuosas con estudiantes, familias y miembros de la comunidad. Debe ser consciente de que es un modelo a imitar por parte del estudiantado, de ahí la importancia de analizar sus acciones, gestos, lenguaje e interacciones sociales, pues transmiten mensajes que el alumnao va incorporando en su diario vivir y que inciden en la construcción de sus identidades y subjetividades.

Es indiscutible que una formación docente de calidad ayuda en el desempeño de este profesional. Sin embargo, es importante tener conciencia de que esta formación inicial constituye únicamente una base para el cumplimiento del puesto y que se requiere de una educación continua a lo largo de la vida para ejercer la docencia de manera eficiente y responsable. Por ello, es importante establecer políticas que se concreten con acciones prácticas para optimizar la formación y la educación continua de educadoras y educadores, por el papel esencial que desempeñan en toda sociedad.

Relaciones interpersonales

Las relaciones interpersonales que se promuevan en las aulas son determinantes en la construcción de ambientes de aprendizaje efectivos. Una relación cálida, de confianza y tolerancia entre estudiantes y profesorado contribuye al aprendizaje y a la formación de identidades seguras, pues permite la expresión de conocimientos, pensamientos y sentimientos. De ahí la importancia que el personal docente sea amable, respetuoso, afectivo con el alumnado, conozca su realidad socioeconómica y familiar, sus potencialidades y limitaciones, y les ofrezca una atención personalizada que les permita crecer integralmente como seres humanos.

Freire (1998) indica que los actos de conocer y pensar están directamente ligados a la relación con las otras personas, y Piaget afirmaba que "lo afectivo es motor o freno del desarrollo". Estas afirmaciones ratifican la importancia de que educadoras y educadores establezcan relaciones afectivas y de respeto con sus estudiantes. Lo anterior significa percibir la realidad de las otras personas y sentir al máximo lo que sienten (Freire, 1998). Al lado de esas relaciones interpersonales afectuosas es necesario establecer normas de comportamiento y límites claros entre el estudiando con el fin de construir ambientes de aprendizaje participativos y tolerantes.

Los seres humanos necesitamos sentirnos queridos y respetados, por lo que es tarea primordial del personal docente crear ambientes de aprendizaje cálidos, de confianza en los salones de clase donde el estudiantado pueda sentirse bien, expresarse libremente y formarse como persona respetuosa y solidaria, condición deseable en la sociedad actual.

Práctica pedagógica

La práctica pedagógica de los docentes destacados tiene en común que muestran interés porque sus estudiantes adquieran una gran variedad de habilidades, destrezas y conocimientos, tanto en las diferentes áreas del saber como para la vida. Se esfuerzan porque aprendan sobre ciencias, matemática, español, estudios sociales y demás asignaturas, y por formar buenos ciudadanos y ciudadanas amantes de su patria, éticos y con sólidos valores.

Incentivan el gusto por las artes y la lectura mediante actividades cotidianas para transmitir conocimientos y gozo. Y es que la lectura transporta al ser humano a otras realidades y situaciones, estimula la imaginación y la creatividad. Permite conocer sobre una infinita variedad de temas, ponerse en lugar de otras personas, percibir diferentes sensaciones, trasladarse a otros mundos y experimentar el placer que produce la literatura.

Estos educadores y educadoras crean ambientes de aprendizaje abiertos y flexibles, donde es válido preguntar y discrepar. Se valen de numerosos recursos con el fin de atraer la atención del estudiantado e invitarlos a observar y manipular materiales, cuestionar, descubrir, crear y aprender. Preparan material, narran cuentos, poesías, cantan, organizan excursiones, utilizan los recursos que la comunidad ofrece, elaboran resúmenes y son innovadores con el propósito de interesar a los estudiantes en el aprendizaje. Le dan gran importancia al uso del material concreto para favorecer el proceso de aprender. Este contacto con lo real y concreto se destaca como una estrategia valiosa que le permite al estudiantado construir conocimientos sobre diferentes temas al poder tocar, oler, manipular y experimentar con diferentes materiales didácticos y del medio, que los llevan a analizar, reflexionar, llegar a conclusiones y adquirir conocimientos a partir de las discusiones generadas en el salón de clase en relación con estos materiales.

Planifican cuidadosamente su clase, parten del interés y realidad del estudiantado, visitan sus hogares de sus estudiantes, aplican metodologías activas y participativas, utilizan el juego como recurso didáctico, se valen de las evaluaciones para aprovechar el error como fuente de aprendizaje. Aman su labor y lo demuestran a través de la pasión con la que ejercen su trabajo.

El personal docente destacado ofrece clases de recuperación a sus estudiantes con el único deseo de ayudarlos a que comprendan y construyan conocimientos. Los motivan a superarse, a continuar estudiando y prepararse para enfrentar con éxito los desafíos y demandas del mundo actual.

En la práctica pedagógica este personal docente evidencia su vocación profesional, pues son múltiples los esfuerzos que realizan por formar integralmente a sus estudiantes, en las áreas académica, física, artística, espiritual y socioemocional. Utilizan diversos recursos para promover aprendizajes de contenidos curriculares y para la vida. Están conscientes de la función social que tienen como formadores de seres humanos, lo que los motiva a realizar su trabajo con gran sentido de responsabilidad y pasión, lo que deja una huella imborrable en el alumnado, que los recuerdan con admiración y cariño.

BIBLIOGRAFÍA

- Alfaro, Gilberto (1994). El educador como aprendiz. Revista de Educación. Universidad de Costa Rica, 18 (1).
- Bernstein, Basil. (1994). La estructura del discurso pedagógico Madrid, España: Morata.
- Bernstein, Basil. (1998). Pedagogía, control simbólico e identidad. Madrid, España: Morata.
- Capra, Fritjof. (1992). El punto crucial Buenos Aires, Argentina: Estaciones.
- Caruso M. y Dussel I. (1996) De Sarmiento a los Simpsons. Cinco conceptos para pensar la educación contemporánea. Buenos Aires, Argentina: Kapelusz.
- Carr, Wilfred. (1996). Una teoría para la educación. Hacia una investigación crítica. Madrid: Morata y La Coruña: Fundación Paidea.
- Corrales, Olga y Jiménez, María de los Ángeles. (1994). El docente como investigador. Revista de Educación. Universidad de Costa Rica. Vol, 18, No2.
- Day, Christopher (2006). Pasión por enseñar. La identidad personal y profesional del docente y sus valores. Madrid: Narcea.
- Delgado, Juan y Gutiérrez, Juan. (1994). Métodos y técnicas cualitativas de investigación en Ciencias Sociales. Madrid, España. Síntesis S.A.
- Delors, Jacques. La educación encierra un tesoro. París: UNESCO.
- Dengo, María Eugenia. (1998). Educación Costarricense. San José, Costa Rica: EUNED.
- Freire, Paulo. (1998). Pedagogía de la esperanza 3ª edición. México: Siglo Veintiuno.

- Gadotti, Moacir. (2001). Los aportes de Paulo Freire a la pedagogía crítica Ponencia en Simposio Latinoamericano de Pedagogía Universitaria "Hacia una pedagogía alternativa para la Educación Superior". 17 al 20 de abril. San José, Costa Rica: Escuela de Formación Docente. Universidad de Costa Rica.
- García Canclini, Néstor. (1995). Ideología, cultura y poder. Buenos Aires, Argentina: Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires.
- Gimeno, José y Pérez, Ángel. (1993). Comprender y transformar la enseñanza 2ª Edición. Madrid: Morata.S.A.
- Giroux, Henry. (1997). Los profesores como intelectuales. 1ª Reimpresión Barcelona, España: PAIDOS.
- Giroux, Henry. (1997a). Cruzando límites. Trabajadores culturales y políticas educativas. Barcelona, España: Paidós.
- Gurdián, Alicia. (1997). Por el derecho a un nuevo imaginario pedagógico. En Revista Reflexiones. Facultad de ciencias Sociales, Universidad de Costa Rica N°65. Diciembre.
- Gurdián, Alicia. (1998). "Perfil curricular, temas transversales y derechos humanos" En Reconocer todas las voces de la historia: Derechos Humanos y diversidad cultural en la educación. San José, Costa Rica: CSUCA.
- Hansen. (1999). Conceptions of teaching and their Consequences. En Lang, Olson, Hansen, Bünder. Changing Schools/Changing Practices: Perspectives on Educational Reform and Teacher Professionalism. Louvain: Garant Hansen (1999) Conceptions of teaching and their Consequences. En Lang, Olson, Hansen, Bünder. Changing Schools/Changing Practices: Perspectives on Educational Reform and Teacher Professionalism. Louvain: Garant
- IIMEC (1999) Paradigma Cualitativo Caracterización Instituto de Investigación para el Mejoramiento de la Educación Costarricense. Universidad de Costa Rica p.7
- Jiménez, Kemly. (1999). Monólogo para un diálogo: acerca de la socio pedagogía. Universidad de Costa Rica. Facultad de Educación. Escuela de Formación Docente. Departamento de Preescolar y Primaria (mimeo).
- Kliksberg, Bernardo. (2007). "Educación es la clave" Periódico La Nación. San José: Programa para el desarrollo. pag. 36 A, 11 de noviembre.
- Lomborg, Bjorn. (2007). "Prioridades de reforma en América Latina". Periódico La Nación. San José: Programa para el desarrollo. pag. 37 A ,11 de noviembre. Traducido del inglés por David Meléndez Tormen. www.project-syndicate.org

- Mujica, Rosa Ma. (1999). *Práctica docente y educación en derechos humanos*. Lima: Instituto Peruano en Educación en Derechos Humanos y la Paz.
- Murillo, Javier. (2006). *La formación docente: una clave para la mejora educativa*. En *Modelos innovadores en la formación inicial docente. Una apuesta por el cambio*. Santiago: Oficina Regional de Educación para América Latina y el Caribe (PRELAC).
- Myers, Robert. (1995). *La educación Preescolar en América Latina. El Estado de la Práctica*. Santiago de Chile. Programa de Promoción de la Reforma Educativa en América Latina.
- Onrubia, Javier. (1998). "Enseñar: crear zonas de desarrollo próximo e intervenir en ellas" En *El constructivismo en el aula*. 8 edición. Barcelona: GRAÓ.
- Peralta, Victoria. (1996). *Currículos educacionales en América Latina. Su pertinencia cultural*. Santiago de Chile: Andrés Bello.
- Rivera, José. (1998). "La educación infantil en el siglo XXI" Proyecto Principal de Educación en América Latina y el Caribe. Boletín 47. Santiago de Chile.
- Robert, Paul. (2006). *La educación en Finlandia: Los secretos de un éxito asombroso. Cada alumno es importante*. Traducción de Manuel Valdivia Rodríguez <http://foroeducativo.org/comunicaciones/alerta/275/finlandia.doc> 15 de mayo del 2007.
- Romero, J y Gómez, L. (2007). ¿Sirven las políticas y prácticas de formación del profesorado para mejorar la educación? Una respuesta desde el análisis de la construcción social de la docencia. *Archivos Analíticos de Políticas Educativas*, 15(19). Recuperado 11 de octubre del 2007 de <http://epaa.asu.edu/epaa/v15n19/>
- Torres Santomé, Jurjo. (1996). *Globalización e interdisciplinariedad: el currículum integrado*. 2 Edición. Madrid, España: Morata.
- UNESCO (2007). *Programa Regional de Políticas Educativas para la Profesión Docente*. Documento General. Oficina Regional de Educación de la UNESCO para América Latina y el Caribe. Santiago de Chile: mimeo.
- Vygotsky, Lev. (1978). *Pensamiento y Lenguaje*. Buenos Aires, Argentina: La Pleyade

AUTORES DE ENSAYOS SOBRE MAESTROS INOLVIDABLES

1. Jeanina Umaña Aguiar

Catedrática jubilada de la Universidad de Costa Rica, donde realizó labores en docencia, administración, investigación y acción social. Bachiller en Inglés y licenciada en Lingüística Inglesa de la Universidad de Costa Rica, máster en sociolingüística de Georgetown University.

Su experiencia docente universitaria nacional e internacional es de larga trayectoria. Ha impartido cursos y dirigido tesis en la Universidad de Costa Rica; ha impartido talleres de traducción y ha evaluado candidatos a traductores oficiales. Ha ocupado cargos administrativos, entre ellos, directora de la Escuela de Lenguas Modernas de la Universidad de Costa Rica y miembro de varias comisiones internacionales.

Actualmente labora para la Universidad de California como Directora Residente del Programa de Educación en el Exterior y ejerce varios cargos en forma voluntaria.

Sus publicaciones incluyen 17 artículos sobre lingüística general, lingüística aplicada y traducción, 4 textos para la enseñanza del inglés y 1 para la del español; ha traducido 13 artículos y 5 libros.

2. José María Gutiérrez Gutiérrez

Obtuvo licenciatura en Microbiología y Química Clínica en la Universidad de Costa Rica y doctorado en Fisiología en la Oklahoma, Estados Unidos. Ha trabajado como docente e investigador en la Facultad de Microbiología y en el Instituto Clodomiro Picado de la Universidad de Costa Rica, del cual fue Director en el período 1988-1996. Fue Director del Programa de Posgrado en Microbiología y ha participado en diversas comisiones universitarias. Como resultado de su trabajo en investigación es autor o coautor de alrededor de 250 publicaciones científicas en revistas especializadas. Ha sido tutor de estudiantes de Maestría y Doctorado y ha recibido varios premios nacionales e internacionales por su labor científica.

3. Álvaro Salas Chaves

Graduado de la Universidad de Costa Rica como médico y cirujano. Especialista en administración de servicios de salud de la Universidad de Leeds, Inglaterra y máster en Administración Pública de la Universidad de Harvard, Estados Unidos. Profesor de la Escuela de Salud Pública y de la Facultad de Economía de la Universidad de Costa Rica. Ha sido Director de clínicas y hospitales de la Caja Costarricense de Seguro Social. En 1994 fue nombrado Presidente Ejecutivo de esa Institución. Actualmente es Director de la Dirección de Información en Salud, de la Gerencia de División Médica.

4. Ileana María Ruiz Rodríguez

Egresada de la Universidad de Costa Rica y de la Universidad Central. Ha laborado en el Instituto de Desarrollo Profesional Uladislao Gámez Solano como Jefa del Departamento Gestión de Recursos; asesora del Ministerio de Educación Pública y coordinadora del Proyecto de Actualización de Maestros en Educación en América Latina. Ha publicado documentos para el Centro Nacional de Didáctica.

5. Magda Cecilia Sandí Sandí

Es licenciada en Bibliotecología y Ciencias de la Información, Universidad de Costa Rica, máster en Administración de Empresas con énfasis en Dirección de Mercadeo, Universidad Interamericana de Costa Rica, 2003 candidata a doctora en Documentación por la Universidad de Murcia, España. Ha fungido como Directora de la Escuela de Bibliotecología y Ciencias de la Información, en la cual también laboró como docente, en la Universidad de Costa Rica. Ha sido directora de varios trabajos finales de graduación y miembro de Comités Asesores de tesis en la UCR, el ITCR y la UNA. Ha participado como ponente e instructora en más de 100 cursos y seminarios del campo de la bibliotecología y áreas afines dentro y fuera del país. Ha publicado más de 25 artículos en revistas nacionales e internacionales en su especialidad.

6. Mauricio Víquez Lizano

Cuenta con un doctorado en Filosofía de la Atlantic International University y de la Universidad Nacional un doctorado en Estudios Latinoamericanos. Ha labora como docente en la Universidad de Costa Rica, la Universidad Estatal a Distancia, la ULACIT y la Escuela Social Juan XXIII. Ha publicado varios artículos y tres libros de varios temas, entre ellos ética, filosofía latinoamericana y fenomenología de la religión.

7. Inés Patricia Chaves Salas

Egresada de la Universidad de Costa Rica como licenciada en Farmacia. Actualmente labora como visitadora médica.

8. María Enriqueta Castro Castro

Bachiller en Historia y Geografía, profesora en Enseñanza Media ambos de la Universidad de Costa Rica, licenciada en Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional. Profesora universitaria y de secundaria, ahora pensionada. Ha participado en mesas redondas, paneles y foros sobre temas de historia y/o educación, en especial de la mujer. Voluntaria en el programa

radial "La voz de AGECO" en producción, elaboración de guiones, edición y locución. Cuenta con diecisiete publicaciones, en su mayoría sobre educación ciudadana.

9. Martha Sánchez López

Es licenciada en Psicología de la Universidad de Costa Rica y máster en Educación con énfasis en Docencia Universitaria de la Universidad Nacional, en la cual es profesora en la Escuela de Psicología. Ha impartido talleres y cursos de temas diversos; ha participado en actividades académicas en el Centro de Investigación y Docencia en Educación (CIDE). Así mismo, ha laborado como Presidenta de la firma de servicios en Psicología COAPSI S.A., la cual atiende consultorías y atención especializada. Cuenta con varias publicaciones de la Universidad Nacional.

10. Gilberto Alfaro Varela

Realizó estudios superiores en la Universidad de Costa Rica, así como especialidad en Pedagogía de la Comunicación y Enseñanza de la Química en la Universidad Nacional. Máster en Educación de la Universidad de Harvard y doctor con especialidad en Enseñanza de las Ciencias de la Universidad Estatal de Florida. Labora como profesor de Química en educación secundaria y ha colaborado en Centro América con proyectos orientados hacia el mejoramiento de la calidad de la educación universitaria. Actualmente es catedrático en la Escuela de Química de la Universidad Nacional y en el Doctorado en Educación de la Universidad de Costa Rica.

11. Carlos Rubio Torres

Licenciado en educación de la Universidad Nacional. Profesor de Literatura Infantil en la Universidad de Costa Rica y en el Centro de Investigación y Docencia en Educación de la Universidad Nacional. Es escritor de varios textos, entre ellos, Queremos jugar, Pedro y su teatrino maravilloso, Escuela de hechicería, matrícula abierta, El libro de la Navidad, La mujer que se sabía todos los cuentos y Papá es un campeón.

12. Jacqueline García Fallas

Doctora en Educación de la Universidad de Costa Rica. En esta institución labora como profesora en la Escuela de Filosofía y en el Sistema de Estudios de Posgrado. Es investigadora del Instituto de Investigaciones Filosóficas y del Instituto de Investigación en Educación, del cual forma parte del Consejo Científico. Es miembro del Consejo Editorial de la Revista de Filosofía y del Consejo Editorial de la Revista Actualidades Investigativas en Educación,

ambas pertenecientes a la Universidad de Costa Rica. Es representante de la Universidad de Costa Rica en la Comisión Interuniversitaria de Educación Ambiental del CONARE y secretaria de la Asociación Costarricense de Filosofía. Ha publicado seis libros y veinte artículos sobre filosofía y sobre temas relacionados a la educación.

13. Marta Eugenia Sánchez González

Catedrática de la Universidad Nacional, doctora en Educación de la Universidad Estatal a Distancia y máster en Pedagogía de la Universidad Nacional Autónoma de México. Ha laborado como docente, extensionista e investigadora en el Centro de Investigación y Docencia en Educación de la Universidad Nacional (CIDE). El trabajo de investigación en torno a los procesos iniciales de lectura y escritura ha sido presentado en diversos foros tanto nacionales como latinoamericanos. Socia fundadora de la Asociación Costarricense Consejo de Lectura y actual presidenta de esa organización. Miembro del Comité Latinoamericano de la IRA; forma parte del Consejo editorial de la Revista EDUCARE que publica el CIDE-UNA; consultora de la UNESCO en Guatemala, en aspectos relacionados con la educación general básica y de la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) en alfabetización de jóvenes y adultos emigrantes. Miembro del equipo evaluador de los proyectos académicos que han concursado por el Fondo Institucional para el desarrollo académico (FIDA) de la Universidad Nacional. Lectora de tesis de grado y posgrado en la Universidad Nacional. Asimismo a nivel de doctorado en el Programa de Doctorado en Educación que ofrece la Universidad Estatal a Distancia. Voluntaria en una investigación del Programa Lectura y Escritura para un Pensamiento Crítico que desarrolló el Consejo de Lectura de Guatemala. Ha escrito artículos en torno a los procesos iniciales de lectura y escritura, a la investigación cualitativa y al desarrollo profesional en la educación superior.

14. Yadira Calvo

Licenciada en Literatura y Ciencias del Lenguaje. Ha laborado como profesora asociada en la Universidad de Costa Rica, la Universidad Nacional y la Universidad Autónoma de Centro América, actualmente jubilada. En la actualidad es Presidenta Consejo Académico de Filología, UACA y miembro del Consejo Directivo Editorial Costa Rica. Ha sido productora del programa radiofónico Rompiendo el silencio (Radio Universidad de Costa Rica); colaboradora de La República (1993-1995) y el Suplemento de La Gaceta (1991), así como del Servicio de Noticias de la Mujer (SEM) y corresponsal de Fempress (1997-2000). Entre sus principales reconocimientos se puede mencionar el Premio Nacional Aquileo J. Echeverría 1990 en la rama de Ensayo, Premio UNA Palabra en la rama de ensayo por la obra A la mujer por la palabra (1989). Ha publicado seis escritos en libros colectivos, además

Poesía en Jorge Debravo, La mujer, víctima y cómplice, Literatura, mujer y sexismo, Angela Acuña, Forjadora de Estrellas, A la mujer por la palabra, Las líneas torcidas del derecho, De diosas a dragones, La canción olvidada.

15. Hilda María Víquez Mora

Licenciada en Biología con énfasis en Manejo de Recursos Naturales, egresada de la licenciatura en Docencia, egresada de la Maestría en Desarrollo. Área de especialidad es el manejo de los recursos naturales con énfasis en fauna y vegetación. Por más de diez años ha impartido cursos en la Universidad de Costa Rica, Universidad Nacional, Escuela Centroamericana de Ganadería y varias universidades privadas, así como en el Colegio de Biólogos de Costa Rica. Se ha desempeñado como consultora e investigadora en el Corredor Biológico Talamanca – Caribe y en varios proyectos de conservación. Ha participado en varios proyectos de extensión de la Universidad Nacional, entre otras actividades.

Este libro se terminó de imprimir
en la Sección de Impresión del SIEDIN,
en el mes de noviembre de 2008

